

El
MAGNATE
Prohibido
que me rechazó

— MULTIMILLONARIOS TURCOS LIBRO 3 - SPIN-OFF —

D. A. LEMOYNE

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2026

El
MAGNATE
Prohibido
que me rechazó

∞ MULTIMILLONARIOS TURCOS LIBRO 3 - SPIN-OFF ∞

D. A. LEMOYNE



Página de la autora en Amazon con una lista de todos sus libros.



Hay una tormenta en sus ojos y quiero ser engullida por ella. Quiero que él decida por mí, que su fuerza me domine y su deseo me someta.

Atticus no permite que desvíe la mirada, como si me estuviera dando una oportunidad para huir. Permanezco inmóvil, ansiándolo todo, ansiándolo a él.

Sabrina Oliveira Pappas

(El Magnate Prohibido que me rechazó)

D. A. LEMOYNE

dalemoynewriter@gmail.com

Copyright © 2026 por D. A. Lemoyne

Título: **El Magnate Prohibido que me rechazó**

Primera edición 2026

Carolina del Norte - Estados Unidos

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Nombre de la autora: D. A. Lemoyne

Traducción: Matías San Miguel

Ilustrações: Mery Ribeiro

Lector beta: C. Freitas

ISBN: 978-65-00-73460-7

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, empresas, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos reales es pura coincidencia.

Series de la autora:

Seducción siciliana

El amor que el siciliano rechazó
Una esposa con fecha de vencimiento
Una farsa que siempre fue amor
El padre de mi hijo es el amor de mi vida
Devoción siciliana: Protegida por él
Una navidad con el pecador
La hija que le oculté al siciliano

La Familia Lykaios

La obsesión del magnate griego
Sobre el Amor y la Venganza

Hermanos Benitez

El amor que eché de mi vida
Mi inesperado "amor para siempre"
Tres Regalos de color Rosa

Amores del destino

El Magnate que Nunca Supo Amar
El Magnate que no quería Herederos
El Único Amor del Magnate Turco

Amores por contrato

La Novia que deseo
El Heredero que nunca supe que existía
Una Farsa de Pasión con el Arrogante

Multimillonarios Turcos

En las Manos del Magnate Turco - Libro 1

Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo - Libro 2

El Magnate Prohibido que me rechazó - Libro 3

Índice

[Sinopsis](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[Bono - Qasim](#)

[Sobre la autora](#)

Sinopsis

Advertencia: Puede contener elementos que puedan resultar perturbadores.

Aviso: «**El Magnate Prohibido que me rechazó**», un spin-off de «Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo», el segundo libro de la serie «Multimillonarios turcos», es una obra independiente. Dado que presenta parejas diferentes, cada libro de la saga puede leerse por separado, pero es probable que el último contenga *spoilers* del anterior.

Atticus Doukadoulos, un griego con uno de los apellidos más poderosos de su país, no cree en las segundas oportunidades.

Por eso, hace más de una década, abandonó la isla que pertenecía a su familia sin mirar atrás.

Él vive la vida como quiere y ya no con las responsabilidades que le fueron asignadas al nacer por ser el primogénito.

Sabrina Oliveira Pappas partió hacia Europa con el corazón lleno de esperanza y el deseo de empezar de cero tras la pérdida de su padre, pero el destino aún le deparaba muchas lágrimas y decepciones.

Decidida a limpiar el nombre de su hermana, se embarca en una aventura a una isla griega. Lo que no esperaba era enamorarse perdidamente de un hombre de corazón frío.

Su conexión es intensa, apasionada e imparable, y cuanto más se adentran el uno en el otro, más imposible se vuelve desenterrar secretos del pasado.

Mentiras, juegos de poder, codicia y un embarazo inesperado.

El perdón, un nuevo comienzo y un vínculo inquebrantable entre dos personas que nunca podrían haber estado juntas, salvo por un giro del destino.

Amor verdadero en su esencia más pura. Tan fuerte que ni siquiera el mal que los rodea pudo vencerlo.

Nota de la autora

El Magnate Prohibido que me rechazó, un *spin-off* de *Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo*, libro 2 de la serie Multimillonarios turcos, contará la historia de Atticus Doukadoulos, un millonario griego que, tras una disputa familiar, dejó atrás su pasado, y Sabrina Oliveira, una joven soñadora y solitaria (que, como eligieron en la encuesta que realizamos en Instagram, es pelirroja, brasileña y tiene veinticinco años).

El personaje griego causó furor entre las lectoras con su breve aparición en "Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo". Sin embargo, su comportamiento provocador y mujeriego es solo la punta del iceberg de un hombre desconfiado que no cree en las segundas oportunidades.

Decepcionado con sus padres, Atticus optó por una existencia solitaria, hasta que un acontecimiento lo obliga a regresar temporalmente a la isla de su familia.

A partir de entonces, su vida se convierte en un torbellino donde pasado, presente y futuro se entrelazan, creando una intrincada red y cambiando sus certezas.

Espero que disfrutes de este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo.

¡Un cariñoso beso y que disfrutes de la lectura!

D. A. Lemoyne



Atticus

Prólogo

Pasado

Isla de Lepaxos^[1] - Grecia

Es la primera vez que observo el paisaje de nuestra isla y siento que me asfixio. El romper del mar contra las rocas es tan furioso como el rencor que guardo dentro del pecho en este momento.

—No puedes irte, hijo mío. Eres el primogénito. La familia se desintegrará si te marchas.

En lugar de mirarla, opto por seguir enfocado en el mar, en una despedida silenciosa del lugar que ha sido mi hogar toda la vida.

—Sí puedo, y tú también. No necesitas quedarte aquí.

Cada palabra sabe a veneno en mi lengua. Es difícil incluso seguir mirándola, aunque intento convencerme de que es una víctima, un juguete en manos de ese desgraciado.

—¿Qué? ¿Cómo puedes siquiera pensar en algo así? ¿Qué dirá la sociedad si abandono a tu padre? ¡Perderé mi honor!

—Tienes más honor en la uña de tu dedo meñique que él en todo el cuerpo.

"Lo que te falta es amor propio", pienso, pero no lo digo.

—No te vayas, hijo mío. Te lo suplico.

—Te di una elección, mité^[2].

—¿Cuándo volverás?

Beso su frente sin responder. Jamás miento, y no creo que esté preparada para oír la palabra "nunca" en este momento.

Subo al barco que me espera y no miro atrás, pero antes respiro una vez más el aroma de los olivares que se extienden por toda la isla.

Mientras el capitán pone el barco en marcha, pienso en mi abuelo y en lo que diría si estuviera vivo.

Probablemente moriría de vergüenza por la debilidad demostrada por su hija.

He recorrido el mundo, pero nunca pensé en dejar a mi familia de forma definitiva. Como griego, la valoro por encima de todo, pero no puedo ser cómplice de lo que vi.

Puede que haya sido formado por la mitad de la carga genética del marido de mi madre, pero el carácter lo heredé de mi abuelo.

Nunca aceptaré una traición, sea en el ámbito que sea.



Atticus

Capítulo 1

Isla de Zarofu^[3] - Grecia

—¿Entonces vas a cerrar el restaurante temporalmente? — pregunta por teléfono Kahraman Yavuz Aydin^[4], un turco amigo de muchos años y también el propietario de la isla donde me establecí hace un par de años.

—¿Por qué? ¿Me echarás de menos?

—Es poco probable, pero mi esposa está enamorada de tu comida.

Sonríó para mí mismo al pensar que, si no fuera por las mujeres, nosotros los hombres ya nos habríamos extinguido del planeta. No solo porque somos incapaces de procrear por nuestra cuenta, sino también porque la sabiduría emocional femenina está en otro nivel.

Me bastó una sola mirada a Kahraman y a April^[5], su esposa, para saber que eran la meta el uno del otro, aunque aparentemente ninguno de los dos se hubiera dado cuenta todavía.

Cuando, unos meses después, vino con la noticia de que ella estaba embarazada y que se casarían, no me sorprendió.

—No tengo intención de pasar mucho tiempo fuera.

—Pero ¿vas a volver?

Suspiro, y mi irritación regresa al recordar la llamada de mi madre esta mañana.

Han pasado exactamente catorce años desde la última vez que pisé Lepaxos, la isla de mi familia, y ahora, por culpa de una maldita situación que mi hermano provocó, tendré que ir.

Ese desgraciado de mi padre sufrió un ataque cardíaco y, aunque no puedo creer que se haya provocado un infarto a propósito, es muy propio de su trasero perezoso desaparecer justo cuando más se le necesita.

—No hay forma de que vuelva a vivir en Lepaxos, así que sí, regresaré aquí.

—*Nunca voy a entenderte, Atticus.*

—¿En qué sentido, exactamente?

—*En cómo uno de los herederos más ricos de Grecia decidió vivir en el ostracismo en una isla, siendo chef de un restaurante muy bien valorado y, aun así, lejos de cualquier glamour de la alta sociedad.*

—Acabas de describir mi idea de paraíso cuando hablaste de ostracismo lejos del glamour de la alta sociedad y de ser chef de un restaurante. No tengo ningún interés en administrar los negocios familiares. Ese debería ser el papel del cretino de mi hermano menor, si no hubiera seguido los pasos de nuestro padre y hubiera decidido desaparecer, pensando solo en su propio trasero.

—*¿Y qué piensas hacer con la herencia de tu abuelo?* —pregunta, y aunque no hace ningún comentario al respecto, puedo percibir el desprecio hacia lo que dije sobre la fuga literal de Thales.

Kahraman fue forjado del mismo molde que yo. Somos hombres que nunca huimos de nuestras responsabilidades, y una prueba de ello es el maldito viaje que haré dentro de unas horas.

—Está invertida en diversas empresas alrededor del mundo —respondo, pensando que probablemente no me alcancen los días de vida para gastar todo lo que tengo. Además de la herencia que mencionó, soy propietario de acciones del conglomerado de mi familia.

Después de romper con mi padre, a los veinticuatro años, viajé por cada rincón del planeta, hasta darme cuenta de que estaba harto de ese supuesto *glamour de la alta sociedad*.

Fiestas que siempre siguen el mismo guion y caras conocidas, de personas que no te aportan nada. Mujeres más preocupadas por el

ángulo en el que aparecerán a tu lado en revistas de celebridades, con sus conversaciones vacías de gente sin alma.

Estudié de forma anónima en una escuela de cocina en París, utilizando el apellido de soltera de mi abuela materna, y no Doukadoulos, mundialmente conocido en la alta sociedad europea.

Pasé los últimos años en una existencia pacífica, en la pequeña isla perteneciente a mi amigo, disfrutando de los placeres de la carne, tanto gastronómicos como bíblicos, estos últimos sin ataduras ni vínculos.

Mi único compromiso diario era preparar platos excelentes para mis clientes y disfrutar del mar Egeo.

Podría haber seguido así para siempre, si no fuera porque el hijo de puta de mi hermano menor provocó un daño del tamaño del agujero de ozono en nuestra ya desgastada honra familiar.

—*¿Y cómo está la salud de tu padre?* —Me trae de vuelta a la realidad.

Al igual que nosotros, los griegos, los turcos también valoran a la familia y, aunque estoy seguro de que considera a mi padre la escoria del mundo, porque conoce la razón por la que me fui de casa, no puede evitar hacer la pregunta.

—Va a sobrevivir. Los médicos dijeron que el infarto tuvo mucho más que ver con el estilo de vida que lleva que con problemas coronarios graves.

—*No quieres volver.*

—Eso es un eufemismo. Estoy afrontando este viaje como una visita al infierno, sin los placeres del pecado.

—*¿Qué pasará si Thales no regresa?*

—Es probable que mi padre tenga que vender nuestra principal empresa.

—*¿Cómo pudo dejar que llegara a este punto, Atticus? Mierda, arruinó el patrimonio de tu madre y el suyo propio* —dice, refiriéndose a que mis abuelos, por ambos lados, dejaron en testamento partes iguales para mi padre, mi madre y los nietos, pero nuestro querido patriarca logró destruir la mayor parte de la fortuna.

—No sé realmente cómo está la situación. Pienso informarme cuando llegue allí.

—*Tienes un título en Administración de Harvard. Nunca pensé que terminarías en la cocina de un restaurante. Podrías ponerte al frente de las empresas de tu familia.*

—Fue una decisión mía no hacerlo. Trabajar en los negocios familiares significaría ver a mi padre en cada maldita reunión de directorio. Es mucho más fácil y agradable cambiar de profesión que vivir a base de antiácidos —ironizo.

—*¿Me mantendrás informado de lo que ocurra?*

—Sí. Dale recuerdos a esa diosa a la que llamas esposa y dile que, la próxima vez que nos veamos, podrá elegir el menú.

Corto la llamada, paso ambas manos por mi rostro y voy hacia la terraza, observando las construcciones de la isla.

Zarofu ahora representa un hogar para mí, un pedazo de paraíso, mientras que la de mi familia, si no es el infierno completo, porque mi madre y mi abuela paterna aún están allí, es como mínimo el purgatorio. Uno al que no tenía intención de volver por voluntad propia.



Atticus

Capítulo 2

Isla de Lepaxos - Grecia

Dos semanas después

—Necesitas encontrarlo, hijo mío. No sé qué está pasando por la cabeza de tu hermano.

Lo sé, aunque no lo diga en voz alta.

Está teniendo sexo con su nueva pareja y está usando el tiempo que le queda antes de comprometerse de manera definitiva, frente a un altar, con Calliope, su prometida desde hace años, para disfrutar la vida. Ella es la mujer que debería haber sido destinada para mí, si yo tuviera algún interés en mantener negocios rentables para nuestras empresas, cosa que, en realidad, me importa un carajo.

—Thales no quiere ser encontrado, mamá. Ese hijo de puta desapareció incluso de las columnas sociales de los periódicos.

—No insultes así. —Aun así, logra tener la compostura para decirlo, lo cual es muy propio de ella. El mundo se está viniendo abajo a su alrededor, nuestro apellido rodando por el fango, pero, claro, el problema es que yo llame *hijo de puta* a mi hermano, que es algo bastante suave en comparación con lo que realmente pienso de él: un ser despreciable, egoísta e irresponsable.

No creo que deba sentirse obligado a seguir comprometido con Calliope si eso no es lo que quiere, pero al menos debería tener los huevos de hacerse cargo, ya que la familia no parece importarle, y terminar con su prometida en lugar de huir como un adolescente con las hormonas revolucionadas.

—Fue esa mujer. Estoy segura. Thales siempre tuvo sus aventuras, al fin y al cabo es hombre y...

—Detente si no quieres que me vaya —adviento, asqueado por esa conversación.

—No harías eso en medio de una crisis.

Sí, no lo haría, y ella me conoce demasiado bien como para estar segura de ello.

—La mujer a la que te refieres, la francesa de la que se enamoró, tiene trece años menos que él, madre. Thales no es precisamente un bebé. Es solo un año menor que yo, con mis treinta y ocho años.

—Las mujeres son astutas cuando quieren seducir.

¡Dios, no puedo creer que pueda mirarse al espejo y seguir diciendo cosas así!

—¿Adónde vas? —pregunta cuando empiezo a caminar hacia la salida de la sala.

Aunque llevo quince días en Lepaxos, tengo mi propia residencia en la isla. Además de estar atrapado en este infierno, tener que dormir bajo el mismo techo que mi padre es más de lo que mi estómago puede soportar.

—Voy a ver a giagiá^[6] —digo, refiriéndome a la única abuela que me queda con vida: la paterna.

Es increíble que alguien tan maravillosa haya dado a luz a un pedazo de mierda como mi padre.

Una hora y media después, tras haber desayunado en la cocina de mi abuela, nos quedamos mirándonos en silencio. Es una de las cosas que más me gustan de ella. No necesito dar explicaciones. Ella sabe leerme.

—¿El detective no encontró nada más? ¿Ninguna pista de dónde pueda estar tu hermano? —pregunta.

Niego con la cabeza, de un lado a otro.

—Tendrá que aparecer en algún momento —continúa—. Si no es por la pobre Calliope, al menos cuando se le acabe el dinero. ¿Me dijiste que no está haciendo movimientos bancarios?

—No, pero dudo que Thales se quede sin dinero tan pronto. Planeó su fuga. Hizo un retiro de más de medio millón de euros de su cuenta y lleva fuera poco más de dos semanas.

—Hay algo que necesito mostrarte, hijo mío —dice, levantándose con más rapidez de la que alguien de su edad debería tener.

A veces tengo la sensación de que, a pesar de ser veinticinco años mayor que mi madre, *giagiá* Aikaterini Doukadoulos es mucho más fuerte que ella.

Durante todo el tiempo que estuve fuera, ella y mi madre siempre me visitaban, al menos dos veces al año, en París o en Atenas. Nunca perdí el contacto con ninguna de las dos, ni tampoco con mi hermano, y es precisamente por eso que ahora me siento un poco traicionado por él. Thales nunca dio ninguna señal de que estuviera pensando en seguir mis pasos y dejar a la familia atrás.

—¿Qué es? —pregunto.

—Un momento. Ya te lo mostraré.

Regresa poco después con una carpeta, que parece un archivo, entre las manos.

—No quería que tu madre lo supiera, por eso no te lo entregué antes. —Suspira y vuelve a sentarse—. En realidad, tenía la esperanza de no tener que mostrártelo —continúa, ruborizándose.

—¿De qué se trata? —pregunto.

Aikaterini no es el tipo de mujer que se avergüenza con facilidad, todo lo contrario. Engaña con su personalidad amable, pero es capaz de hacer que un hombre se orine en los pantalones con solo una mirada.

—Lee. No podría mostrarle esto a mi nuera porque temo por la salud mental de tu madre.

¿Quién no lo haría?

—Y tu padre, después del infarto, ya no es el mismo.

A diferencia de mi madre, la abuela no insistió ni una sola vez en que fuera a hablar con él. He estado en su casa varias veces, pero no quiero tener ningún tipo de contacto con ese desgraciado. Haber

sufrido un infarto no lo hace menos traidor. Nunca lo perdonaré por lo que le hizo a mi madre.

Abro la carpeta que me entregó y mi abuela se levanta para empezar a recoger los platos de nuestro desayuno. No tendría por qué hacerlo, claro. Hay al menos media docena de empleados en su casa, así que deduzco que lo hace porque el contenido de lo que voy a leer la incomoda.

Me basta menos de un minuto recorriendo las fotografías para entender la razón.

Cierro la carpeta sin seguir leyendo, sintiéndome asqueado. ¿Cómo pudo ese bastardo de mi hermano ser tan estúpido y dejar su vida atrás por una mujer que resulta ser aún más despreciable que nuestro padre?

—¿Entiendes ahora por qué necesitas traerlo de vuelta, Atticus? Ellas lo van a desangrar. Son expertas en eso.

—Él ya es mayor de edad, abuela.

—Hay mucho más en juego que el compromiso de Thales con Calliope, aunque la pobre no merezca ese trato. Está nuestro apellido, querido. ¿Puedes imaginar el impacto que tendrá en las empresas si estas fotos y esta información salen a la luz? Y, sin contar que, si no hay matrimonio entre ellos, tendremos que vender nuestra parte de las acciones.

No me sorprende que esté al tanto de que mi padre destruyó el patrimonio familiar.

—Voy a intentar contener los daños, al menos en lo que respecta a la información que los medios puedan obtener sobre la fuga de Thales. Tengo un amigo, Dionysus Kostanidis^[7], que es propietario de varias cadenas de televisión y periódicos. Debería tener los contactos adecuados para impedir que se divulgue cualquier información sobre Thales y esa mujer. ¿Hay algo más que deba saber?

—Si lo hay, lo desconozco. Cuando él desapareció, decidí encargarme personalmente de la investigación, porque tu padre sufrió el infarto el mismo día en que se enteró de que Thales había abandonado a Calliope por una novia francesa.

Sí, no tengo ninguna duda de que, si hay algo capaz de afectar el estado emocional de mi padre, es el dinero. La perspectiva de quedarse pobre, o incluso de perder privilegios, debió haberlo sumido en el pánico.

—Todo lo que el detective me trajo fue esta información —dice.

—Me encargaré de contener los daños.

—Pero necesitamos encontrarlo, Atticus.

—Sí, lo sé.



Atticus

Capítulo 3

Isla de Lepaxos - Grecia

Un mes y medio después

Escucho todo lo que el detective dice por teléfono, mientras mi mente gira en un torbellino.

El relato técnico, frío y preciso no logra despertar ninguna emoción en mí, pero observar los rostros de mi abuela y de mi madre, sentadas lado a lado, y también el de Calliope, que por lo visto amaba de verdad a mi hermano, genera una especie de bola de hierro en la boca de mi estómago.

La conversación se prolonga durante unos cinco minutos más y, durante todo ese tiempo, mi mamá parece ausente, al igual que su *casi* nuera, pero basta con que mire a mi abuela a los ojos para entender que ella lo sabe.

—¡No! —grita, aún sentada, y siento que la parte posterior de mis ojos duele como si tuviera una hemorragia interna.

No tengo tiempo para pensar en mi propio dolor. Hay tres mujeres que amaban a Thales a las que debo consolar.

—No... —repite *giagiá* y, cuando intenta ponerse de pie, su cuerpo vuelve a caer en el sofá.

El lamento es como el de un animal herido, pero no por un dolor propio, sino por el de quien experimenta la pérdida de uno de los suyos.

Sangre de su sangre. Carne de su carne.

Finalmente, mi madre levanta el rostro, percibiendo que algo no está bien.

—¿Aikaterini? —llama a mi abuela por su nombre, aunque estoy seguro de que ya lo ha entendido.

Y entonces veo a las dos mujeres más importantes de mi vida quebrarse.

—Se ha ido. —Arranco la venda de golpe en cuanto cuelgo el teléfono, afirmo la voz y endurezo la mandíbula, empujando lejos las miles de imágenes mentales de nosotros dos en la infancia.

Mi abuela se desmaya, y eso hace que todos reaccionen al mismo tiempo.

Calliope, a pesar de su palidez mortal, llama al médico de la isla, mientras yo alzo a *giagiá* en mis brazos.

—No se lo digas a mi padre todavía —le pido a mi cuñada, mientras entro en la casa con mi abuela en brazos.



París - Francia

Un entierro en París.

Thales dejó especificados sus últimos deseos.

En caso de que le ocurriera algo, quería ser enterrado en París.

—Ni siquiera les dio la oportunidad de llorarlo. Ser enterrado junto a la amante, Sylvie Côté, en París —solloza Calliope a mi lado.

La ex prometida de mi hermano me es indiferente. Nunca sentí ni antipatía ni afecto por ella, aunque, en un principio, antes de que toda la mierda estallara en mi familia, parecía que estábamos

destinados a estar juntos. Parece que hubiera ocurrido en otra vida, sin embargo. Nunca llegamos siquiera a besarnos. Cuando me fui, a los veinticuatro años, ella aún era una adolescente.

El compromiso con mi hermano se formalizó hace algunos años, pero, hasta donde sé, solo llevaban juntos tres años.

Observo a la mujer rubia que la sociedad griega considera deslumbrante. Sí, es muy bonita y siento algo de lástima por la humillación que ha atravesado, pero no soy un hombre paciente ni sé consolar.

Dedico mi atención a mis seres queridos, y estos últimos días me he dedicado a cuidar de mi madre y mi abuela. Mi ex *casi* cuñada no es mi responsabilidad, y sus quejas contra mi hermano muerto ya empiezan a irritarme.

Nunca defendería sus acciones. Al venir de una familia en la que el patriarca es un traidor, no tolero engaños en ningún ámbito, pero me gustaría que Calliope diera un respiro a mi abuela y a mi madre cuando regresemos a Grecia. Para dos mujeres mayores, es mucho más difícil lidiar con la pérdida.

¿A quién intento engañar? Yo, que siempre me consideré un bastardo frío, no puedo mirar a mi hermano dentro del ataúd en este momento.

La madre de Sylvie llamó a nuestra casa, sugiriendo un entierro conjunto, pero, sabiendo lo que sé ahora sobre ellas, jamás permitiría algo así. Cumpliré la voluntad de Thales, pero no a costa de la cordura de mi madre.

Con su muerte, el escándalo ya no pudo ser contenido y ahora la prensa informa sobre la relación clandestina de mi hermano con una mujer de *dudosa reputación*.

Sí, utilizaron esa expresión en pleno siglo XXI.

Desprecio a Sylvie con cada gota de mi sangre, no solo por haberse involucrado con un hombre comprometido, sino porque ella y su madre son dos estafadoras. Tuve pruebas de ello en el dossier que mi abuela me entregó.

La joven tendrá un lugar en un nicho de mi familia, como mi hermano dispuso en su testamento, pero el entierro de Sylvie Côté

será en otro horario. No obligaré a mi abuela ni a mi madre a tolerar la presencia de sus familiares.

—Fue su elección, tomada en un momento en el que tenía pleno uso de sus facultades mentales —digo—. No habrá discusión al respecto.

—Esto es un insulto para mí, Atticus.

—Eras la prometida, no la esposa. Engañarte no era propio de mi hermano. Él nunca huía de los problemas.

En un primer momento, estaba tan furioso con él y con su amante que veía todo rojo, mandando mi racionalidad al carajo, pero bastó con pensar un poco para darme cuenta de que todo estaba mal. No creo que Thales simplemente huyera con otra mujer sin terminar antes su relación con Calliope. He intentado sonsacarle información varias veces, pero siempre evade el tema.

—Es fácil para ti decirlo. Soy yo quien quedará marcada por la sociedad como una mujer engañada.

—Con permiso. Tengo que ver a mi abuela.

Ya ha intentado varias tácticas conmigo. Acercarse en busca de consuelo, insinuar que debería asumir el compromiso en lugar de Thales (un hombre al que supuestamente amaba y que está a punto de ser enterrado en este mismo instante) y, finalmente, una seducción abierta.

Si Calliope entendiera lo más mínimo de lenguaje corporal, se daría cuenta de que estamos tan cerca de comprometernos como yo de querer follarme un cactus.

—No te irás en cuanto termine el entierro, ¿verdad?

—Volveré a Lepaxos por unos días más, por mi madre y por mi abuela —digo, con la irritación rozando el límite—. No tengo la obligación de consolarte, Calliope. Existe ayuda profesional para eso.

—Pensé que éramos amigos.

—No lo somos. Apenas te conozco.

—Podríamos cambiar eso.

—¿Estás insinuando algo? Deja que mi hermano descanse en paz antes de pasar a tu próximo candidato.

—Él no me respetó.

—Sí, en eso estamos de acuerdo, y lo lamento, pero eso no cambia que siga siendo mi hermano menor, así que ten un poco de empatía y déjame en paz para lamentar su muerte.

Percibo el shock en su rostro, quizá entendiendo por fin que ya no soy el joven que dejó la isla hace más de una década.

Fui criado para ser el jefe del clan, hasta que comprendí que el clan era una broma distorsionada y que el antiguo jefe era un canalla.



Sabrina

Capítulo 4

Isla de Zarofu - Grecia

Un mes y medio después

—Entonces, ¿estoy contratada? —pregunto a la gerente del restaurante, sin poder creer que haya sido tan fácil.

Mi mente dio miles de vueltas pensando en lo que pasaría cuando llegara aquí, pero jamás imaginé que pudiera ser tan simple.

—¿Dijiste que solo planeas quedarte lo que queda de la primavera y durante el verano?

—Así es —respondo, pensando que tendré que ahorrar cada centavo que pueda; de lo contrario, me quedaré sin un techo sobre mi cabeza.

Al ser una isla turística, Zarofu es absurdamente cara. En realidad, cualquier lugar fuera de Sudamérica, para mí, que soy brasileña, resulta muy costoso, pero Europa es un caso aparte. Y si a eso se le suma que no estoy en cualquier lugar de Europa, sino en un pedacito de paraíso elegido a dedo por Dios, el resultado es evidente.

—¿Por qué elegiste Zarofu?

Ya estaba esperando esa pregunta.

—La vi en el Instagram de una modelo. Dijo que aquí pasó las mejores vacaciones de su vida.

La mujer de mediana edad, con algunos mechones grises en el cabello, que se presentó como la gerente del lugar, me observa, y percibo que me está analizando.

Por coincidencia, también es sudamericana, pero de Argentina.

Me mira sin apartar los ojos, y me cuesta mucho no cambiar el peso de un pie al otro. Continúo, intentando convencerla:

—También quiero aprender un poco más de griego. Tal vez algún día me establezca definitivamente en Atenas.

Ahora sus dos cejas se elevan, casi hasta la línea del cabello.

—Mi padre era griego —añado.

—Ah... Ahora tiene sentido. —Por fin sonrío, y siento que el aire vuelve a llenar mis pulmones—. Deberías haber empezado con ese argumento al postularte para el puesto.

—Me puse nerviosa. Nunca he viajado sola.

Nunca he viajado sola ni acompañada, salvo en esta aventura actual por Europa, pero ella no necesita saberlo.

—Entonces, ¿hablas griego? Por lo de tu padre, quiero decir.

—No mucho. Él ya llevaba muchos años viviendo en Brasil y hablábamos casi siempre en portugués, pero conozco algunas palabras y frases básicas.

—Bien, entonces el trabajo es definitivamente tuyo. Dios sabe que lo necesitamos. Estuvimos cerrados durante varios meses y, aunque el dueño siguió pagando nuestros salarios religiosamente, la parte más importante para los camareros son las propinas^[8]. Así que, del personal original, solo quedamos cuatro. Necesito que empieces de inmediato.

Ahora soy yo quien la mira, sin saber cómo hacer la pregunta que necesito plantear.

—¿Algún problema?

—¿Podría recomendarme algún lugar para alquilar en la isla? Tiene que ser algo económico —añado rápidamente, sintiendo cómo se me calientan las mejillas—. Estoy en un hotel, pero la tarifa diaria es muy alta.

—Un lugar independiente no, pero hay una casa que varios empleados de distintos establecimientos aquí en Zarofu alquilan. Tiene doce habitaciones y, por casualidad, sé que hay una disponible.

Le dedico mi mejor sonrisa, aunque por dentro intento imaginarme viviendo en una especie de residencia compartida. He vivido toda mi vida solo con mi padre, así que no estoy muy segura de cómo encajará eso conmigo.

—O puedes alquilar la habitación en mi garaje.

—¿Su garaje?

—Si has caminado por las calles de la isla, ya te habrás dado cuenta de que el costo de vida aquí es bastante alto, ¿verdad? Yo alquilo una casa pequeña y convertí el garaje en una habitación para poder solventar los gastos. Es pequeño, te lo advierto desde ya, pero limpio y decente. Una antigua camarera lo alquilaba, pero ahora está libre.

—Me encantaría.

Por primera vez desde que comenzó la entrevista, sonrío abiertamente, y ya no de manera meramente cortés.

—Eres una pésima negociadora, Sabrina. Primero, no preguntaste cuánto te voy a pagar como ayudante de cocina, aunque ya te advertí que también tendrás que asumir el trabajo de camarera. Y ahora dices que quieres la habitación sin tener la menor idea de cuánto te costará.

—Quiero quedarme en la isla, incluso si el salario es bajo. Además, usted...

—Tú.

—Está bien, tú sabes cuánto voy a ganar. Si me estás ofreciendo la habitación, es porque el salario será suficiente para pagarla y también para cubrir mi comida.

Su sonrisa se amplía, y me doy cuenta de que la antipatía inicial que sentí hacia Acacia Martinez era producto de los nervios.

—Bonita, inteligente y con experiencia en restaurantes. Sí, estás definitivamente contratada, Sabrina Oliveira.

—Sabrina Oliveira Pappas —añado con orgullo, sumando el apellido de mi padre.

—Bien, todavía faltan unas cuatro horas para que abramos. Cuéntame más sobre ti.

—¿Te refieres a mi vida?

—Exactamente.

—Nací en Río de Janeiro. Seguro has oído hablar de mi ciudad.

—Sí. Conozco la Costa Verde en Río de Janeiro y varias ciudades de Bahía. Amo las playas. No vine a vivir a Grecia por casualidad.

—¿De qué parte eres en Argentina?

—¿Conoces mi país?

—Solo si tenemos en cuenta las páginas web de turismo —bromeo—. En mi cabeza, ya he viajado por todo el mundo.

Ella asiente, de acuerdo.

—En mi caso, es real. He vivido prácticamente en todos los rincones del planeta. Nací en la Patagonia, en la provincia de Santa Cruz.

—Dios mío, uno de mis sueños es caminar por el glaciar Perito Moreno.

—No estabas bromeando cuando dijiste que viajas *online*. Pocas personas han oído hablar de ese lugar.

—Es hermoso. Pasé mucho tiempo investigando la región y está en cuarto lugar entre los destinos que más sueño visitar.

—¿Grecia era el primero?

—No. Era el segundo. El primero ya lo cumplí.

—¿Dónde? —pregunta, y hago un esfuerzo por mantenerme neutral y ocultar el dolor.

—París.



Sabrina

Capítulo 5 Isla de Zarofu - Grecia

Tres semanas después

Creo que la isla de Zarofu es el tipo de lugar que podrías describir con pocas palabras, y todas ellas absolutamente clichés.

Hermosa, perfecta, una verdadera maravilla de la naturaleza.

Cuando me mudé aquí, pensé que sabía todo lo que necesitaba saber sobre el lugar, un “conocimiento” adquirido en sitios de turismo: un refugio donde los millonarios vienen a esconderse para disfrutar de la vida lejos de los principales destinos concurridos de Europa, como Ibiza, Mónaco, Saint-Tropez o Mallorca.

Estaba equivocada.

Zarofu tiene un encanto único, un aire sofisticado y lujoso, pero al mismo tiempo posible, alcanzable para nosotros, los mortales.

Soy de una ciudad famosa en todo el mundo por sus playas y sus postales, como el Cristo Redentor y el Pan de Azúcar, y, a pesar de mi deseo de recorrer el mundo, amo Río de Janeiro. Sin embargo, nunca me había sentido tan conectada con un lugar como me siento aquí.

No sé si es el color del mar Egeo, el encanto de una típica “ciudad pequeña”, o incluso la llegada y la partida despreocupada de turistas que, aun bajando diariamente de embarcaciones que deben

equivaler al presupuesto de ciudades pequeñas, actúan como si fueran personas comunes... Lo cierto es que, por primera vez desde que mi padre murió, siento que pertenezco a algún lugar.

Miro el reloj en mi muñeca y veo que ya es hora de volver a la casa de Acacia. Mi turno en el restaurante comenzará en unas dos horas, y no puedo atender a los clientes con el cabello endurecido por el agua del mar.

Son las únicas cosas que mi madre me dejó: el cabello pelirrojo y los ojos azules. Mi pelo rojo es abundante y grueso, y, si fuera más inteligente, no me metería al mar todos los malditos días, porque Dios sabe que el gasto en champú se triplicó desde que llegué aquí, pero no renunciaría a mi baño diario por nada del mundo.

Es el único momento, desde que mi vida empezó a derrumbarse como una fila de fichas de dominó, cuya primera pieza fue empujada sin querer, en el que puedo olvidar, o al menos alejar, los malos recuerdos.

Es increíble que la única pariente que tengo con vida sea la persona que más desprecio en el mundo.

En apariencia, mi madre y yo somos idénticas. En el alma y en el corazón, soy cien por ciento mi padre, gracias a Dios. Ella no tiene ni un solo rasgo de personalidad que se acerque a ser admirable.

Es egoísta hasta lo patológico. Mimada, interesada y, en esencia, una traidora.

Me levanto de la arena, donde pasé la última media hora observando el romper de las olas, con los dientes clavados en el labio inferior para no llorar al pensar en lo que quedó de mi familia destruida.

Mi padre por fin descansó después de un año luchando contra una enfermedad rara llamada *Creutzfeldt-Jakob*^[9]. Desde que aparecieron los primeros síntomas hasta su muerte, no pasaron más de doce meses.

En muy poco tiempo, me encontré completamente sola y, justo cuando finalmente recibí la noticia más feliz de mi vida, mi mundo volvió a derrumbarse por la tragedia de hace unos meses.

Me subo a la bicicleta que Acacia me prestó, decidida a olvidar la tristeza al menos por ahora y a dedicarme a lo que mi hermana haría si aún estuviera viva: disfrutar. Fue ella quien hizo posible que pudiera venir a Europa y, aunque nuestros planes salieron muy mal, voy a intentar aprovechar mi tiempo aquí al máximo.



—¡No puedo creer que hayan reabierto! —dice una voz femenina, casi provocándome un infarto.

Cuando me doy vuelta, veo a una mujer hermosa, que parece salida de una revista, con un bebé en brazos.

—Buenas tardes —digo, sonriendo y aliviada de que haya hablado en inglés. A diferencia de mi padre, que fue profesor de idiomas en Grecia durante su juventud, no tengo facilidad para nada que no sea el portugués, pero entre el griego y el inglés, prefiero este último. Mi papá decía que mi inglés es de nivel intermedio a avanzado—. Sí, reabrieron hace algunas semanas. ¿Le gustaría una mesa?

—Me encantaría y, si es posible, afuera —dice, ampliando su sonrisa.

Detrás de ella, alcanzo a ver mujeres con uniforme de niñera y también media docena de guardias de seguridad, lo que deja claro que se trata de algún tipo de realeza.

—Por supuesto. Sígame, por favor.

—No eres griega —dice.

—No, soy brasileña.

Sus ojos se abren con sorpresa.

—Estoy planeando un viaje allí —comienza, pero luego se interrumpe—. Perdón, primero déjame presentarme. Mi nombre es April Yavuz Aydin^[10]. Mi esposo y tu jefe, Atticus, son grandes amigos.

Sonríó con cierta incomodidad, sin saber muy bien cómo responder, así que opto por lo simple:

—Soy Sabrina Oliveira. Mucho gusto.

¿Se sorprendería mucho si le dijera que nunca he visto a mi jefe?

Sin saber muy bien cómo actuar, levanto la mano para indicarle el camino hacia las mesas exteriores, pero, antes de que podamos avanzar, aparece Acacia.

—Señora Yavuz Aydin, es un placer tenerla con nosotros nuevamente —dice, sonriendo de manera informal, y logro respirar aliviada. Por un instante, me sentí ansiosa sobre cómo debía tratarla.

—Acacia, tengo unas ganas enormes de probar sus delicias. Me puse muy feliz cuando Kahraman me dijo que habían vuelto a abrir.

—Sí. Estamos esperando el regreso de Atticus en cualquier momento —informa Acacia, con una expresión triste, y sé que es porque recordó el motivo del viaje de nuestro jefe: enterrar a su hermano y cuidar de su familia, como me confesó hace unos días, sin tener la menor idea de que yo ya sabía la primera parte.

—Estoy deseando darle un abrazo a ese griego. Lamento mucho su pérdida.

—Pero no vamos a hablar de tristezas —dice mi gerente—. Usted vino aquí para comer bien, así que, por favor, sígame, que la llevaré a una mesa afuera, que es donde le gusta sentarse, como bien recuerdo. Pero antes, presénteme a ese niño tan lindo.

El orgullo es evidente en el rostro de April cuando responde:

—Acacia, este es el niño más hermoso del mundo, mi primogénito, Hamza.

La gerente y yo nos acercamos para ver al bebé y, en verdad, su madre tiene toda la razón de sentirse tan orgullosa. Es tan hermoso como una obra de arte.

Mientras observo cómo ambas se dirigen hacia la zona exterior, pienso que es una lástima que alguien tan amable como April esté fuera de mi alcance para una posible amistad.

Y entonces, como si pudiera leer mis pensamientos, se gira y dice:

—¿Podríamos conversar un rato, si no interfiere con tu trabajo? Como te dije, voy a viajar a Brasil y estoy muy entusiasmada con

eso. Me gustaría que me dieras algunos consejos.

Miro a Acacia en busca de orientación.

—Sí. Les pediré a los otros camareros que cubran a Sabrina, señora Yavuz Aydin. Puede quedarse con ella todo el tiempo que desee.



Sabrina

Capítulo 6

—¿Qué sucede?

—No quiero sonar como una campesina —respondo a April, quien me pidió que la llamara así y no “señora Yavuz Aydin”, como hace Acacia.

Me explicó que ya le ha pedido varias veces a mi gerente que no la trate con tanta formalidad, pero que no hay caso. Según me contó, riéndose, la argentina hace siempre lo que quiere.

—Puedes hablar —dice, y me muevo en la silla, pensando primero en lo que diría el dueño del restaurante si apareciera de repente y me viera sentada en una mesa con la mujer que, ahora sé, porque Acacia me llevó aparte para explicármelo, además de estadounidense, está casada con uno de los herederos de la familia turca que prácticamente “posee” Estambul.

Su esposo, el señor Kahraman Yavuz Aydin, también es uno de los mejores amigos de mi jefe.

Mi jefe.

Veamos por cuánto tiempo seguirá siendo tu jefe cuando descubra toda la verdad.

No importa. No necesito que sea mi amigo. Lo único que quiero es limpiar el nombre de mi hermana.

—¿Sabrina?

—Disculpa, me distraje. Pienso demasiado y termino postergando lo que necesito decir hasta el último instante. Lo que iba a comentarte antes es que, cuando dijiste que pasarías tus vacaciones en Brasil, imaginé que sería como turista, así que me sorprendí mucho cuando supe que tu esposo terminó la construcción de un resort en el nordeste de mi país.

—No quise sonar arrogante.

Miro al bebé, que duerme plácidamente en el cochecito, y a April, recostada en la silla, bebiendo un jugo de naranja. Lo último que alguien podría decir de ella es que es arrogante.

—No lo fue. Es que, en mi mundo, la gente no tiene hoteles.

—La mayoría de las veces ni siquiera recuerdo los orígenes de mi esposo. Solo pienso en él como el padre de mi hijo y el amor de mi vida.

Sonrío, porque lo dice con los ojos brillantes. Desde que empezamos a hablar, ya ha contestado tres llamadas suyas en el transcurso de una hora, lo que me deja claro que ese turco está completamente enamorado de su esposa.

—¿Te estoy distrayendo? —pregunta, cuando vuelvo a perderme en mis pensamientos.

—No. En realidad, el restaurante se llena de verdad a partir de las seis. Como llegaste temprano, puedo conversar.

Ya le conté sobre Río de Janeiro, porque, lamentablemente, nunca he estado en el nordeste de Brasil, aunque es un sueño.

April es de esas personas que transmiten confianza, quizá porque no hace demasiadas preguntas, como si respetara el tiempo de quien tiene enfrente.

Solo cuando me senté y empecé a hablar fue que me di cuenta de lo necesitada que estoy de una amiga.

He intentado integrarme con personas de la isla, de mi edad, pero no logro soltarme lo suficiente como para permitir una cercanía mayor o incluso *salir* con algún chico. Ellos, evidentemente, están aquí de paso y dejan claro que buscan sexo de una sola noche y nada más.

Eso no va conmigo, en primer lugar, pero, además, todavía no me recupero de la traición que sufrí.

Siento el estómago contraerse con asco al recordar el momento en que sorprendí a mi prometido en París. El infeliz solo pudo viajar a Europa porque fui lo bastante tonta como para compartir el dinero que mi hermana envió para pasajes en primera clase y comprar dos en clase económica, y aun así me pagó mi generosidad engañándome.

—¿Qué pasa? Te pusiste tensa.

—Recuerdos malos, de cuando me traicionaron.

—Dios mío. ¿Quieres hablar de eso?

—No hay mucho que contar. Estábamos juntos desde que yo tenía quince años y él juraba amarme. Fuimos vecinos durante gran parte de nuestras vidas. Después ingresó en la Marina de Brasil. Se mudó a otro Estado y rara vez teníamos tiempo para vernos.

Dios, todas las señales estaban frente a mí. Yo fui demasiado estúpida para verlas.

Evito mencionar que, después de que mi padre descubrió que estaba enfermo, Joel casi dejó de aparecer, siempre con alguna excusa. Ni siquiera intentaba tocarme cuando nos veíamos, como antes, cuando insistía en que tuviéramos relaciones antes del matrimonio.

Siempre soñé con casarme virgen y creía que, si me amaba, respetaría mi decisión.

Al final, cuando lo descubrí engañándome, todavía tuvo el descaro de echarme la culpa.

Nunca le puse un cuchillo en el pecho ni lo obligué a quedarse conmigo.

Ahora, más que nunca, doy gracias a Dios por no haber cedido jamás. No porque piense que mi virginidad es un premio. Nunca se trató de eso, sino de mis propios sueños. Pero, después de la experiencia traumática que viví, me sentiría todavía más utilizada si hubiéramos tenido intimidades.

—¿Y qué pasó después?

—Vine a Europa, a París, invitada por una pariente. Lo traje conmigo. Yo pagué el viaje —digo, muriéndome de vergüenza y sintiéndome muy idiota—. Esa pariente falleció. Yo quedé destrozada. Necesité un día a solas. Cuando regresé al

departamento que alquilábamos en la ciudad, lo encontré teniendo sexo con otra.

—¡Por Dios! —Se pone pálida.

Me tapo la boca, horrorizada por lo que acabo de contar.

—¿Fui demasiado directa?

—No. Es que no tolero las traiciones. Ya tuve mi cuota de eso en la vida.

Creo que nota cómo se abren mis ojos.

—No, no estoy hablando de mi esposo. Kahraman es el hombre más honorable que he conocido. Me refiero a otros familiares —dice, de manera enigmática.

Asiento con la cabeza. Mi corazón, que se había hundido, vuelve a latir con normalidad. A pesar de todo, soy una romántica y sigo creyendo en el amor.

Ya no pienso en casarme. No creo que pueda volver a confiar en un hombre como para compartir mi vida con él, pero sí quiero tener una relación y tratar de ser feliz, como *ella* me dijo.

—Lo siento mucho, Sabrina. No puedo ni imaginar lo que sentiste. Y más tratándose de un novio de toda la vida. Dijiste que esa pariente falleció, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y decidiste continuar el viaje?

—Necesito crecer fuera de los muros protectores que construí para mí misma. Me aislé con mi padre y con mi exnovio. Ahora ya no tengo a ninguno de los dos.

—Tu padre...

—Sí, falleció hace poco.

—¡Dios mío! —exclama, tomando mi mano sobre la mesa.

—¿Arruiné tu almuerzo? Casi no tocaste la comida.

—No. Todo está delicioso y me encantó nuestra conversación. ¿Piensas quedarte mucho tiempo en la isla?

—No estoy segura, pero probablemente solo hasta el final del verano. El costo de vida aquí es alto.

Parece pensarlo un momento.

—¿Aceptas trabajos adicionales? —pregunta.

—Lo que sea —respondo y luego agrego rápidamente—, siempre que no sea ilegal.

Sonríe por primera vez en varios minutos.

—Nada ilegal. Voy a organizar una fiesta en mi casa. Si quieres, puedes encargarte de la cocina junto con nuestra ama de llaves. Te pagaré el triple de lo que ganas aquí por hora.

Abro y cierro la boca.

—¿Por qué?

—Necesito a alguien. Mi ama de llaves no podrá encargarse sola de coordinar a los cocineros, y tampoco creo que quiera hacerlo.

—No, me refería a *por qué yo*.

—Sé lo que es sentirse completamente sola y sin esperanza, Sabrina. A veces, todo lo que necesitamos es una buena conversación y algo que apunte hacia un futuro mejor. Con todo respeto, tu exnovio es un idiota. Todos los traidores lo son, porque cambian a la mujer que los ama por una aventura.

—Yo no lo amaba —confieso, incómoda.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—Me acostumbré a él, pero no era amor. Cuando lo vi teniendo sexo con otra, sentí rabia conmigo misma por haber perdido el tiempo con alguien capaz de eso. Pero en ningún momento sentí que el corazón se me rompiera.

—Bien. Si solo estamos hablando de orgullo, entonces esperemos que encuentre a alguien que le devuelva todo lo que te hizo.



Atticus

Capítulo 7

Isla de Lepaxos - Grecia

Hace más de cuatro meses que regresé a Lepaxos.

Antes de descubrir que Thales estaba, en realidad, muerto, intenté mantenerme al margen de cualquier cosa que no fuera consolar a mi madre y a mi abuela.

La única misión que me impuse, además de esa, fue buscar a mi hermano e intentar traerlo de vuelta. Cuando finalmente llegó la noticia de su muerte, entendí que necesitaba actuar.

Le ordené a Acacia, mi gerente, que reabriera el Opa Tavern^[11], mi restaurante, porque si hay algo de lo que estoy seguro, después de la convivencia forzada con mis parientes durante meses, es que ya no pertenezco a este lugar.

No hay nada capaz de retenerme en Lepaxos, ni siquiera el amor que siento por las dos mujeres de mi vida. La dinámica de mi familia no ha cambiado. Sigue siendo tan enfermiza como antes. En las pocas ocasiones en que he visto a mi padre, he tenido que retirarme del lugar porque temo, cada vez que estamos a pocos pasos uno del otro, convertirme en un asesino.

Cuando me fui, mi odio hacia él era tan fuerte como ahora, pero pasar estos meses en la isla después de más de una década lejos, y presenciar la relación distorsionada que tiene con mi madre, me trajo una sorpresa desagradable: me di cuenta de que seguía

odiándolo, pero no contaba con llegar a sentir desprecio también por mi madre.

Me acerco a la ventana de mi casa en Lepaxos y fijo la mirada en el horizonte mientras los recuerdos indeseados de aquello que me hizo marcharme regresan sin control.

Ya en aquella época, a los veinticuatro años, no pasaba mucho tiempo aquí. Después de regresar de Estados Unidos con un título en Administración en Harvard, inicié el camino para asumir los negocios familiares, así que solo los fines de semana, al igual que Thales, volvía a casa.

Ese día en particular, quería darle una sorpresa a mi abuela, porque su cumpleaños sería a principios de mes. Había un broche de diamantes que recibió como regalo de sus padres en su fiesta de debutante, una joya familiar que tuvo que ser vendida en una tienda de antigüedades cuando la situación financiera de mis bisabuelos se volvió precaria.

Mi abuela nunca me pidió que lo encontrara, pero cada vez que hablaba de él, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Lo recuperé y quería devolvérselo como regalo. Esa fue la razón por la que aparecí de sorpresa en la casa de mis padres.

Sabía que solo encontraría a mi madre en casa; mi padre debía estar en Atenas, así que, cuando lo llamé por su nombre y no respondió, me extrañé.

Una de las empleadas apareció y, cuando le pregunté dónde estaba mi madre, su rostro se puso rojo.

No sé exactamente qué me llevó a dirigirme hacia el dormitorio de mis padres. Nunca me consideré un hombre intuitivo, pero caminé directo hacia allí, como si estuviera cumpliendo una misión.

La puerta estaba cerrada y no llamé. No tengo idea de qué esperaba, pero, aunque viva hasta los cien años, jamás podré olvidar lo que presencié.

En realidad, antes incluso de ver, escuché.

Mi padre le ordenaba a mi madre que siguiera mirando, o sería peor para ella.

Empujé la puerta. Él estaba desnudo, follando la boca de una empleada también desnuda y obligando a mi madre a observar.

En un primer momento, me quedé en shock, incapaz de procesar lo que parecía la mezcla de una película pornográfica con una pesadilla. Sin embargo, solo necesité unos segundos para reaccionar.

Lo empujé y le lancé un vestido a la mujer para que se cubriera. Con él todavía desnudo, avancé, con la locura dominando cada gota de mi sangre. Mi padre no es un hombre pequeño, tenemos el mismo tipo de físico, pero nunca sería rival para la magnitud de mi odio.

Solo dejé de golpearlo cuando mi madre me lo suplicó.

Salí de su casa y caminé sin rumbo por la isla, con los nudillos ensangrentados.

Cuando regresé a mi residencia en Lepaxos, ya era de noche y mi madre me estaba esperando.

Le dije que hiciera una maleta y que viniera conmigo. En mi cabeza no había duda de que nos iríamos de allí para buscar un abogado que iniciara el proceso de divorcio, y no sé si algún día me recuperaré de escucharla decir que no iría a ninguna parte. Así era como funcionaba su matrimonio. Ella amaba a mi padre y aceptaría cualquier cosa, incluso ser humillada a diario, con tal de quedarse con él.

Asqueado, le pregunté desde cuándo ocurría aquello y su respuesta me dejó aún peor: desde siempre.

No fue una conversación larga. Se negó a hablar más del tema y se fue poco después.

Pasé la noche en vela. Mi decisión de irme no fue un impulso, sino la certeza de que ya no podía convivir con esas personas. En ese momento creí que fueron las acciones de él las que me hicieron dejar todo atrás, pero después de este tiempo aquí, me doy cuenta de que el reflejo del odio que siento por mi padre es el desprecio que siento por mi madre. La amo, pero no la admiro, ni siquiera me agrada. Mi único vínculo emocional y familiar actual es mi abuela.

Pasé los dos meses posteriores al entierro de Thales poniéndome al día con lo que estaba ocurriendo en nuestras empresas. Las acciones que poseo son administradas por un grupo. Sé cuáles son las ganancias que obtengo y las inversiones que realizan en mi

nombre, pero fuera de eso, no tengo ninguna participación en los negocios familiares.

Recién cuando fui allí la semana siguiente a mi regreso de París entendí la desesperación de mi padre para que Thales se casara con Calliope. Lo que en un principio iba a ser una alianza entre dos apellidos fuertes, con el objetivo de multiplicar las fortunas de ambas familias, se transformó en un pedido de auxilio.

Si no hubiera matrimonio (lo cual ahora, con la muerte de mi hermano, se ha vuelto imposible), las empresas tendrán que ser vendidas con urgencia. La situación es caótica, a un punto irreversible.

Me paso ambas manos por el rostro mientras me preparo para el enfrentamiento con mis padres. Pedí una reunión con ellos, dejando al margen a *giagiá* Aikaterini, para que podamos decidir juntos cómo vamos a deshacernos de las empresas de manera discreta, preservando el deseo de mi madre de no ser vista como una *marginada* por la alta sociedad europea.

Nunca entenderé esa necesidad de mantener las apariencias, pero como no tengo intención de permanecer en este juego por mucho tiempo, por ahora seguiré las reglas.



Atticus

Capítulo 8

Subo los escalones que me llevarán a la casa de mis padres cuando escucho el sonido de risas de dos niños, varones, hijos de los empleados.

El menor persigue al mayor con una pelota de fútbol en las manos, suplicándole que juegue con él, así que supongo que son hermanos.

Y entonces, de repente, sin ningún aviso, siento que mi pecho se parte en dos.

Ha pasado tanto tiempo que pensé que el dolor no llegaría a instalarse, pero finalmente la conciencia de mi pérdida me golpea con la fuerza de un meteoro. Como si fuera una película, los recuerdos de nuestra infancia regresan sin pedir permiso.

Viajes de vacaciones. Noches de fiesta cuando ya éramos adultos. Las veces en que Thales fue a visitarme a Harvard. Las madrugadas en vela, hablando de todo y, al mismo tiempo, de nada en particular.

Una época en la que yo creía que mis padres eran una pareja perfecta. En la que respetaba al hombre que contribuyó genéticamente a mi nacimiento y lo veía como mi superhéroe.

Luego, mi mente salta al año entero en que estuve sin ver a mi hermano después de irme de aquí.

Al principio, solo hablaba con él, con mi madre y con mi abuela por teléfono. Necesité muchos meses para poder reencontrarme con

ellos. Necesitaba aislarme.

Solo ahora que ya no tengo la oportunidad de estar con él es que me doy cuenta de que mi distancia física también se volvió emocional. Se abrió un abismo entre Thales y yo.

No sabría decir qué pensaba ni cómo fueron sus últimos meses de vida. Cuando hablábamos por teléfono, la conversación era superficial. Nada más allá de planes o deseos para el futuro.

—Hijo, ya llegaste —dice mi madre, acercándose a mí—. Tu padre ya te está esperando.

Después de darle un beso rápido en la frente, entro para enfrentar al hombre que desprecio.

Mi padre ya está completamente recuperado del infarto. Tiene buen aspecto y sigue siendo tan arrogante como siempre. La primera vez que nos vimos después de más de diez años, intentó actuar como si la razón por la que me fui de casa no hubiera sido haber descubierto su depravación, además de la falta de respeto hacia mi madre.

Yo no soy el tipo de persona que olvida ni que permite que otros olviden el motivo por el cual los odio.

Dejé claro que no significaba nada para mí, y que la única razón por la que seguía cerca era por mi abuela y mi madre.

Apenas entro en la sala, escucho la voz de una empleada detrás de mí anunciando que Calliope, junto con el resto de los Aggelonitis (sus padres y hermanos) han llegado.

—Pensé que sería una reunión solo entre nosotros tres —digo.

—Espero que no te moleste que los haya invitado a cenar —responde mamá, desviando la mirada.

Necesito un par de segundos para atar cabos y, por primera vez desde que llegué, miro a mi padre en lugar de hablar con ella.

—Eso no va a pasar —digo, y él me mira al principio como si no tuviera idea de lo que hablo, pero no voy a entrar en ese juego retorcido que organizaron a mis espaldas—. Estoy aquí para hablar sobre la venta de las acciones que poseo. Para aconsejar que no se lancen todas al mercado de una sola vez, porque eso las devaluaría. Yo puedo esperar. Tengo otras inversiones, así que las tuyas pueden ser las primeras en salir al mercado.

—No es lo que pienso hacer.

—No tienes elección.

—La tendré si dejas de ser egoísta y piensas primero en la familia. Me río, aunque no tengo ganas. Es más un gesto amargo que cualquier indicio de humor.

—Ríndete, Cirillo. No voy a casarme con Calliope —digo directamente, incluso cuando escucho los pasos que anuncian la llegada de los invitados.

—Estás siendo irracional.

—Tú destruiste nuestra familia. No vas a hacer lo mismo con mi vida.

Ni siquiera cuando oigo una especie de jadeo seguido de un “oh” escandalizado me detengo.

—Esperaré a que te pongas en contacto con mis administradores para que sigamos el mejor camino, padre. Tal vez, por lo que he estado analizando, todavía sea posible salvar esta isla. Eso es todo por ahora, nuestra conversación ha terminado.

Beso a mi madre una vez más y, después de saludar rápidamente a los Aggelonitis, salgo de la casa.

A la mañana siguiente, como una repetición de cuando me fui tras descubrir la dinámica tóxica de la relación de mis padres, y después de despedirme de mi abuela, subo al barco para llegar al continente, mientras observo a mi madre de pie en el puerto, con una expresión derrotada.

¿Por qué?

¿Es porque me estoy yendo otra vez o porque los planes de mi padre se vinieron abajo?

A pesar de ese aire de alguien al borde del colapso emocional, sigue siendo una mujer hermosa. Podría haberse ido hace diez años y reconstruido su vida, pero ahora tengo la certeza de que eso nunca ocurrirá.

Pensé, al regresar a nuestra isla, que era inmune al veneno familiar, pero me di cuenta de que quizá nunca haya cura, y que lo mejor es mantenerme lejos de su alcance.

Quedé en encontrarme con mamá y con la abuela dentro de algunas semanas y hablé con los empleados para que me

mantuvieran informado de cualquier cosa que les ocurra, aunque tengo la intención de seguir en contacto diario, como siempre.

Estoy volviendo a casa, y ese pensamiento me tranquiliza.

Lepaxos ya no es mi hogar, Zarofu lo es.

Es hora de retomar mi camino.



Sabrina

Capítulo 9 Isla de Zarofu - Grecia

—Creo que voy a llevarte conmigo a Estambul —dice April, sonriendo—. ¿Estás segura de que no quieres un trabajo permanente como gobernanta? Estuviste perfecta.

—Gracias. Me gusta organizar. Creo que hay una pequeña tirana dentro de mí.

"Tal vez, después de todo, tengo algunos rasgos de mi madre que van más allá de la apariencia", pienso.

Cuando April me dijo *fiesta*, imaginé una reunión para unas diez personas, no para cincuenta, y me sorprendí aún más cuando comentó que solo habían asistido los parientes más cercanos, incluyendo, por supuesto, a su suegra y a los hermanos de su marido con sus respectivas esposas.

No vi a ningún familiar de ella aquí, sin embargo, y estuve a punto de preguntar, pero luego pensé que era mejor no hacerlo. Tal vez no se lleva bien con su propia familia.

—Me gusta esa tirana oculta —bromea—. No tienes idea de cómo fue la última vez que tuvimos a tantos familiares reunidos de una sola vez.

Sé que la fiesta es para celebrar el cumpleaños de su suegra, la señora Zehra Yavuz Aydin, y me impresionó positivamente la forma

en que parece llevarse con sus nueras. En las novelas turcas que he visto, había suegras tipo Godzilla, realmente aterradoras.

—No puedo creer que haya encontrado a una brasileña perdida en Grecia —dice una de las cuñadas de April, que se llama Maria Luíza y me pidió que la llamara Malu^[12], acercándose con una sonrisa.

—Y además, también de Río. —Le devuelvo la sonrisa, recordando que Malu contó que vivió muchos años en mi ciudad.

La otra cuñada, Ophelia^[13], también se une a nosotras, aunque es un poco más reservada que April y Malu.

Ya casi no queda nadie en la fiesta, pero aun así me siento un poco incómoda por estar conversando con las mujeres de la familia.

A lo lejos, veo a los cinco hermanos Yavuz Aydin. Los tres casados observan a sus respectivas esposas, y me pregunto si estarán pensando que fue un atrevimiento de mi parte no haber venido con el uniforme que usan las otras empleadas. Yo solo seguí la indicación de April, que me dijo que podía vestirme con mi propia ropa.

No, no puede ser eso. Aunque el vestido que llevo, de un solo hombro y color crema, sea bonito, de hecho uno de mis favoritos, jamás podrían confundirme con una invitada. Ellas transmiten la palabra “riqueza” en cada paso que dan, sin ningún esfuerzo.

Así que la única conclusión a la que llego es que la familia de magnates turcos vigila muy de cerca a sus mujeres.

—Prométeme que vas a visitarme en Estambul —continúa Malu, y siento que el rostro se me calienta.

¿Cómo voy a decirle que no puedo estar viajando por Europa como si estuviera de turista? Necesito ahorrar cada centavo que pueda para comprar una computadora y algunos programas que me permitan retomar mi carrera como diseñadora gráfica e ilustradora, profesión en la que empecé a trabajar antes de que mi padre enfermara.

Cuando llegamos al punto en que necesitábamos cada centavo disponible, no hubo alternativa más que eliminar todos los gastos extra, como las suscripciones a programas que utilizaba, como Adobe Photoshop, InDesign, entre otros, y vender mi notebook.

—¿Sería muy entrometida si te preguntara qué has venido a hacer aquí? —dice Malu.

Pienso qué responder. Hasta ahora, solo me he abierto, y aun así no del todo, con April, pero quizá aliviar un poco la angustia que llevo en el pecho me ayude.

Decido contar solo una parte de mi historia.

—Yo vivía solo con mi padre en Río de Janeiro. Hasta donde yo sabía, mi madre lo abandonó, dejándome atrás, y nunca volvió a dar señales de vida.

Ophelia, que se mantenía un poco apartada, se acerca.

—April me contó que él falleció. Lo siento mucho —dice la esposa del hermano mayor, Cenk, mientras Malu extiende la mano para tomar la mía y me da un apretón reconfortante.

—Sí, y para ser sincera, pasé las primeras semanas completamente perdida. Entonces, un día recibí una llamada de una mujer que decía ser mi hermana.

—¿Qué?

Sonríó al recordar el susto que me llevé.

—Al parecer, mi madre se había casado, y claro, también se separó poco después de dejar a mi padre. Mi madre nació en Brasil, pero es hija de un francés y una brasileña, y cuando decidió abandonar la vida que llevaba en mi país, se fue al lugar del que también tenía ciudadanía. Conoció a un hombre, quedó embarazada, se casó, y así nació mi hermana Sylvie. Fue ella quien me llamó. Era solo cuatro años menor que yo y mi madre nunca le contó de mi existencia.

—¿Y por qué decidió decírselo de repente?

—Porque mi madre fue a Brasil para el entierro de mi padre. Vivíamos en la misma casa en la que ellos vivieron cuando estaban casados. Nunca me explicó cómo supo de su muerte. Simplemente apareció, asistió al entierro y luego se fue.

—¿Cómo que se fue? ¿Ni siquiera se quedó unos días por ti?

—Ella no es una figura maternal. Nunca tuvimos ningún vínculo afectivo. Éramos como dos extrañas. Creo que solo fue a Brasil para despedirse de mi padre. Tal vez lo amó. Hablamos muy poco, y

cuando mi media hermana me llamó, pensé que quizá había sido por un impulso de conciencia que mi madre le contó sobre mi existencia.

—Pero no fue así —concluye Malu, con la expresión apagándose.

—No. A Sylvie le pareció extraña la visita repentina de nuestra madre y la presionó para que le dijera qué había ido a hacer a Brasil. Solo así supo que tenía una hermana.

—Perdóname, Sabrina, pero no me cae bien tu madre.

—No tienes que disculparte. Creo que lo difícil sería encontrar a alguien a quien sí le agrade.

—Pero al menos tienes una hermana —dice Ophelia.

—Ya no —revelo.

—¡Dios mío! La pariente de la que me hablaste, la que pagó tu viaje... La misma que falleció... era tu hermana... —concluye April, impactada, y al mismo tiempo me atrae hacia un abrazo.

Es el primero que recibo desde que Sylvie, con quien conviví apenas seis meses, murió, y al principio me siento rígida, pero cuando las otras dos mujeres se acercan, una acariciándome el cabello y la otra sosteniendo mi mano, me relajo poco a poco.

—Siento haber sacado ese tema —se disculpa Malu—. Si te sirve de consuelo, la vida de ninguna de nosotras tres ha sido fácil.

Me separo de April, preocupada por lo que deben estar pensando los demás familiares, y especialmente sus maridos.

—Voy a estar bien —digo, esperando que sea cierto—. Estoy viviendo un día a la vez.

—¿Qué piensas hacer cuando termine el verano? —pregunta April, con tono preocupado.

—Tener suficiente dinero para continuar con mi trabajo como diseñadora gráfica e ilustradora. Después, no lo sé. Creo que me quedaré en Europa. Por mi padre, que era griego, también tengo doble nacionalidad.

—Ven a Estambul —me invita April.

—Lo voy a pensar. Lo prometo. No quiero hacer planes a largo plazo.

Porque primero necesito demostrarle al señor Doukadoulos que mi hermana realmente amó a su hermano y que no era una oportunista, como la acusaron.

Hasta donde sé, la noticia de que el heredero griego y Sylvie estaban en una relación solo salió después de que ambos murieran en un accidente de coche. Creo que antes la familia estaba ocultando el hecho de que Thales salía con una mujer que no pertenecía a una familia rica, probablemente porque esperaban que él volviera con su exnovia.

Pero ahí termina toda la verdad que los periódicos contaron sobre mi hermana: ella no era millonaria. Me enteré de que Thales pagó mi viaje.

Más allá de eso, no importa lo que los Doukadoulos piensen, ellos se amaban. Yo los vi juntos. Estaban enamorados y, al menos, uno de los miembros del clan necesita saberlo.



Sabrina

Capítulo 10

Esa misma noche

April insistió en que su chofer me llevara de regreso a la ciudad y me entregó un sobre con el pago por mi trabajo.

No planeaba abrirme con tres desconocidas, pero siento como si me hubiera quitado una presión del pecho que amenazaba con asfixiarme.

En lugar de volver a casa, aunque hoy sea mi día libre, decidí ir al restaurante. Aún puedo cubrir el turno de la noche y, aunque Acacia no me pague el día completo, todavía puedo recibir buenas propinas. Los turistas aquí son generosos, ignorando por completo el hecho de que ya está incluida en la cuenta. Ya he llegado a ganar cien euros extra en una sola mesa.

El estacionamiento está lleno, tal como imaginé que estaría. Cuanto más se acerca el verano, más visitantes abarrotan las calles de Zarofu.

Le agradezco al chofer y le deseo una buena noche antes de entrar.

Sonríó a los camareros cuando entro al Opa Tavern, y podría jurar que uno de ellos suelta un suspiro de alivio al verme. Al parecer, no están dando abasto.

Desde que empecé a trabajar aquí, he estado alternando entre la cocina y la atención al público, pero cada vez más Acacia me envía

al salón. Mi padre fue dueño de un pequeño restaurante griego en Tijuca, Río de Janeiro, y yo trabajaba con él después de volver de la escuela, en el turno de la tarde.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Acacia en su encantadora mezcla de inglés con español, pero luego hace un gesto con la mano—. Olvídalo. Si vienes a trabajar, no voy a negarme a aceptar tu ayuda. Hoy estamos enloqueciendo.

—Está bien. Solo voy a cambiarme de ropa.

—No. Quédate así. No podemos perder ni un minuto.

Dios, yo pensaba que era una persona acelerada, pero Acacia es veinte veces más.

—De acuerdo. Supongo que debo quedarme en el salón.

—Exactamente. Perdóname si no soy lo suficientemente generosa como para prescindir de tu ayuda, pero no hay tiempo que perder.



—Toma asiento —ordena Acacia—. Has atendido más mesas que ningún otro camarero. Ese pelo rojo vuelve locos a los hombres —bromea.

—*Cabello del diablo.*

—¿Qué?

—Tuve una profesora de religión que decía que mi cabello era para distraer a los chicos en clase, así que lo llamaba “cabello del diablo”.

—Ella era una idiota ignorante —ruge ella y yo sonrío.

Ya me di cuenta de que Acacia es protectora conmigo. Más de una vez ha intervenido cuando algún cliente se entusiasma demasiado.

—Ve a sentarte. Pide una bebida. Has trabajado demasiado.

—No creo que deba —digo, aunque la idea de una copa de vino blanco bien frío antes de irme suena como el paraíso.

—Te lo estoy ordenando. No es una petición.

—Sí, señora.

Quedan pocos clientes en el restaurante, así que no creo que sea un problema.

—La clienta más bonita de la noche —dice el bartender en cuanto me siento en uno de los taburetes altos—. ¿Sabes que tus ojos brillan como diamantes en esta penumbra del bar, Sabrina?

—Basta, Bill —le digo al norteamericano, muy joven y lleno de hormonas—. No vas a conseguir que acepte tu invitación para salir halagando mis ojos.

Me invita a salir todos los malditos días. No es nada ofensivo, es incluso un coqueteo dulce, pero aun así dejo claro que no estoy interesada.

—¿Qué tengo que hacer, entonces?

—Nada. No eres mi tipo.

—Ay. Podrías al menos fingir que te parezco lindo.

—Eres lindo y lo sabes muy bien. Pero además de que soy cinco años mayor que tú, queremos cosas diferentes en una relación.

—Yo no quiero ninguna relación.

—Ese es exactamente mi punto.

—Si no me vas a besar, al menos déjame prepararte una copa.

—Quiero vino blanco.

—Qué aburrido. Pensé que los brasileños eran más originales. ¿Qué tal una cerveza?

—La cerveza es amarga y muy calórica. No, gracias.

—No tienes que preocuparte por las calorías.

—No me preocupo, pero me siento hinchada al día siguiente cuando bebo cerveza.

—Bueno, para que lo sepas, esta conversación no es sexy.

—No estaba intentando ser sexy.

Él disimula una sonrisa mientras me sirve una copa de vino blanco que, de tan fría, deja el vaso cubierto de condensación.

—Vas a arruinar mi cuadernito.

—¿Cuadernito?

—Estoy haciendo un diario para anotar con cuántas mujeres me voy a acostar en Europa antes de volver a mi país al final del verano.

—¡Dios!

—Es una apuesta con mis amigos. Ellos también están en acción allá, y me estás poniendo las cosas más difíciles.

—Me gustaría decir que lo siento, pero sería mentira.

—Mala.

—Sí, soy un ser humano horrible.

—¿Cómo se dice eso, “eres mala”, en portugués?

—“Você é linda” —bromeo, pero en lugar de sonreír, lo veo mirar por detrás de mí, y antes de que pueda girarme para ver qué ocurre, una voz habla:

—No le creas. La pelirroja acaba de hacer que repitas que es hermosa, lo cual, dicho sea de paso, es verdad.

Sin tocar la copa, miro hacia atrás y me encuentro cara a cara con uno de los dos hermanos solteros Yavuz Aydin, si no me equivoco, Zehab.

En un primer momento, no sé qué decir ni cómo procesar que el turco, de una belleza impresionante, me haya llamado hermosa, pero enseguida entiendo que para hombres como él, decir algo así a una chica no debe significar nada especial.

—Señor Yavuz Aydin, ¿cómo está? —saludo, porque April ya nos había presentado en la fiesta—. ¿Puedo servirle algo?

—Creí que tenía el día libre.

—Vine a trabajar. No me sentía cansada.

A pesar de no estar haciendo nada malo, siento el corazón acelerarse como si estuviera cometiendo el peor de los pecados. Y sé exactamente por qué: no estoy haciendo nada incorrecto en este momento, pero acepté trabajar en un restaurante cuyo dueño, junto con sus familiares, probablemente odia a toda mi familia.



Sabrina

Capítulo 11

—No sabía que usted hablaba portugués —digo, muy incómoda, girándome por completo para quedar frente a él.

Dios, al igual que sus hermanos, el hombre es hermoso. No es una belleza de esas que uno se encuentra por la calle, sino de las que te dejan sin aliento, como la del resto de sus parientes turcos.

¡Bendita genética la de la suegra de April!

—Decir que hablo tu idioma natal sería un poco exagerado, pero lo comprendo —responde, ahora en inglés—. Mi cuñada es brasileña, como debes saber, y además tenemos varias empresas en Brasil, así que comencé a estudiar el idioma porque me gusta entender lo que se dice cuando estoy negociando.

—¿No contrata a un intérprete?

—Más de uno, de hecho —responde, y entonces entiendo lo que intenta decirme.

Hombres como Zehab no confían en nadie fuera de su familia.

—¿Ya terminó tu turno?

—Sí.

—Pasa la noche conmigo.

Abro y cierro la boca, tan sorprendida por su absoluta falta de sutileza que, por un instante, no sé qué responder.

Había notado que me miraba durante la fiesta, pero supuse que era por curiosidad, como sus hermanos, y no por algún tipo de

interés.

No hay ningún margen de error en su invitación.

Es un hombre soltero, de visita en una isla griega, y quiere un poco de diversión para la noche.

La diversión soy yo.

La idea me provoca incomodidad, aunque su propuesta no haya sido ofensiva. Estoy segura de que la mayoría de las chicas de mi edad no dejaría pasar la oportunidad.

Pero yo no soy la mayoría. Soy alguien que creció escuchando a los vecinos hablar del “pobre Erastus”, mi padre, que sufrió al casarse con una mujer promiscua, mi madre.

Y como si eso no fuera suficiente, está el escándalo que rodea el nombre de mi hermana.

Pero sé que no es solo por eso. Sé que, incluso sin lo de mi madre y Sylvie, nunca aceptaría su invitación.

Dentro de mí, es como si viviera en la era victoriana, porque, por muy atractivo que sea, nada en el mundo me convencería de acostarme con un desconocido. Ya no tengo la intención de guardar mi virginidad para un hombre especial, pero me conozco lo suficiente como para saber que jamás me sentiría bien despertando para ser descartada como la ropa que un hombre usó la noche anterior y que ahora cambia por otra nueva.

Creo que algunas mujeres tienen una seguridad admirable para asumir su sexualidad sin miedo a lo que venga después, pero yo no pertenezco a ese grupo. Necesito más que un rostro y un cuerpo bonitos. Al menos tendría que haber cierta seducción previa.

Supongo que el turco está acostumbrado a chasquear los dedos y tener mujeres lanzándose a sus pies.

—¿Te asusté?

—¿Ese tipo de enfoque suele funcionar?

—No es algo calculado. Veo lo que quiero y extendiendo la mano para tomarlo.

Dios, es arrogante.

—Esta vez, hizo una pésima elección.

—Déjame adivinar. No eres *ese tipo de chica*.

Sé que está bromeando, y eso me irrita aún más. Es como si mi “no” le diera exactamente igual, lo cual probablemente sea cierto. Hay varias mujeres en el salón y todas, sin excepción, lo miran embelesadas.

Este sería el momento en el que debería decir la verdad.

Aceptar que tiene razón y que no soy “ese tipo de chica”, de las inteligentes que saben aprovechar la vida. Que soy una tonta a la que su único novio engañó, probablemente durante años, y que aun así no es capaz de lanzarse a una noche de placer con un hombre atractivo.

Pero en lugar de seguir mi habitual sentido común, intento recuperar la autoestima que su mirada dejó tambaleando, como si fuera una niña inexperta.

Sin pensar en lo que hago, digo:

—No, está equivocado. En realidad, soy completamente aventurera cuando se trata de hombres y...

No logro terminar la frase porque una voz estalla a mi lado como un trueno.

—Perfecto para usted. Disfrute de su vida, pero no dentro de mi restaurante ni con mis clientes.

Tardo unos segundos en girarme. Primero miro a Zehab, con el rostro ardiendo de vergüenza, porque, aun sin haber mirado todavía a quien habló, sé perfectamente de quién se trata: Atticus Doukadoulos.

Las frases “mi restaurante” y “mis clientes” lo dejan claro.

Para mi sorpresa, el cuñado de April está sonriendo, como si encontrara divertida la reacción de mi jefe. Yo, en cambio, quisiera que la tierra se abriera y me tragara. No podría haber una peor manera de tener un primer encuentro con el hermano de Thales.

¿Qué tan mala suerte puedo tener para que, justo la única vez en que digo algo completamente fuera de mi forma de ser, la última persona que debería escucharlo sea quien lo escucha?

—Así es, Sabrina. Renuncia —dice Zehab, aparentemente divertido—. Ignora a este déspota griego y ven conmigo a Estambul. Puedo conseguirte un trabajo en una de mis empresas.

Sé que está bromeando, pero si realmente quisiera, April podría conseguirme algo. Tal vez, en otra situación, aceptaría, porque ni siquiera he mirado a Atticus de frente y ya me cae mal. El problema es que no puedo. No vine a Grecia por mí, sino para limpiar el nombre de mi hermana.

Reuniendo una valentía casi inexistente, me giro hacia el hombre cuya presencia solo había percibido hasta ahora por el rabillo del ojo.

Giro el cuerpo de manera deliberadamente lenta, pero cuando por fin lo miro, me quedo sin aliento durante varios segundos.



Atticus

Capítulo 12

Minutos antes

Toda la opresión que sentí al salir de Lepaxos desapareció en cuanto volví a pisar Zarofu.

En medio del mar agitado en el que se convirtió mi vida en los últimos meses, aquí encuentro mi paz. Incluso lejos de mi familia, podría haber seguido viviendo dentro de la alta sociedad europea. Refugiarme en esta isla fue una elección consciente.

Con todo el patrimonio que poseo, aun así decidí convertir el crecimiento del restaurante en mi mayor objetivo y hacer de Zarofu mi hogar.

Entro en el Opa Tavern y una sensación cálida se expande en mi pecho al oír las voces de los clientes, el tintinear de los vasos mientras los camareros corren con las bandejas, el murmullo típico de personas de vacaciones, que no tienen que preocuparse por nada al día siguiente más que disfrutar del sol y el mar.

Ya es tarde y supongo que la cocina cerró hace una hora, pero, aunque ya no se reciban clientes para cenar, algunos todavía se aventuran en busca de un último trago antes de terminar la noche.

Camino por mi establecimiento, recorriéndolo con la mirada: el suelo rústico de madera reciclada; las paredes lisas, excepto una, adornada con fotografías de clientes famosos que frecuentan el Opa

Tavern (una idea de Acacia, mi gerente); la iluminación tenue que le da un aire íntimo al restaurante cuando el sol finalmente se sumerge en el mar durante el crepúsculo.

Más que el lujo encantador y sin pretensiones del lugar, amo la energía que se siente aquí. De inmediato comparo mi vida de los últimos años con la que habría tenido si hubiera seguido el plan de convertirme en CEO de la principal de nuestras empresas. Incluso si no existiera toda la depravación que rodea a mi familia, hoy tengo la certeza de que jamás sería feliz dentro de una caja de concreto, viviendo un día tras otro, todos iguales, con el único objetivo de hacerme cada vez más rico.

Me dirijo hacia la cocina cuando veo a una mujer de cabello rojo, tan largo que casi le llega a la cintura, sentada conversando con el barman.

Lleva un vestido claro que casi se funde con su piel cremosa, como si estuviera desnuda.

Tiene una figura delicada, pero mis ojos caen automáticamente en sus caderas anchas, que dan inicio a la curva hacia un trasero que, incluso sentada, parece una tentación.

No es raro que mujeres solteras o, en la mayoría de los casos, divorciadas, vengan aquí en busca de diversión.

Zarofu es, esencialmente, un lugar para disfrutar la vida sin culpa, entregándose al placer, ya sea gastronómico, mental o sexual.

Los rostros suelen ser relativamente conocidos, ya que la isla no es un refugio accesible para cualquiera, sino para apenas unas pocas decenas de privilegiados. Aparte de los turistas, los únicos forasteros que llegan son estudiantes universitarios en busca de trabajos de verano, que se marchan apenas termina la temporada.

Estoy seguro de que nunca la he visto antes. Estoy lejos de ser un celibatario. Al contrario, he perdido la cuenta de cuántas mujeres han pasado por mi cama.

Lo primero que llamó mi atención fue su cabello, que parece formado por ondas de fuego. Pero acabo de decidir que el conjunto completo me agrada.

Noto que el barman, a quien no conozco personalmente pero sé que se llama Bill, ya que Acacia me mantuvo informado sobre los

nuevos empleados que contrató para reemplazar a los que se fueron durante los meses en que estuvimos cerrados, está coqueteando con la pelirroja.

Hasta donde sé, se sumaron al equipo este chico, una brasileña y dos griegas más, estas últimas de manera permanente.

Mi empleado sonríe a la mujer, claramente coqueteando con ella, lo cual está prohibido. Fuera de estas puertas, pueden hacer lo que quieran; aquí dentro, no. A veces, hombres y mujeres dejan a sus parejas en los yates y vienen aquí a coquetear. Ya hemos tenido media docena de escándalos que tuvimos que silenciar, incluyendo uno que terminó en agresión física de un cliente contra su pareja.

Se llamó a la policía y, sin duda, fue una de las situaciones más desagradables que han ocurrido aquí.

Veo al barman inclinarse hacia ella para hablarle, en un gesto que denota intimidad, y empiezo a caminar hacia allí, no solo por lo inapropiado de la situación, sino porque siento, de forma extraña, un instinto territorial hacia la pelirroja.

¿Por qué me siento así? Ni siquiera le he visto el rostro todavía.

Capturo un vistazo de su perfil cuando gira suavemente la cabeza, sonriendo por algo que él dijo, mientras Bill le deja frente a ella una copa de lo que parece ser vino blanco.

Se inclina hacia atrás, creo que para verlo mejor, y las puntas de su cabello caen hasta su trasero.

Un deseo repentino de enredar los puños en esa masa salvaje de mechones cobrizos me atraviesa.

—Espero que no le moleste que Sabrina esté relajándose un poco, jefe. Bienvenido de vuelta —dice Acacia a mi lado.

Me detengo en seco.

—¿Sabrina?

—Sí, la brasileña de la que le hablé. Hoy era su día libre y, por lo que sé, trabajó en una fiesta en la casa del señor Kahraman Yavuz Aydin, pero después vino directo aquí a hacer un turno extra. Le dije que se bebiera una copa de vino antes de irse.

Mientras hablamos, me sorprende ver a uno de los hermanos menores de mi amigo turco, Zehab, acercarse a ella.

La chica gira en el asiento después de que él parece decirle algo, y la atracción que despertó en mí, incluso de espaldas, se eleva a un nivel explosivo.

Sabrina es un contraste de opuestos. Su cabello rojo complementa la delicadeza de sus rasgos, pero sin opacarlos, armonizando en una deliciosa mezcla de fuerza y feminidad.

No tengo un tipo específico de mujer, pero si lo tuviera, diría que acabo de encontrar una que me agrada en todos los sentidos.

No es solo hermosa, hay algo más en sus rasgos, en la forma en que sonríe, una especie de tristeza disfrazada que la vuelve única, casi etérea.

—¿Cuántos años tiene?

Acacia no responde de inmediato y desvía la mirada hacia ella. Tiene las cejas levantadas, comprendiendo la intención detrás de mi pregunta.

—Veinticinco.

Joven, pero no demasiado. Llegué a pensar que era mucho menor.

—¿Cómo estuvo todo en Lepaxos? —continúa, claramente intentando traerme de vuelta a la realidad.

—Luego hablamos de eso —digo, retomando el paso al notar que Zehab está coqueteando con ella.

Me acerco, dispuesto a hacer que retroceda, cuando la oigo decir:

—No, está equivocado. En realidad, soy completamente aventurera cuando se trata de hombres y...

Por primera vez que recuerde, siento celos. Y también una leve decepción al pensar que él solo necesitó menos de cinco minutos, a juzgar por el tiempo que los estuve observando, para tenerla dispuesta, a su merced.

—Perfecto para usted. Disfrute de su vida, pero no dentro de mi restaurante ni con mis clientes —digo, antes de poder detenerme.

No soy machista. No hay ninguna prohibición de que mis empleados se relacionen entre sí, pero está estrictamente vetado que se involucren con clientes dentro de este lugar.

"Sí, claro, esa es la única razón por la que quieres lanzarte al cuello del turco", se burla una voz en mi cabeza.

Ella no se gira de inmediato para mirarme. Tal vez porque teme que nuestro primer encuentro (jefe y empleada) haya ocurrido justo cuando la sorprendí coqueteando con un cliente.

Como el descarado que es, tanto como yo lo sería en su lugar, Zehab sonríe.

—Así es, Sabrina. Renuncia —dice—. Ignora a este déspota griego y ven conmigo a Estambul. Puedo conseguirte un trabajo en una de mis empresas.

Finalmente, ella se gira con lentitud, pero cuando nuestras miradas se encuentran, me observa con los labios entreabiertos.



Sabrina

Capítulo 13

Thales era un hombre hermoso, refinado, con rasgos en completa armonía. Todo encajaba, como si quien lo creó hubiera calculado milimétricamente qué debía añadirse para acentuar su perfección. Nariz, boca, ojos. Todo alineado. Un rostro que no podías dejar de admirar porque parecía una pintura.

Son características de alguien atractivo, pero no necesariamente inolvidable.

Atticus Doukadoulos tiene una belleza salvaje. El cabello oscuro, casi negro, en contraste con la piel dorada clara, es grueso y no está peinado, como si se pasara los dedos por él sin importarle en qué dirección cae. La mandíbula cuadrada denota una agresividad latente, típica de hombres poderosos que, aun así, se mantienen bajo un control rígido.

Aunque sus palabras fueron duras, no resultó irrespetuoso. Sonó como un rey en su territorio, desafiando a sus súbditos a contradecirlo.

Alzo la mirada hacia su nariz recta, característica de los hombres griegos, y me detengo en sus ojos. Son tan almendrados, tan entrecerrados, que parecen a punto de cerrarse, dejando escapar apenas un brillo azul oscuro entre los párpados de largas pestañas.

No está afeitado, lo que solo aumenta su seducción. Nadie necesita ser un observador atento para entender que se trata de un

hombre muy rico, pero es como si no le diera la menor importancia a su apariencia.

Nunca sería elegido como modelo si lo que se buscara fuera una belleza convencional. Parece un pirata, dominante y sexy. Tan masculino que hace que nosotras soñemos con hijos que hereden esos rasgos únicos.

En ninguna de las fotografías publicadas en los periódicos pude ver su rostro. Era como si evitara las cámaras. Ni siquiera cuando me acerqué con cautela en el cementerio, el día del entierro de Thales, pude observarlo, ya que estaba rodeado de guardaespaldas.

Tal vez, si hubiera tenido la oportunidad de prepararme para el efecto que su apariencia causaría en mí, ahora podría respirar con normalidad.

"Tal vez no", dice una voz en mi cabeza. "¿Qué mujer puede estar tranquila frente a un hombre como él?"

En realidad, son dos, porque Zehab también es atractivo, pero mientras el griego prohibido tiene algo que me atrae más allá de toda explicación, el hermano del esposo de April me provoca lo mismo que Thales: es guapo, pero no me hace arder la sangre.

No soy de confrontaciones. Contradigo por completo el estereotipo de que las pelirrojas tienen mal carácter, pero en este momento me siento lista para darle una respuesta cortante, porque, sea guapo o no, el hombre tiene un temperamento infernal.

Sé que me habló de esa manera solo porque ya conoce a Zehab. April me contó que mi jefe y su esposo, así como sus cuñados, son buenos amigos.

Mi nueva amiga incluso dijo que, cuando se conocieron, Atticus fingió coquetear con ella para provocar al señor Kahraman, confesándole después que pensó que su amigo necesitaba darse cuenta de que la perdería si no tomaba una decisión.

Así que sé que todos son muy cercanos. No creo que hubiera hablado así delante de cualquier cliente.

Lo miro fijamente sin apartar la vista, aunque siento una fuerte tentación de bajarla. Pienso en lo que haría Sylvie en esta situación, y basta recordar su forma de ser para saber que mi hermana no retrocedería.

Aunque probablemente lo mandaría al infierno por esa actitud de hombre de las cavernas, yo no puedo darme ese lujo. Necesito parecer alguien confiable para demostrarle al hermano de Thales que no todas en mi familia somos oportunistas interesadas.

—Estaba bromeando —digo, y noto que lo he sorprendido. Tal vez esperaba una confrontación—. No soy aventurera, señor... —Hago una pausa, fingiendo intentar recordar su apellido—. Bueno, supongo que usted es el señor Atticus Doukadoulos, ya que dijo que el restaurante le pertenece. Mucho gusto. Soy Sabrina Oliveira Pappas.

—¿Pappas?

—Mi padre era griego.

—Ya sea en broma o no, nunca debe hablar así con los clientes. Si Zehab estuviera con alguien, usted le causaría problemas.

Me levanto del banco y, en lugar de dirigirme a él (porque estoy segura de que, si hablo con mi jefe ahora, le diré un par de verdades), vuelvo a mirar al turco.

—Con todo respeto por mi broma, señor Yavuz Aydin, si tuviera una novia, la responsabilidad de coquetear con otra mujer sería suya, no mía. Soy libre. Puedo estar con quien quiera, y cuando quiera.

—Si tuviera una novia, bella —dice Zehab—, después de esta pequeña demostración de pasión, terminaría con ella y me casaría contigo.

Escondo una sonrisa. A pesar de la situación incómoda, el hombre coquetea con la misma naturalidad con la que respira.

Finalmente, sintiéndome liberada, me dirijo otra vez a mi empleador.

—Me encantaría quedarme y conocerlo mejor, jefe, pero como ya no estoy en horario laboral, lo dejaré para mañana.

O nunca, si pudiera elegir.

No espero respuesta. Salgo del establecimiento sin mirar atrás.

¿Cómo alguien a quien acabo de conocer hace apenas cinco minutos tiene el poder de sacar lo peor de mí? Nunca lo entenderé. Ese hombre es un maldito hechicero. Si hubiera tenido aunque sea un poco de esta furia que él despertó cuando pillé a Joel

engañándome, le habría dado una paliza, o al menos, le habría tirado la ropa por la ventana.



Sabrina

Capítulo 14

Mientras salía del restaurante, después de hacerle un rápido gesto con la cabeza a Acacia (quien me miró con una mezcla de disculpa y confusión), intenté hacer que mis rodillas dejaran de temblar.

Vine a Grecia creyendo que estaba preparada para el momento en que vería a Atticus por primera vez.

¿Qué podía tener de complicado eso? Solo necesitaba que me escuchara durante unos cinco minutos.

No tuve tiempo de prometerle nada a mi hermana, pero soy una persona leal por naturaleza, y algunas de las cosas que dijeron sobre ella me revolvieron el estómago, porque sé que nada de eso era cierto. Voy a limpiar su reputación, cueste lo que cueste.

Conviví con Sylvie durante meses. Tal vez era demasiado soñadora y también un poco ingenua, lo cual, viniendo de mí (que fui engañada por un imbécil con el que salí buena parte de mi vida), es algo digno de señalar. Pero ella no era una mala persona ni estaba interesada en el dinero de Thales. Mi hermana lo amaba.

Ahora, después de este encuentro desastroso con el griego, no tengo dudas de que mi misión se ha vuelto mucho más difícil.

Tiemblo al llegar a la acera, porque por la noche la temperatura siempre desciende en la isla.

Miro mis pies y me siento una idiota por haber salido impulsivamente de Opa sin preocuparme por cambiarme los zapatos. Tengo un par de zapatillas guardadas en el armario de los

empleados, que siempre uso para volver caminando a casa. Por lo general, Acacia me lleva, porque me quedo hasta que cerramos el restaurante, pero hoy tendré que caminar más de veinte minutos.

Genial. ¿La noche puede empeorar aún más?

Algunos turistas más jóvenes pasan a mi lado, en grupo, soltando comentarios burlones.

Finjo que no los escucho. No me afectan fácilmente las palabras, siempre y cuando nadie me toque. Si alguien me pone un dedo encima sin mi consentimiento, la historia cambia por completo. Fui criada para defenderme, y eso incluye patadas en la entrepierna y dedos en los ojos: los puntos que mi padre decía que son más sensibles y que me darían una oportunidad de escapar, si fuera necesario.

No llego a caminar ni cien metros cuando noto un vehículo (una camioneta, si mi visión periférica no me falla) avanzando a mi lado.

Suspiro, dispuesta a cruzar de acera, lo que no le dejará otra opción a mi perseguidor más que seguir de largo, ya que la calle es de doble sentido.

Disminuyo el paso, preparándome para rodear la parte trasera del vehículo, cuando una voz que no esperaba volver a oír hoy dice:

—Suba al coche. La llevaré a su casa.

Me quedo paralizada y me muevo como en cámara lenta.

Atticus.

—¿Por qué?

—Es tarde y, con esos tacones, terminará con los pies llenos de ampollas.

Estoy a punto de responder: *¿y eso qué le importa?*, pero no puedo. Si quiero borrar la mala impresión que tiene de mi familia, comportarme como una niña de doce años no es la mejor idea.

Rodeo el vehículo y abro la puerta.

—Gracias.

Podría añadir un formal “no era necesario”, pero soy muchas cosas, menos desagradecida. Además, si tuviera que caminar hasta la casa de Acacia, ¿cómo haría para mantenerme en pie mañana? Tiene razón, acabaría con los pies destrozados.

Siento que me observa mientras me coloco el cinturón de seguridad, pero finjo no notarlo porque este hombre me pone nerviosa como nadie más lo ha hecho.

Después de cinco intentos frustrados, finalmente logro completar la “gran hazaña”.

—¿Me dijo que su padre es griego? —pregunta cuando arranca, ahora con la mirada al frente.

Conducir un vehículo un sábado por la noche en las calles de Zarofu es todo un desafío. Hay varios borrachos deambulando, todos (no me cabe duda) dueños de fortunas equivalentes a pequeños países.

Estoy a punto de responder, cuando decido que no voy a dejar que me pase por encima solo porque necesito que no piense mal de mí.

—¿No debería presentarse primero?

—Sabe quién soy. Dijo mi nombre dentro del Opa.

Mucho más de lo que imagina.

—Sí —respondo, pensándolo mejor y decidiendo que no obtendré nada confrontándolo—. Bien, en cuanto a su pregunta, mi padre era griego.

—¿Y usted es brasileña?

Me estremezco por la tensión. ¿Sabe que Verónica, nuestra madre, también es brasileña? ¿Podría atar cabos? Pero entonces recuerdo que mamá cambió su nombre legalmente. Ahora es Véronique, una versión francesa de su nombre original. También eliminó el apellido brasileño al casarse con el padre de Sylvie, de modo que la *Verónica Oliveira* que aparece en mi pasaporte difícilmente se confundiría con *Véronique Côté*. A menos que Atticus investigara a fondo, no creo que nos relacione. No pretendo ocultarlo para siempre, pero por ahora necesito que vea que soy honesta, diferente a ella, y que entienda que las hijas no deben cargar con los pecados de su madre.

—Así es.

Pasa más de un minuto en silencio y estoy a punto de desmayarme de los nervios.

—¿Dijo que *era* griego? —repite, lo que parece una eternidad después, dejando claro que no deja pasar nada.

—Falleció hace aproximadamente un año.

—¿Y sus otros familiares están en Brasil? —continúa, pero ahora noto que su tono es más suave.

Miro por la ventana.

—¿Puedo saber por qué tantas preguntas?

—Habría hecho todas esas preguntas si yo hubiera sido quien la entrevistó. Usted no presentó un currículum. Simplemente apareció en el restaurante, y quiero entender por qué, entre todas las islas griegas, eligió Zarofu.

—Yo...

—Sí, ya conozco la historia del Instagram de la modelo.

—¿Cómo?

—Acacia me lo contó cuando la contrató.

—En ese caso, también sabía que mi padre era griego.

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué...?

—No me convenció su justificación para elegir la isla.

—No me estaba justificando —respondo con cuidado, consciente de que cada palabra que diga de ahora en adelante puede traerme problemas en el futuro—, estaba respondiendo a una entrevista de trabajo.

Siento que el estómago se me sube a la garganta y un sudor frío recorre todo mi cuerpo. Con cada segundo al lado de Atticus, se vuelve más difícil cambiar la idea que tiene sobre mi hermana. Thales dijo que su familia nunca aceptaría la relación con Sylvie porque todos esperaban que se casara con otra mujer, y puedo entenderlo hasta cierto punto, pero jamás permitiré que la consideren una prostituta, como la llamó la prensa en el momento del entierro.

No ayudó que mi madre apareciera en todos los sitios de celebridades contando una versión distorsionada de los hechos. Cuando Sylvie murió, llevaban más de un mes sin hablarse, y estoy segura de que mi hermana nunca le habría contado nada sobre su relación, ya que no confiaba en Véronique.

—No le pedí que se justificara —dice—. Solo intento entender cómo alguien tan joven terminó en una isla poco conocida para la mayoría del mundo.

—No soy tan joven. Tengo veinticinco. Y ya estaba en Europa desde que mi padre falleció. Tengo doble nacionalidad y no quería regresar a Brasil todavía.

Por primera vez desde que subí al coche, me siento un poco más tranquila por haber dado cierta información sin necesidad de ocultar nada.

—¿Y después, qué piensa hacer?

—¿Siempre se interesa así por sus empleadas?

—No. Solo por aquellas que despiertan mi curiosidad.

—¿Y eso fue lo que hice? ¿Desperté su curiosidad?

—Me expresé mal. Despertó mi *interés*.

Me giro por completo en el asiento para mirarlo, convencida de que me perdí alguna frase en inglés. No puedo creer lo que acaba de decir.

—¿Desperté su *interés*?

—Sí. Antes de saber que era mi empleada, estaba decidido a llevarla a mi cama esta noche.



Sabrina

Capítulo 15

—No sé qué decir —respondo, al mismo tiempo que una ola de excitación recorre mi cuerpo.

Aprieto ambas manos sobre el regazo, sosteniendo mi bolso con tanta fuerza que los nudillos de mis dedos, temblorosos, se me ponen blancos.

—No necesita decir nada. Fue una declaración retórica, pero si va a convivir conmigo, debe acostumbrarse a mi franqueza.

—No voy a acostarme con usted. Si mi empleo depende de eso...

—Lo que yo quería hacer con usted no estaba ni cerca de que durmiéramos juntos —dice, y levanto la vista hacia su rostro para ver si está sonriendo. No lo está. Tal vez simplemente sea así de descarado por naturaleza. Nunca conocí a alguien tan directo y, confirmando esa impresión, continúa—: Pero no salgo con mis empleadas.

Debería aprovechar esa declaración y suspirar aliviada, pero en lugar de eso, me siento extrañamente decepcionada y, antes de poder contenerme, digo:

—No hay ninguna política de no confraternización^[14] en el restaurante.

—No, pero sí hay una política de no complicaciones de mi parte. No paso más de una semana con la misma mujer.

"Cállate, Sabrina", me advierte una voz, pero no lo logro.

La forma desvergonzada en que dijo eso me recuerda la traición que sufrí hace apenas un par de meses.

—¿Eso significa que solo tiene relaciones sexuales en las estaciones cálidas, señor Doukadoulos? —pregunto, con el tono más falsamente inocente del mundo, refiriéndome al hecho de que en otoño e invierno, según lo que Acacia me contó, la isla queda vacía y le quedan pocas opciones, salvo “repetir” pareja.

El aparta la vista del camino para mirarme, y ahora estoy segura de que una comisura de su boca se eleva en una sonrisa contenida.

No es una sonrisa inocente, sin embargo, es maliciosa. El arrogante sabe el efecto que causa en las mujeres.

—No, Sabrina. Yo las traigo aquí cuando me apetece.

—Por una semana.

—Tal vez menos. —Hace una pausa y luego añade—: Generalmente menos.

—Entiendo.

—¿Qué pasa?

—Esta conversación no es apropiada.

—En eso estamos de acuerdo —dice.

—Fue usted quien empezó.

—Creo que entramos en confianza. No necesitamos tratarnos de usted.

—Entonces, fuiste tú quien empezó cuando dijiste que querías...

—¿Cuando dije que quería llevarte a la cama? Sí, es verdad. Eres hermosa. Yo aprecio la belleza.

Si no fuera por la manera despreocupada con la que dice eso, podría sentirme halagada. Sin embargo, lo único que puedo pensar es en cuántas mujeres ya habrán caído en ese discurso.

—No la belleza de tus empleadas, sin embargo.

—Nunca me lo permití. Generalmente soy yo quien las contrata. Tú fuiste una excepción. Jamás habría mirado dos veces en tu dirección si hubiera sabido que trabajabas para mí.

—Perfecto. Eso me deja más tranquila. No me acuesto con hombres para quienes trabajo.

No me acuesto con nadie, pero prefiero morir antes que admitirle a este mujeriego que soy virgen.

—Acacia me dijo que trabajaste en una fiesta en la casa de los Yavuz Aydin.

—Sí —respondo, sorprendida por el cambio de tema.

Su voz suena completamente neutra.

—¿Por qué?

—¿Por qué fui a trabajar para ellos?

—Sí.

—April fue a tu restaurante. Ella hará un viaje a Brasil pronto y me pidió que me sentara en su mesa y le contara un poco sobre mi país. Hablamos bastante. Después, me invitó a organizar la recepción del cumpleaños de su suegra.

Él asiente con la cabeza.

—¿Lo que ganas en el restaurante no es suficiente?

—Gano muy bien, pero necesito volver a comprar todo mi equipo para empezar otra vez a trabajar como diseñadora gráfica e ilustradora. Tuve que venderlo cuando mi padre se enfermó.

—¿Diseñadora gráfica? ¿Ilustradora?

—Sí. Hago un poco de todo. Logos, artes para sitios web, pero principalmente ilustraciones para libros. El mercado está creciendo.

—Puedo darte un adelanto para que compres lo que necesites.

—Apenas me conoces.

Se encoge de hombros.

—No sería la primera vez que ayudo a un empleado.

Estoy muy tentada a aceptar, pero la imagen de mi madre aparece frente a mí, junto con su frase favorita: “los hombres fueron hechos para ser usados”.

Me lo dijo en París, la única vez que salimos las tres a cenar juntas y un francés envió una botella de champán a nuestra mesa por mi culpa. Yo la rechacé y ella me llamó *estúpida*. No le importaba en lo más mínimo que mi prometido me estuviera esperando en el apartamento. Los lazos, los compromisos, son meros detalles en el mundo de Véronique. Obtener ventajas en cualquier situación es lo único que importa, según sus parámetros distorsionados.

Obviamente, si hubiera sabido que aquel infeliz me iba a traicionar, me habría bebido la botella directamente de un trago,

incluso.

En cuanto ese pensamiento se completa, sacudo la cabeza, consciente de que nada de eso es verdad.

Si yo actuara así, habría permitido que su bajeza me cambiara. Al menos, cuando miro hacia atrás, entiendo que fui una tonta, sí, pero una tonta fiel a mis principios.

—Te lo agradezco, pero no puedo aceptar. Vine a Europa para intentar crecer como persona y, para eso, necesito asumir la responsabilidad de cuidar de mí misma. No quiero depender de los demás.

—No es un regalo, es una inversión.

—¿Por qué te importa? En pocos meses, no volveré a verte.

—No me importa —dice, y estoy segura de que es verdad. Atticus parece frío como una piedra de hielo—. Solo estaba ofreciéndote una perspectiva para tu futuro. Haz lo que quieras.

No dice nada más hasta que estaciona frente a la casa de Acacia.

Debería bajar, pero no lo hago. Me quito el cinturón de seguridad y me giro hacia él.

—No quise ser grosera, pero no me gusta que sientan lástima por mí. La compasión no es un sentimiento digno.

—¿Quién te dijo eso?

—Mi padre. Era un hombre trabajador y orgulloso. Te lo agradezco, Atticus, pero no puedo aceptar. Las propinas del Opa son muy buenas. Estoy segura de que reuniré el dinero que necesito para comprar mi equipo rápidamente.

—No me dijiste qué planeas hacer después de irte de Grecia.

—April y Malu, la cuñada, que también es brasileña, me invitaron a pasar un tiempo en Estambul. Dependiendo de cómo esté mi situación financiera, quizá vaya.

—O podrías quedarte aquí.

—Yo...

—Por lo que entendí de tu profesión, puedes trabajar desde cualquier lugar, ¿no es así?

—¿Por qué me quedaría?

—Tal vez sería una buena combinación para aumentar tus ingresos: lo que ganas en el restaurante más tu trabajo como

diseñadora gráfica e ilustradora. Acacia me dijo que los clientes te adoran.

—¿Dijo eso?

Él asiente.

—Necesito pensarlo. No era lo que tenía planeado.

La propuesta es tentadora. Podría establecerme por un tiempo. A pesar de mi deseo de conocer distintos lugares del mundo, no soy alguien que haya nacido para vivir sin echar raíces, como mi gerente. El único problema con ese plan es que las probabilidades de que mi jefe me quiera en la isla después de descubrir quién soy son mínimas.

—Gracias por traerme.

—No quiero que vuelvas a caminar sola. ¿Sabes conducir motos?

—Sí.

—Hay una vespa en mi garaje. Puedes usarla.

—¿Qué? No puedo hacer eso. Los otros empleados van a pensar que tengo algún tipo de privilegio.

—Los otros empleados viven juntos en una sola casa. Siempre salen en grupo. Tú no. Ahora sé una buena chica y simplemente dime: *sí, señor*.

—Creí que podía tutearte, sin decirte "señor".

—Tal vez quiera oírte decir "sí, señor" en algún momento.

"*Sal de aquí*", me suplica una voz, pero mi corazón tiene otra idea. Late desbocado y cada centímetro de mi piel está erizado.

—*Sí, señor*.

El auto está en penumbra y, durante unos segundos, nos miramos en silencio. Presiento que quiere tocarme, pero en lugar de eso, sus manos vuelven al volante.

—Vete, Sabrina. Tengo mis propias reglas, pero estoy muy tentado a romperlas esta noche.

Sus palabras no me asustan, me excitan, y por eso mismo casi salgo corriendo del auto.

Camino hacia la casa de Acacia sin mirar atrás, porque acabo de descubrir que mi misión será mucho más difícil de lo que pensé al principio.

Atticus exhala sexo y tentación por todos los poros, y si se empeña en seducirme, creo que no tendré ninguna posibilidad de resistirme.

No puedo permitir que eso suceda. Necesito mantener una distancia segura entre nosotros.



Atticus

Capítulo 16

Dos semanas después

—Es maravillosa, ¿no? —Escucho la voz de Acacia preguntar a mi lado.

Vuelvo a mirar el portátil, sentado en una mesa al fondo del restaurante.

—¿Quién? —disimulo.

Cuando pasa casi un minuto y no obtengo respuesta, la miro.

—Sabrina, ¿quién más podría ser? —dice, con una expresión de “no me engañas, jefe”.

—Sí, es una excelente empleada.

—Lo mejor que pudo haber hecho por ella fue no ceder a la atracción que siente, jefe —continúa—. Sabrina no tiene a nadie más. No es como las mujeres con las que usted está acostumbrado a tratar, si me permite decirlo.

Si cualquier otra persona dijera eso, la mandaría al infierno, pero Acacia se ganó el derecho, junto con media docena de personas más, a meterse, hasta cierto punto, en mi vida.

Por fin cierro la computadora, diciéndome a mí mismo que mi interés en Sabrina es puramente profesional, tal como mi gerente parece creer, y que no tiene nada que ver con el hecho de que no

logro concentrarme en nada más cuando ella y yo estamos en el mismo espacio.

"Es solo mi empleada y me preocupo por su bienestar", me digo, pero, como si tuvieran vida propia, mis ojos vuelven a desviarse para seguir a la pelirroja.

—Me parece bonita. Pero no es gran cosa.

—Si solo le pareciera bonita, ya habría intentado algo, Atticus. Como a todos nosotros, le cae muy bien.

No tengo forma de negarlo.

A pesar de que la primera impresión que tuve de ella se centró exclusivamente en su belleza, Sabrina es como un día de verano hecho persona.

Sonríe todo el tiempo, incluso cuando cree que nadie la está mirando, y además es amable con quienes la rodean. No es una amabilidad ensayada ni producto de la educación, es una bondad natural, que ve el mejor lado de las personas.

Aun así, noto cierta tristeza en sus ojos, pero lo atribuyo a la pérdida de su padre, porque ahora no tiene a nadie más, como Acacia acaba de decir.

A veces la sorprendo mirándome como si quisiera decir algo, pero espero y no pasa nada, así que me aparto porque, a diferencia de lo que piensa mi gerente, la mente puede haber desistido de ella, pero mi cuerpo no. Si no avancé sobre el deseo que me provoca es únicamente porque Sabrina es una excelente empleada y yo me conozco bien. No tengo la costumbre de mantener relaciones, y sería jodidamente incómodo tenerla aquí después, mirándome con resentimiento, lo que inevitablemente ocurriría cuando todo terminara.

—Creo que está saliendo con alguien.

—¿Qué? —pregunto, sorprendido.

—Ayer la vi en el malecón, junto al mar, hablando con un hombre. Probablemente un turista, porque no es alguien de aquí.

—¿Un cliente del restaurante?

—No. Estoy segura de que nunca estuvo aquí.

—¿Cómo diablos lo conoció, entonces?

—Es una mujer libre, jefe —Acacia se burla—. Con lo hermosa que es, debe tener filas de hombres esperando una oportunidad.

—La mayoría casados.

—Sabrina no es tonta. Tal vez sea bastante soñadora, pero en absoluto ingenua. No tiene idea de cuántos hombres ha rechazado desde que empezó a trabajar aquí. Ese amigo turco suyo es la mayor prueba de ello.

—Zehab no quiere compromiso con cualquiera.

—Igual que usted.

No me molesto en confirmar lo evidente. Acacia me conoce desde hace tiempo y sabe que no mantengo relaciones a largo plazo.

—Creo que él la invitará a salir hoy, después de que termine el turno aquí. Esta mañana me dijo algo así. También noté que compró un vestido nuevo. ¿Para qué otra cosa compraría una chica un vestido si no es para impresionar a alguien?

Paso mi dedo por el puente de la nariz, anticipando un dolor de cabeza infernal.

—¿Podrías ir al punto?

Ella levanta las manos a la altura del pecho, con las palmas hacia mí, como si no hubiera dicho nada importante.

—Bueno, tengo que irme.

—¿Irte a dónde?

—Es mi día libre. Sabrina se quedará en mi lugar. Ya dejé todo arreglado con ella.

Miro a la pelirroja, con sus shorts y una blusa halter, revisando que todo esté en orden en el salón principal del restaurante, aunque todavía falta más de una hora para que abramos.

—¿Dónde está Thalía?

—Resfriada. No podrá cubrirme hoy, pero no se preocupe. Estoy segura de que Sabrina podrá con todo.

"No es por Sabrina que estoy preocupado", pienso mientras observo a mi gerente salir, "sino por qué demonios me molestó tanto saber que está saliendo con alguien".



Media hora después, todavía no he vuelto a abrir el portátil. En lugar de eso, me quedé hipnotizado viendo el movimiento del culo de Sabrina de un lado a otro, provocándome sin siquiera darse cuenta.

Necesito tener una conversación con Acacia. Tendrá que organizar mejor los turnos. No quiero más a la pelirroja conmigo cuando no haya otros empleados.

El dolor de cabeza, que antes era solo una amenaza, se instala de lleno, quizá por la falta de sueño.

Pasé los últimos días esquivando las llamadas de mi idiota padre y hablando con mis administradores para que intenten organizar la venta de sus acciones, con la menor exposición posible.

Y entonces, como si el día no pudiera empeorar, una maldita pesadilla se materializa frente a mí cuando aparece la última persona que quería ver.

—Atticus, estoy enamorada de la isla —dice la exprometida de mi hermano.

No tengo humor ni paciencia para amabilidades, así que, sin siquiera saludarla, dejo salir mi irritación:

—¿Qué demonios haces en Zarofu, Calliope?



Sabrina

Capítulo 17

Tomo el jarrón de flores con todo el cuidado para no dejarlo caer. Normalmente no soy torpe, pero las últimas dos semanas han sido una prueba. Ya me corté un dedo, me quemé el antebrazo y me resbalé en la cocina del restaurante; todo eso por culpa del griego que roba mi atención como si fuera el dueño absoluto de ella.

Subestimé, la primera vez que nos encontramos, la atracción que Atticus ejerce sobre mí. No es solo la belleza masculina, es la manera en que me mira cuando cree que no estoy prestando atención. Como si quisiera arrancarme la ropa y devorarme sobre una de las mesas, sin preocuparse por si alguien está mirando.

Si por un lado es un alivio saber que no estoy sola en medio de este deseo completamente prohibido, por otro lado me aterra porque no sé cómo voy a sobrevivir hasta el final del verano.

Ayer nos acorralamos mutuamente detrás de la barra del bar; cada movimiento que uno hacía para alejarse era reflejado por el otro, lo que terminó en un choque frontal y en su mano posándose a centímetros de mi trasero.

Fue la misma sensación que recibir una descarga eléctrica. Salté hacia atrás y, si él no me hubiera sostenido, habría vuelto a caer.

Lo más humillante es que sé que él parece tan irritado por sentirse atraído hacia mí como yo me siento avergonzada por desear al último hombre en quien debería pensar de forma lasciva.

Oigo la puerta del restaurante abrirse y doy gracias a Dios de que uno de los empleados ya haya llegado.

Es una suerte que todavía no haya roto nada hoy, considerando que Acacia se fue hace media hora.

Me preparo para saludar a mi compañero de trabajo cuando noto primero que Atticus se levanta, lo cual es inusual ante la llegada de un empleado. Y entonces, mi corazón se acelera, pero no de una manera agradable como él me hace sentir, sino con puro terror, porque reconozco por las fotos de los periódicos a la mujer que acaba de llegar.

A diferencia del resto de la familia, ella se aseguró de ser fotografiada y posar como viuda traicionada, lo que la vuelve doblemente mentirosa. Ellos no estaban casados y Thales dijo que había terminado con su prometida antes de decidir dejar todo atrás y asumir a mi hermana como su amor.

—Atticus, estoy enamorada de la isla —dice ella, acercándose a él y moviendo las caderas con suavidad.

La mujer es hermosa y una ola de celos completamente inesperada me invade.

¿Por qué? Él no es nada mío y, además, los dos son cuñados.

Pero me basta con unos pocos segundos para notar, por su lenguaje corporal, que no es así como lo ve. O al menos, ya no.

—¿Qué diablos haces en Zarofu, Calliope? —ruge él, y yo me estremezco.

Atticus no es precisamente un príncipe, pero tampoco es grosero.

La mujer no parece afectada por la forma en que fue recibida. En lugar de retroceder, que sería lo que haría cualquier persona con sentido común, da unos pasos hacia adelante y posa la mano sobre su pecho.

—¿No puedes ser más delicado? Vine desde lejos para verte. Sin segundas intenciones, lo prometo. Solo quería a alguien que me escuchara —dice, con voz llorosa y apoyando el rostro en su camisa—. No tienes idea de lo que estoy pasando, Atticus. He sido humillada por chismes y me he convertido en objeto de burlas desde que Thales sufrió el accidente con esa zorra. Tu abuela me mostró las pruebas que encontró contra Sylvie y su madre. Tal vez me dejó

ver los archivos en un intento de calmarme, pero me sentí mucho peor después. ¿Cómo pudo cambiarme por una prostituta?

El jarrón se me resbala de las manos sin que me dé cuenta y se hace añicos contra el suelo.

—Oh, Dios mío. Lo siento mucho —digo, mirando los pedazos de vidrio en el suelo y, al mismo tiempo, luchando contra la náusea.

Quiero acercarme a esa rubia y tirarle del cabello, obligándola a retirar lo que dijo sobre mi hermana. Quiero decirle que es una mentirosa, porque Thales ya no tenía ningún compromiso con ella cuando fue a encontrarse con Sylvie en París. Quiero gritarle a todo el mundo que lo que dijeron sobre ella es muy injusto, que era dulce y buena y que no tenía la culpa de haber sido criada por una víbora. Sin embargo, sé que en este momento mi palabra no vale nada frente a la de la supuesta prometida traicionada.

Me agacho para recoger los pedazos más grandes de vidrio y rápidamente mi dedo empieza a sangrar, mientras dejo escapar un gemido de dolor.

Percibo, sin verlo, que Atticus se acerca.

—Sabrina, te cortaste —dice, agachándose a mi lado—. Tenemos que curarte tu mano.

Él toma mis dedos para examinarlos y, esta vez, el temblor es producto del puro nerviosismo.

Por un momento, en el funeral, llegué a sentir lástima por la griega a la que mi hermana reemplazó, pero después de la manera en que se acercó a Atticus y de lo que dijo sobre Sylvie, entiendo perfectamente por qué Thales desistió del matrimonio.

—No es nada. Lo siento por tu jarrón —digo, con la cabeza baja.

—Olvídate del jarrón. Vamos al baño. Voy a hacerte una curación.

—¿Y la mujer que te visita?

—No fue invitada, así que puede esperar perfectamente.

—Atticus, estás exagerando. ¿Acaso la sirvienta no dijo que no fue nada? —dice la víbora, acercándose.

Él se levanta y pasa un brazo alrededor de mí.

—Quédate aquí, Calliope. Voy a encargarme de Sabrina.

No miro a la mujer; dejo que él me guíe.

—¿Sabrina? ¡Qué nombre tan exótico!

—¿Tiene algún sentido ese comentario, Calliope?

—No, solo me pareció diferente. Bien, te esperaré aquí. Espero que no tardes. Tenemos mucho de qué hablar. Vine con una propuesta que quizá te interese.



Atticus

Capítulo 18

Entro con ella al baño y cierro la puerta, dejándonos encerrados sin importarme en lo más mínimo lo que Calliope pueda pensar.

Entonces, miro el rostro pálido de Sabrina y me olvido por completo de la exnovia de mi hermano.

—Hey, fue solo un jarrón.

—Lo siento —repite, y cuando me acerco para ver el corte en su mano, está temblando.

La revisé antes de traerla aquí. El corte es pequeño, así que solo puedo imaginar que lo que la puso nerviosa fue la presencia de una tercera persona.

Sin pensar en lo que hago, la atraigo hacia mis brazos.

Su aroma es increíble, como una mezcla suave de flores y melocotón.

—Ya estoy mejor —dice, pero no hace ningún movimiento para apartarse.

—Estás temblando.

Mantengo su mano en alto para que la sangre no la ensucie, pero en lugar de atender el corte, que fue la razón por la que la traje aquí, sigo sosteniéndola.

Para mi sorpresa, Sabrina me rodea con su brazo libre, pegando su cuerpo al mío. No es un gesto sexual, es como una gatita

buscando calor y protección. No estoy acostumbrado al contacto íntimo fuera de un contexto sexual, y podría escribir un libro de la A a la Z sobre lo inadecuado que es lo que estamos haciendo, pero en lugar de detenerme, la acerco aún más.

—Yo lo pagaré —me asegura.

—Olvídalo. Solo quiero saber por qué estás tan nerviosa.

Ella niega con la cabeza, sin decir una palabra.

—¿No qué?

—No lo sé. Creo que me asusté con tu cuñada.

—Excuñada. Y ella no debería estar aquí.

—Es tu familia. Vuelve al salón. Estaré bien.

—No antes de ver tu dedo.

Ella toma la iniciativa de apartarse y no me mira cuando lo hace, pero aun así puedo ver su piel erizada. Sabrina está tan afectada por nuestra cercanía como yo.

Busco un botiquín en uno de los armarios y, cuando lo encuentro, sin decir nada, le extiendo la mano.

Podría simplemente tomar sus dedos y hacerle el vendaje, pero hay algo simbólico en ese gesto, como si le estuviera dando la oportunidad de escapar, cosa que ya no tengo tan claro que vaya a permitir una vez que despida a Calliope.

No me gusta que nada se interponga en mi camino, y es la primera vez, que recuerde, que una mujer ha entrado en mi vida de tal manera que me encuentro pensando en ella durante días.

Sabrina extiende su delicada mano y la posa sobre la mía, como una presa entregándose a su cazador.



Sabrina

Siento que debería insistir, diciéndole que no tiene por qué cuidarme. Cada célula de mi cuerpo grita que nunca será seguro quedarme en un lugar tan cerrado como este baño con Atticus, no porque él sea capaz de hacerme daño, sino porque tal vez yo no sea capaz de mantener mis manos alejadas de él.

Nunca he sentido algo como lo que él despierta en mí: calor, fiebre, escalofríos. Es como contraer una enfermedad y, al mismo tiempo, saber que la cura está al alcance de la mano.

Así que, aun sabiendo lo equivocado que es tocarlo o dejar que me toque, no puedo resistirme. Concentrada solo en la mano que espera la mía, obedezco su indicación mientras intento respirar como una persona normal.

Bueno, quizá respirar fue una pésima idea, porque ahora su fragancia, su aroma embriagador y el calor que emana de su cuerpo parecen dominar todos mis sentidos, esclavizando mi voluntad, impidiéndome pensar en otra cosa que no sea él.

Mi piel hormiguea, incluso con el contacto sutil de nuestras manos, y mi corazón late desbocado.

Siempre me consideré una persona difícil de excitar. Fue fácil no tener relaciones sexuales con Joel simplemente porque no sentía deseo por él. Era amistad, cariño, necesidad de cuidar y ser cuidada, pero él nunca logró hacer que mi cuerpo ardiera como Atticus lo hace en este instante.

Es como si mi cuerpo estuviera siendo consumido por el fuego.

Él no parece darse cuenta del efecto que provoca en mí o, si lo hace, lo disimula muy bien.

Me irrita que parezca tan controlado mientras yo me siento como una masa de miel hirviendo.

—¿Duele? —pregunta mientras empieza a buscar pequeños fragmentos de vidrio, limpiando la zona con una gasa con mucha más delicadeza de la que imaginé que un hombre de su tamaño tendría.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo al mismo tiempo que niego con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué estás temblando, Sabrina?

Dios, estoy en problemas. Incluso la forma en que pronuncia mi nombre me provoca escalofríos deliciosos.

El deseo de acercarme más a él, de pegar nuestros cuerpos y volver al calor de su abrazo es casi irresistible.

Es como haber pasado toda mi vida simplemente existiendo y, de pronto, despertar al mundo real. La necesidad que siento por él atropella cualquier racionalidad, porque no importa cuánto mi mente intente intervenir y decirme que me aleje, estoy atrapada en su seducción.

Sin embargo, soy lo bastante honesta como para admitir que nunca seré yo quien dé el primer paso. Aun sabiendo que está mal, quiero que sea él quien me seduzca.

"No, Sabrina, no puedes hacer esto", me suplica la conciencia, pero cuando Atticus termina el vendaje y su brazo rodea mi cintura, me derrito contra él.

Hay una tormenta en sus ojos y quiero perderme en ella. Quiero que decida por mí, que su fuerza me domine y que su deseo me someta.

Me estremezco con más fuerza cuando su mano sujeta mi mandíbula. Cierro los ojos esperando el beso y mi corazón late con tanta intensidad que siento que podría verse a través de mi blusa.

Atticus no permite que desvíe la mirada, como si me estuviera dando una oportunidad de escapar. Yo permanezco inmóvil, deseándolo todo, deseándolo a él.

Su rostro se acerca al mío, nuestras bocas a solo unos centímetros de distancia, pero cuando cierro los ojos, completamente rendida, escuchamos unos golpes insistentes en la puerta.



Sabrina

Capítulo 19

—Será mejor que te vayas —digo, dando un paso atrás y tratando de volver a la realidad.

Dios mío, ¿qué estaba pasando por mi cabeza? Ni siquiera puedo pensar en involucrarme con Atticus, no solo porque parece un viaje de ida sin regreso hacia la tierra de los corazones rotos, sino también porque, si lo hago, nunca va a creerme en lo que respecta a Sylvie.

No vine a Grecia para involucrarme con el hermano de Thales. Vine para demostrarle que mi hermana era una buena persona.

Atticus todavía me observa como si dudara antes de irse, pero cuando la bruja vuelve a golpear la puerta (sí, porque no tengo ninguna duda de que quien nos interrumpió fue la exprometida de Thales), finalmente actúa.

—Si quieres irte a casa, puedo encargarme de todo —dice.

—No. Está todo bien. Tienes que atender a tu visita. Yo puedo encargarme del restaurante. Le prometí a Acacia que mantendría todo en orden en su ausencia, y no voy a fallarle.

—No estaba en los planes que te cortaras.

—Te doy mi palabra de que voy a estar bien. Además, no puedo irme a casa. Tengo algo que hacer después de mi turno.

—¿Después de las diez de la noche?

Su mandíbula se tensa y puedo sentir su tensión.

¿Está celoso de mí?

Dios, ¿no tiene un espejo en su casa?

Como si algún otro hombre pudiera llamar mi atención después de haberlo visto por primera vez.

—Sí. Ahora, de verdad será mejor que te vayas. No quiero causarte problemas.

—¿O no quieres problemas para ti misma?

Después de esa pregunta enigmática, se va, dejándome completamente confundida.



Si no estuviera tan decidida a quedarme en Europa, tal vez dejaría mi encuentro de hoy para otro día, pero no puedo perder la oportunidad que se me presentó.

Atticus se quedó en el restaurante prácticamente hasta la hora de cierre, pero cuando faltaban unos minutos para terminar, Calliope regresó y, poco después, se fueron juntos.

Me repetí a mí misma que no es asunto mío lo que hagan, pero me moría de celos y no tengo vergüenza en admitirlo, arrepentida de haberle dicho que saliera del baño en lo que imagino que habría terminado en un beso.

Debo estar volviéndome loca. Es la única explicación posible. ¿Cómo puede siquiera cruzarse por mi mente besar al hermano de Thales?

—Sabrina, si quieres irte, podemos terminar aquí —me dice una de las camareras—. Ya has trabajado bastante.

—Nunca los dejaría solos si no estuviera llegando tarde a una cita, pero...

—¿Una cita? —Aplaude—. Dime que es con un turista. Eso va a alimentar mis sueños esta noche. Ya estoy perdiendo la esperanza

de encontrar a mi príncipe azul.

Noto que Bill, detrás de ella, está atento a la conversación.

¿Qué me perdí? ¿Será que el barman descarado se está enamorando de la camarera griega?

—Es con un turista, pero no es lo que estás pensando.

—No tienes la menor idea de lo que estoy pensando. —Sonríe, moviendo ambas cejas de una manera muy graciosa—. Tengo cara de ángel, pero una mente más sucia que una alcantarilla.

Bill gime.

—La mujer de mis sueños —dice.

—Bueno, compórtense, niños. No hagan nada que yo no haría —bromeo.

—No te preocupes. Soy inmune a los sinvergüenzas —afirma—. Como dije, estoy buscando a un príncipe azul, y a mi alrededor solo veo sapos. Y los sapos que no pueden mantener su miembro dentro de los pantalones por más de cinco minutos no son los adecuados.

—¿Existen sapos correctos?

—Están aquellos con los que puedes pasar el tiempo mientras el príncipe no llega —asegura—, siempre y cuando no cometas el error fatal de enamorarte de ellos.

Me acerco para darle un beso en la mejilla porque es una de mis personas favoritas desde que llegué a la isla.

—Adiós, Danae. Muchas gracias, de verdad, por cerrar el restaurante.

Ella me abraza y toma mi muñeca de la mano herida.

—¿Estás segura de que estás bien para salir?

—Sí, y no pienso volver tarde.

—No me tomes por una maniática del control, pero mándame un mensaje cada media hora para decirme que estás bien, ¿de acuerdo? Ah, y no vayas a ningún lugar desierto con ese hombre, y nunca, bajo ninguna circunstancia, te subas a un barco con él.

—Sí, señora.

—Perdóname. Es más fuerte que yo.

Siento remordimiento por haberme burlado de su preocupación. Cuando era adolescente, Danae tenía una prima de su misma edad que fue secuestrada y traficada, y de la que nunca más se supo

nada. Ya han pasado más de diez años, pero aun así no puede perdonarse. Al parecer, la chica quería ir a una fiesta y mi nueva amiga se negó porque tenía que estudiar para un examen. Su prima fue sola y jamás regresó.

—Está bien. Tienes razón, pero mira, te prometo que nunca me pondré en una situación de riesgo. Nací en una ciudad donde cuidar de la propia seguridad está en nuestro ADN.

—Pero las cosas malas pasan, Sabrina. Nunca confíes en una sonrisa bonita. La trata de personas no es una leyenda urbana.

—De acuerdo. Ahora sí me asustaste. Te enviaré un mensaje cada media hora. Pero no voy a ir a un lugar desierto, sino a un bar frente al mar.

—¿Y cómo piensas volver a la casa de Acacia después?

—Caminando. Voy a cambiarme el uniforme por la ropa con la que vine.

—¿Irás con zapatillas a una cita? —Hace una mueca.

—Como dije, no es una cita como estás pensando. Mañana te contaré todo.



Atticus

Capítulo 20

Cinco minutos.

Ese fue el tiempo que necesité permanecer sentado con Calliope en un bar frente al mar para tener la certeza de que, incluso si nunca hubiera presenciado la depravación de mi padre aquel día, en nuestra isla, y hubiera seguido en Lepaxos, jamás me casaría con ella.

Todo en la exprometida de mi hermano me irrita, desde la forma afectada en que se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja hasta la manera en que sonrío, o incluso cómo finge beber el trago que pidió apenas llegamos.

La traje a un lugar lejos de mi restaurante, no porque desee privacidad con ella, sino porque quiero mantener el pasado distante de mi presente. Son universos que no permitiré que se mezclen.

Intento disimular cuánto me aburre su presencia y tal vez sea mucho mejor actor de lo que suponía, porque cualquiera que nos mire desde fuera creería que estamos en una cita, ya que Calliope parece completamente ajena a mi indiferencia, sonriendo y coqueteando conmigo y con todos los hombres a su alrededor.

Es plenamente consciente del poder de seducción que posee, pero, sea lo que sea que esté pasando por su mente, para su

desgracia, soy inmune.

Desde que nos sentamos, nuestra conversación ha girado únicamente en torno a banalidades y, mientras la observo, imaginando una forma educada de deshacerme de ella, lo único en lo que puedo pensar es en mi empleada pelirroja saliendo a una cita con algún maldito afortunado esta noche.

Hoy estuve tan hipnotizado por Sabrina, mientras la observaba trabajar antes de la llegada de Calliope, que olvidé por completo la información que Acacia me había dado.

Y ahora, mi cerebro controlador (y aparentemente celoso) gira de forma obsesiva, imaginando a dónde la habrá llevado.

"¿Y eso por qué te importa?", pregunta mi voz de la razón, pero la mando a la mierda.

Sé que, en cuanto me libre de mi excuñada, recorreré la isla como un maldito acosador hasta encontrarla.

Aún no logro entender qué demonios vino a hacer Calliope aquí. Las lágrimas que casi dejó caer en el restaurante hoy más temprano no han regresado, y su conversación, que no avanza, me está dando sueño.

Mirándola de cerca, no logro entender por qué Thales pensó en algún momento que podría casarse con ella. Mi hermano y yo teníamos temperamentos distintos, pero Calliope y Thales combinaban tanto como un desfile de moda en París con un safari en el desierto.

—Creo que ya es hora de que me digas qué viniste a hacer aquí —digo.

Ella abre la boca para responder, pero hago un gesto con la mano, indicándole que aún no he terminado.

—Como te dije cuando nos vimos en el funeral de mi hermano, lamento tu pérdida, pero hay profesionales calificados para ayudarte. No tengo tiempo ni paciencia para eso.

—No hay necesidad de ser grosero.

Cruzo las manos sobre la mesa.

—Casi no convivimos en el pasado y en realidad nos conocemos muy poco, Calliope. Créeme cuando te digo que todavía no he estado ni cerca de ser grosero contigo.

—Está bien. Iré directo al punto. Tengo una propuesta para ti —añade rápidamente, como si por fin se diera cuenta de que está perdiendo la batalla—. Puede que no lo creas, pero Thales y yo éramos felices.

Lo dudo, pero aún conservo suficiente educación como para no decírselo en la cara.

Durante unos cinco minutos, me relata los últimos meses junto a Thales y asegura que no tiene idea de qué salió mal.

Paso la mano por el cabello con impaciencia.

—Agradecería que llegaras al punto culminante de tu discurso.

La observo tomar aire.

—Sé cómo salvar los negocios de tu padre.

Contengo el impulso de poner los ojos en blanco.

Aquí vamos de nuevo.

Desde que me fui de Lepaxos, toda mi familia ha intentado convencerme de que asuma un compromiso con Calliope, como si elegir una esposa fuera como tomar una camisa del clóset... ¿Es bonita? ¿Está limpia? Entonces sirve. Para mi decepción, incluso mi abuela formó parte de ese plan ridículo.

—No.

—Ni siquiera has escuchado lo que tengo que decir.

—Tengo treinta y ocho años, Calliope. Estoy muy lejos de ser un niño. No necesitas decir nada. Puedo adivinarlo. Si fuéramos amigos, te aconsejaría que te ahorraras esta situación vergonzosa, pero no es el caso, así que lo dejaré muy claro para que no haya dudas: no tengo el menor interés en casarme y, aunque estuviera desesperado por tener herederos, desde luego no lo haría con una mujer que ha estado en la cama con mi hermano.

—No estás siendo práctico. No tiene la menor importancia con quién me haya acostado en el pasado. Sería una alianza de negocios.

—Nunca me han acusado de ser práctico. Vivo mi vida como me da la gana. La respuesta sigue siendo no.

—¿Y un compromiso?

Cuento mentalmente hasta diez y miro alrededor, solo para descubrir que hay un maldito paparazzi fotografiándonos.

—¿Lo trajiste tú?

Ella sigue la dirección que señalo con la cabeza y lo niega, pero su falsa inocencia no me convence.

—Me siguen a todas partes. No es mi culpa. Justamente por eso vine a verte.

—Creí que te encantaban los paparazzi.

—No cuando hablan de mí en los periódicos como si fuera basura.

—¿Has pensado en no exponerte tanto? Habría ayudado no dar entrevistas a revistas de celebridades.

—Necesitaba limpiar mi imagen. Sabes perfectamente quién fue Sylvie, Atticus. ¿Tienes idea de lo que significa para la autoestima de una mujer ser reemplazada por una prostituta? Ya que no quieres casarte conmigo, al menos comprométete conmigo por seis meses. Cuando termine el plazo, rompemos, por supuesto, y yo seré quien termine la relación. Si haces eso, convenceré a mi papá de ayudar a los negocios de tu familia. Todos ganamos. Yo recuperaré mi orgullo y tus padres seguirán siendo ricos.

—Tengo dinero suficiente para mantenerlos en una vida lujosa hasta el día en que abandonen este mundo.

—No se trata de dinero, se trata de estatus social. Tu madre será relegada al ostracismo si no aceptas nuestro compromiso.

—Debo admitir que tu plan es excelente —digo.

—¿En serio?

—Sí. El único problema es que me importa un carajo la opinión de la alta sociedad. No va a suceder, Calliope. Nunca tendremos ningún tipo de compromiso, sea real o falso.



Sabrina

Capítulo 21

Apenas me senté a la mesa con el señor Charles Johnson, si es que ese es realmente su nombre, lo cual ya empiezo a dudar, me di cuenta de que no vinimos aquí a tratar ningún asunto de trabajo.

Mientras mantengo lo que espero sea una sonrisa en el rostro, intento pensar en una manera de salir del bar e irme a casa a descansar.

Nuestra visita aquí o las conversaciones que tuvimos durante los tres días previos a este encuentro, ahora lo entiendo, no tienen nada que ver con trabajo. Él es solo otro oportunista que cree que puede aprovecharse en una isla, durante sus vacaciones, de una chica soltera.

Repaso rápidamente en mi mente todas nuestras interacciones desde que nos conocimos aquella mañana en la que yo patinaba junto al mar.

No, no le di ninguna señal que indicara algo más que una propuesta laboral. Fui amable y educada, como procuro ser con todos a mi alrededor, pero también mantuve distancia. Solo después de unos diez minutos, cuando parecía alguien agradable y nada irrespetuoso, le hablé de mis planes de retomar mi carrera como diseñadora gráfica e ilustradora.

Inmediatamente me dijo que el destino había organizado nuestro encuentro, porque necesitaba a alguien para crear un nuevo logo

para sus empresas, además de rediseñar las artes de sus sitios web. Ahora me dan ganas de golpearme por haber sido tan ingenua. Cuando algo parece demasiado bueno para ser verdad, es evidente que es una trampa.

—Entonces, como te estaba diciendo —dice el hombre, que debe rondar los treinta años—, necesito que vengas conmigo a mi yate. La propuesta está en la *notebook* y, lamentablemente, la olvidé allí.

Luces rojas de alerta parpadean frente a mis ojos cuando recuerdo a Danae diciéndome que, sin importar lo que él dijera, nunca debía ir con él a su barco.

No es que tuviera intención de hacerlo de todos modos. Eso solo confirma que no estoy siendo paranoica. El hombre, que hasta ahora no había mostrado ningún interés en mí más allá de lo profesional, me mira en este momento como si fuera un trozo de carne listo para ser devorado.

—¿Me das un momento, por favor? —pido, y sin esperar respuesta, me levanto de la mesa con la intención de pasar unos minutos en el baño antes de decidir qué hacer.

Son casi las once y media de la noche y las calles de la isla empiezan a quedar desiertas. Estoy a pie y sería arriesgado caminar hasta casa con este hombre siguiéndome, ahora que asumo que sus intenciones no son buenas.

Tengo el cuidado de llevar mi bolso pequeño y el celular, pero no hay forma de salir de aquí sin pasar por él, ya que el baño está al fondo del bar.

Casi corro hacia el baño, pero, por desgracia, está ocupado.

Intento llamar a Danae, pero después de que le envié el segundo mensaje y supo que estaba bien, le dije que se fuera a dormir.

Evalúo mis opciones, pero sé que no tengo muchas. Acacia está en una isla vecina. Al parecer, fue a encontrarse con una amiga a la que no veía desde hacía mucho tiempo. Así que solo me queda Atticus.

No, de ninguna manera voy a interrumpir su cita con la bruja rubia.

Tal vez incluso estén...

Sacudo la cabeza para borrar la imagen de él con su excuñada de mi mente, justo cuando escucho que la puerta del baño se abre.

Una mujer me sonríe y sale, pero antes de que pueda dar un paso hacia adentro, lo veo.

Atticus viene en mi dirección.

Sin pensar, salgo otra vez y lo tomo de la mano, arrastrándolo conmigo al baño. Cierro la puerta y me apoyo contra ella.

Por un instante, me mira sorprendido, pero enseguida recupera una expresión neutra.

—No recuerdo haber quedado contigo hoy, pero al parecer los baños son nuestros lugares especiales.

—Necesito tu ayuda.

La sonrisa irónica desaparece.

—¿Qué pasó?

—Dios, esto es vergonzoso.

—Puedes contarme lo que sea.

No, no puedo en este momento, porque no me creerías. Si te dijera que estoy aquí para demostrarte que mi hermana era una buena persona, seguramente te reirías en mi cara.

—Primero dime si te molestaré si te pido que vengas conmigo hasta la mesa.

—¿A la mesa?

—Estoy aquí con alguien.

Su expresión se endurece y no sé por qué, pero me apresuro a explicarlo, aunque no se lo merezca, porque probablemente él también está aquí con la alegre viuda griega.

—No es lo que estás pensando. Vine porque creí que tendría una oportunidad de retomar mi profesión. Resulta que era una trampa.

Le explico rápidamente sobre mis encuentros con Charles Johnson y su comentario de que, si quería ver la propuesta, tenía que ir al yate para acceder a la *notebook*.

—¡Hijo de puta!

—Mira, no quiero molestarte, de verdad. Sé que saliste con tu excuñada y te juro que, si hubiera un taxi disponible a esta hora, lo tomaría, pero...

—No vas a volver ahí.

—No puedo salir corriendo. No soy una niña.

Su mano se desliza hacia mi cabello, sus dedos abarcan mi nuca y mi cabeza en un gesto de posesión que hace que mis rodillas se debiliten.

Dios, ¿cómo puede ser tan intenso con un simple contacto?

—¿Confías en mí? —pregunta.

—No debería. Apenas te conozco.

—No estás en posición de desafiarme.

Pongo los ojos en blanco mientras me digo a mí misma que su actitud autoritaria no es atractiva, lo cual es una mentira. Mis hormonas parecen haberse activado por completo con ese leve gesto de tomar mi cabello.

—Tal vez me guste eso —digo, aunque sé que no debería provocar al león. Está claro que Atticus no es alguien con quien se pueda jugar. Y más claro aún que pierdo toda lógica cuando estoy cerca de él.

—Tal vez no sabes en lo que te estás metiendo al desafiarme, Sabrina —dice, dando un paso al frente y acorralándome contra la puerta.

—Tal vez no, o tal vez solo quiera comprobarlo.

En este momento, no logro pensar en todas las razones por las que debería empujarlo. Solo quiero saber qué va a pasar después y cuándo. Así como ocurrió en el Opa, su cabeza se inclina hacia la mía, y la expectativa me quema la sangre, porque ahora sé que ya no hay salida.

Y lo peor es que estoy segura de que no quiero una.



Sabrina

Capítulo 22

Sé que estoy perdida incluso antes de que nuestros labios se toquen. Al parecer, no tengo ningún control sobre mi cuerpo cuando se trata de Atticus.

De nuevo, su fragancia, amaderada y profundamente masculina, entumece mis sentidos.

No cierro los ojos hasta el último segundo, como si necesitara memorizar cada instante de lo que está a punto de ocurrir, mientras la certeza de que no puedo permitir que esto se repita grita dentro de mi mente.

"Solo hoy", me prometo en silencio. "Solo un beso".

Estoy temblando, sin aliento, y parece que eso le gusta. Atticus aprieta más mi cabello, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás, dejándome completamente a merced de su voluntad.

Cuando sus labios finalmente capturan los míos, comprendo que nunca antes me habían besado.

No importa que haya pasado diez años junto a un hombre y que hayamos compartido muchos besos.

Yo. Nunca. Había. Sido. Besada. Hasta. Hoy.

En el momento en que su lengua roza la mía, pidiendo paso dentro de mi boca, mis rodillas ceden de una forma vergonzosa, obligándome a rodear su cuello con los brazos.

Mi reacción parece desencadenar algo en Atticus, porque un sonido bajo y gutural escapa de su garganta. Es primitivo, una especie de gruñido, y tan sensual que me palpita el centro de los muslos.

Él es mucho más grande que yo y me levanta por los muslos, separando mis piernas, empujándome contra la puerta. Es como si hubiéramos pasado estas últimas semanas hambrientos y, por fin, nos sirvieran nuestro plato favorito, permitiéndonos saciar esa hambre.

Nos devoramos mutuamente, nuestras bocas chocan en una mezcla de danza y guerra.

No me importa ceder el control. Quiero que él lo tenga.

En este momento, me entrego por completo sin pensar en que él es la peor elección posible para mí, porque la verdad es que esto no es una *elección*. La atracción entre nosotros, presente desde el primer segundo en que nos vimos, se fue cocinando a fuego lento, pero creo que, en el fondo, siempre supe que nunca desaparecería. No sin que al menos pudiéramos saborearnos.

La sensación de ser besada por él es como si una corriente eléctrica atravesara todo mi cuerpo.

Gimo en su boca, mis dedos se enredan en los gruesos mechones de su cabello, y cuando me chupa la lengua, en un gesto tan abiertamente erótico, sé que estoy a punto de desmayarme.

Y entonces, tan repentinamente como empezó, se aparta.

Lo miro, sin entender, pero no encuentro ninguna respuesta en su expresión.

Atticus me baja con cuidado, como si estuviera hecha de algo frágil y valioso, pero ni siquiera eso logra contener mi vergüenza.

Como una cobarde, cierro los ojos y solo los vuelvo a abrir cuando siento sus manos sobre mí, acomodando mi ropa.

Debería decirle que se detenga, pero todavía no me he recuperado del todo.

—Tenemos que salir de aquí.

Asiento con la cabeza, mortificada.

—Ve tú primero, por favor. Tu cuñada debe estar esperándote.

Sale sin decir una palabra y, cuando me miro en el espejo, desearía no haberlo hecho. Tengo el cabello desordenado, salvaje, y los labios hinchados por los besos que nos dimos.

No sería nada grave, después de todo soy libre. Pero el hombre con el que estaba es la peor elección posible para mí.

Me echo un poco de agua en las mejillas, intentando que mi piel recupere su color normal.

Dios, parezco como si acabara de tener una noche de sexo.

Respiro hondo y reúno valor para abrir la puerta del baño, pero me quedo congelada cuando lo veo en el pasillo, apoyado contra la pared.

—Tengo un plan que puede ayudarnos a los dos.

—¿Qué?

—Acepta todo lo que diga.

—No dije que confiara en ti.

Entrelaza nuestros dedos.

—No estás en posición de elegir. Tú quieres librarte de tu *admirador* y yo quiero deshacerme de mi ex cuñada. Desde mi punto de vista, es un intercambio.

—No sé de qué estás hablando.

—Lo verás enseguida.

—Atticus —lo llamo, apretando su mano—. No podemos salir de aquí así.

—Finge que eres mi novia.

—¿Qué?

—Luego te explico. Solo quiero quitarme de encima a Calliope, pero primero pongamos en su lugar al idiota que te está acosando.

—Yo...

—Confía en mí. Te compensaré por esto.

—¿*Compensarme*?

—Te pagaré si finges que eres mi novia.

Suelto mi mano de su agarre.

—No quiero tu dinero. Si necesitas ayuda para deshacerte de ella, fingiré que estamos juntos, pero no a cambio de dinero.

—No seas tan reactiva. Si prefieres hacerlo gratis, está bien. Es que tuve la impresión de que estabas a punto de desmayarte

cuando sugerí lo del noviazgo falso. Por un momento pensé que estaba tratando con una virgen de dieciocho años, y no con una mujer de veinticinco.

Siento cómo se me calienta el rostro al pensar en lo que diría si supiera que soy una virgen de veinticinco, pero, por supuesto, jamás revelaría algo así.

—Desde mi punto de vista, es un trato desigual. Yo puedo deshacerme sola de mi futuro ex empleador. En cambio, tu cuñada parece más que dispuesta a instalarse en Zarofu.

—¿Qué quieres a cambio de ayudarme?

—Lo pensaré —miento, porque en realidad ya lo sé. Cuando llegue el momento de hablar sobre Sylvie, necesitaré que me prometa que me escuchará sin juzgar antes—. Ahora vamos de una vez, porque ya estamos llamando la atención. Eres muy conocido en la isla y no quiero pasar por una más de tus conquistas. Una novia, aunque sea falsa, es diferente de una aventura pasajera.



Atticus

Capítulo 23

Hacer que Sabrina sea mi novia falsa parece un plan perfecto en todos los sentidos.

Soy lo bastante honesto como para admitir que, en este momento, la necesito mucho más de lo que ella me necesita a mí, ya que podría ayudarla a deshacerse rápidamente del desgraciado que la engañó con una falsa promesa de trabajo.

Sin embargo, después de los absurdos que propuso Calliope hoy, fingir que estoy comprometido con alguien también será un beneficio incluso para la venta de las acciones. No soy idiota. Sé que mi ex cuñada ha estado insinuando entre bastidores de la alta sociedad, incluso antes de venir aquí, que podría haber una relación entre nosotros.

Hasta ahora no había tomado ninguna medida porque no imaginé que alguien creería un absurdo tan grande, ya que nunca he tenido una relación estable.

Sin embargo, mis abogados me dijeron hace unos días que los inversores de las empresas de mi familia veían con buenos ojos el hecho de que yo estaría, y aquí repito literalmente las palabras que salieron en la prensa, "rescatando el honor de los Doukadoulos", al librar a la exnovia de mi hermano de la vergüenza de haber sido reemplazada.

Es un escenario tan ridículo que ni siquiera sé por dónde empezar a analizar qué es lo que más me sorprende.

—Atticus, espera —pide Sabrina de repente, tirando de mi mano.

—No te asustes. Solo necesito que te mantengas como mi novia durante treinta días.

—¿Qué? ¿Te estás volviendo loco? ¿Treinta días?

Me detengo.

—¿Qué tiene de malo lo que propongo?

—Podría escribir una enciclopedia sobre por qué este pacto no parece correcto. Y más después de que nosotros...

—¿Nosotros qué?

Sé lo que quiere decir, por la forma en que se le enrojecen las mejillas: por la forma en que nos besamos en el baño hace unos minutos.

Espero que se eche atrás. Sabrina parece la típica chica buena, pero para mi sorpresa, levanta el mentón.

—No te burles de mí.

Debería dejarla en paz, pero en lugar de eso, indiferente a quienes nos rodean, la sujeto por la nuca y le susurro al oído:

—¿Quieres decir que sería inapropiado fingir una relación cuando los dos sabemos que casi follamos dentro de ese baño? ¿Crees que no podremos resistirnos?

Dejo que mis labios rocen su oreja lo justo para sentirla estremecerse y luego me aparto.

—Estás a salvo. Como te dije antes, no me involucro con empleadas.

—No parecía que te preocupara mucho si yo era tu empleada cuando me besaste.

—Porque necesitaba saber qué sabor tenías.

Ella suelta mi brazo y se pone las manos en la cintura.

—En ese caso, habría bastado un beso. Me devoraste ahí dentro.

Mierda, me gusta su atrevimiento.

—No te oí quejarte.

—Y no lo estoy haciendo, pero quedó claro en las dos veces que nos encontramos hoy en baños que no tenemos mucho control sobre nosotros mismos cuando estamos en lugares cerrados.

Escondó una sonrisa, gustándome más de lo que debería su razonamiento lógico y atrevido.

—La buena noticia es que ahora estamos en público, *angele mou*^[15].

—No soy *tu ángel* —dice y, por un segundo, parece molesta, pero enseguida sonrío con picardía—. Prefiero *latria mou*^[16].

—Un día de relación no te da derecho a que te llamen "*mi amor*".

—Soy irresistible —continúa bromeando, pero en ese momento ya no me hace gracia. Me pierdo en la profundidad de sus ojos.

Por primera vez, me permito observar no solo su belleza, sino también lo encantadora que es.

Sabrina parece notar que algo cambió entre nosotros porque intenta dar un paso atrás, pero no se lo permito, entrelazando nuestras manos otra vez.

—No voy a involucrarme contigo.

—Demasiado tarde —digo.

—Me refiero sexualmente.

—¿Por qué no? —pregunto, curioso, aunque ya haya decidido no acostarme con empleadas. Es evidente que la atracción física entre nosotros roza el descontrol. Entonces algo se me ocurre—. ¿Tienes pareja?

—Estuve comprometida. Ya no lo estoy —responde sin dudar, y me doy cuenta de que, en el fondo, ya sabía que estaba libre. Sabrina no parece el tipo de persona que engañaría.

—Entonces me gustaría entender qué nos lo impide.

—¿Crees que solo porque vamos a pasar más tiempo cerca eso es suficiente para que me meta en tu cama? Eres muy engreído.

—No, simplemente no soy un niño. Sé reconocer la atracción física y soy honesto conmigo mismo respecto a mis deseos.

—Y es precisamente por eso que nunca habrá nada entre nosotros, Atticus: tú estás acostumbrado al sexo casual, yo no —dice, pero siento que falta una parte de la historia.

—¿Aún lo amas?

—No. Me engañó.

—Eso no es razón suficiente para dejar de amar a alguien.

—Lo es cuando sorprendes al hombre con el que estuviste años acostándose con otra delante de ti.

Intento imaginar la escena, pero lo único que pienso es cómo alguien, teniendo a Sabrina, puede desear a otra mujer.

No soy monógamo. Nunca he mantenido una relación por más de cinco o siete días, pero estoy seguro de que si te involucras hasta el punto de comprometerte, es porque hay muchos sentimientos de por medio.

—Bien, tengo una propuesta que te va a interesar —digo, concluyendo que lo mejor es mantener todo en el terreno de la actuación.

Está claro que no vino a Grecia en busca de diversión y yo no quiero atarme a una mujer. Ella parece tener la palabra “compromiso” escrita en la frente.

Sabrina es hermosa, tentadora y me hace hervir la sangre, pero nunca he jugado con alguien que no supiera dónde se estaba metiendo. Soy una pésima elección para una joven soñadora.

—No quiero tu dinero.

—No es por el dinero, sino por el simbolismo. Haremos un acuerdo de beneficio mutuo. Compraré todo lo que necesites para reiniciar tu carrera. Material y cursos.

—Pero sigue siendo un pago.

—Exacto, y por eso mismo nunca volveremos a tocarnos íntimamente, salvo cuando tengamos que actuar para quien esté mirando.

—¿Qué?

—Tú, por lo que veo, eres demasiado orgullosa para involucrarte con alguien que te daría “regalos”, y yo nunca he pagado por sexo en mi vida. Es un acuerdo perfecto.

Veo que se queda impactada, pero no me contradice.

—¿Qué tendría que hacer?

—Fingir que eres mía.

—No podré seguir trabajando en el restaurante cuando expire ese plazo.

Sé que Acacia va a tener un ataque porque quería mantener a Sabrina como empleada, pero también sé que la chica tiene razón.

En esos treinta días, nuestra convivencia será cercana, y lo mejor cuando termine el plazo será alejarla.

—No lo necesitarás. Tendrás todas las herramientas para reiniciar tu carrera y serás libre de irte.

Ella duda unos segundos más antes de volver a hablar:

—Quiero algo más.

—Lo que sea.

La observo tragar saliva.

—No lo diré ahora, sino cuando llegue el momento adecuado.

—¿Momento adecuado para qué? Es la segunda vez que dices algo así.

—Lo sabrás en su momento.



Sabrina

Sé, racionalmente, que el plan parece una locura a primera vista, porque jamás me sentí tan descontrolada cerca de un hombre. Por otro lado, incluso con todos los riesgos (que básicamente serían que me enamore de un hombre totalmente prohibido para mí), también puedo ver una posibilidad mayor de la que había imaginado al principio. En un mes viviendo con él, puedo mostrarle a Atticus lo suficiente de mí misma, contándole mi historia, y así demostrarle que Sylvie y yo somos muy diferentes de la mujer que nos dio la vida.

—Entonces tenemos un acuerdo —digo, respirando hondo y rezando por estar haciendo lo correcto.

Esperaba un apretón de manos, no que volviera a sujetarme por la nuca y posara sus labios sobre los míos.

Debería apartarlo, pero mintiéndome a mí misma y diciéndome que solo estoy interpretando un papel, levanto los brazos, lo agarro por los hombros y lo invito a profundizar el beso.

Él acepta, y tiemblo cuando siento su lengua invadir mi boca otra vez, pero debería haber sabido que nada con Atticus sería simple. Pronto siento sus dientes mordisqueando mi labio inferior con cierta fuerza, sin hacerme daño, sino, al contrario, excitándome. Supongo que es un castigo por haberlo provocado.

Me obligo a apartarme.

—Me mordiste —digo, con un cosquilleo en el estómago.

—Quiero mucho más que morder tu boca.

—No puedes decirme esas cosas.

—Te equivocas. No puedo hacer lo que quiero, pero eso no me impide fantasear contigo desnuda en mi cama, con las piernas sobre mis hombros, mientras me hundo profundamente en tu cuerpo.

La escena es tan gráfica que me hace temblar, mi cuerpo vibra de deseo.

Dios, ¿qué me está pasando?

No me da tiempo a recuperarme, como si lo que acaba de decir no fuera nada, y pasa un brazo alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia él.

—Ahora muéstrame al cretino que estaba intentando quedarse con lo que es mío.

—No te metas demasiado en el papel —digo—. No te pertenezco.

Él ni siquiera deja de caminar cuando se inclina hacia mí y susurra, para que solo yo lo oiga:

—Durante treinta días, sí.



Sabrina

Capítulo 24

No soy una buena mentirosa. Algunas personas creen que acción y omisión son lo mismo cuando se trata de ocultar la verdad. El famoso “quien calla, otorga”, o, en mi caso, “quien calla, miente”, pero no es así.

Una cosa es no haberle revelado todavía a Atticus mi verdadera identidad. Otra muy distinta es fingir ante todo el mundo que soy la novia de un griego millonario, que ha recorrido el mundo entero y es un seductor profesional.

Yo, que antes de este viaje no conocía mucho más allá de las calles de Río de Janeiro. Mi idea de aventura, hasta que mi hermana me invitó a ir a París, eran dos fines de semana en Teresópolis, una ciudad serrana de mi Estado que, por cierto, adoro.

No es la posibilidad de que descubran quién soy lo que me asusta. Las probabilidades de que eso ocurra son muy remotas; después de todo, mi madre me dejó cuando aún no había cumplido un año, y salvo por las pocas veces que nos vimos en este viaje (el entierro de Sylvie fue una de ellas), nunca más mantuvimos contacto. De hecho, solo pensar en oír su voz me revuelve el estómago.

Lo que me hace temblar como una hoja en este momento, además de las palabras sucias que el griego descarado me dijo sobre

quererme desnuda en su cama, es la mirada de la gente sobre nosotros.

Puede que, antes de la muerte de Thales, Atticus se mantuviera en el anonimato aquí en Zarofu. Acacia me contó que le gusta vivir discretamente desde que una pelea familiar lo alejó de todos sus parientes, pero desde que el escándalo de Thales y Sylvie explotó en la prensa, los medios de toda Europa siguen cada uno de sus pasos.

—¿Dónde está? —pregunta mi jefe y ahora novio falso, refiriéndose al hombre que me engañó con una oferta de trabajo falsa.

—Esto no va a funcionar —digo, sudando frío y sintiendo un nudo en mi garganta.

—¿Por qué no?

—Nunca van a creer que estamos juntos.

—No sé si te entiendo.

—Por Dios, Atticus, ¡tú eres... tú!

—Sí, ¿y qué?

—Se van a reír de mí porque pensarán que soy un juguete que usas cuando estás aburrido. Nunca me verán como una novia de verdad. El plan va a ser un desastre.

La mano que tenía en mi cadera vuelve a rodear mi cintura.

—Eres la mujer más hermosa aquí. Lo que vas a despertar es envidia. Nos mirarán y pensarán en lo bastardo con suerte que soy.

Lo observo durante unos segundos para ver si se está burlando.

No. Parece hablar en serio, y le hace un bien enorme a mi ego que un hombre como Atticus me llame hermosa después del golpe que recibió mi autoestima con la traición de Joel.

—Vamos a establecer reglas: *besos* solo cuando sea estrictamente necesario —cedo—, lo mismo con los abrazos. Y nada de lengua.

—No sé besar de otra forma.

—Eres un descarado. —Niego con la cabeza, conteniendo una sonrisa.

—Y parece que te encanta.

—Atticus, creí que estabas a punto de casarte con la exnovia de tu hermano —dice un hombre a su espalda.

Miro a mi jefe con el corazón acelerado. ¿Quién demonios es ese desgraciado?

—Mantén la calma —me pide, apretando aún más mi cintura, y ahora no hay ni un centímetro de distancia entre nuestros cuerpos—. ¿Te conozco? —continúa, haciendo que ambos miremos al hombre, que ahora no tengo dudas, es un fotógrafo, ya que lleva una cámara colgada al cuello.

Escondo el rostro en el pecho de Atticus. Aunque eso me haga parecer una pueblerina, no estoy acostumbrada a que me apunten cámaras.

El otro brazo de él me rodea, creando una especie de burbuja protectora.

—Si vas a chismear sobre la vida ajena, al menos asegúrate de saber quién es mi mujer.

¡Dios!

—¿Una foto de la linda pareja, entonces? —pregunta el tipo, sin mostrarse incómodo y presumiblemente habiendo olvidado ya el tema de “Calliope”.

Creo que no tiene ningún instinto de supervivencia, porque aunque Atticus parece tranquilo, es evidente que no le gustan los periodistas ni los paparazzi.

—Voy a darte la oportunidad de retirarte mientras tu cámara sigue entera.

—¿Es una amenaza? —pregunta el paparazzi.

—Yo no amenazo. Actúo.

Por primera vez, percibo que no es alguien a quien convenga desafiar, y en un momento de pánico pienso en acabar con todo ahora mismo, revelando la verdad.

La cobarde que hay en mí, sin embargo, no logra abrir la boca.

—Me retiraré por ahora, pero tarde o temprano conseguiré una foto de esta mujer misteriosa.

Intuyo que el hombre se aleja y, cuando levanto la cabeza para volver a mirar a mi falso novio, no lo veo tan enfadado como imaginaba.

—Sabías que él estaba aquí —lo acuso.

—Sí. Creo que fue Calliope quien lo llamó. Ahora vamos a deshacernos de ese idiota que te engañó.

Giro la cabeza discretamente hacia la derecha, indicando el camino donde está mi “cita”, y sin decir nada, Atticus empieza a caminar conmigo hacia allí.

—Mi novia me dijo que tienes una propuesta de trabajo para ella. Pero curiosamente, esa misma propuesta solo puedes entregársela si Sabrina te acompaña hasta tu yate. ¿Has oído hablar del correo electrónico? —dice sin rodeos en cuanto estamos frente al hombre.

Dios, es arrogante. Ni siquiera dio las buenas noches. Si no supiera de dónde viene, jamás diría que pertenece a una de las familias más poderosas de Grecia.

Veo los ojos de Charles Johnson ir de mí a Atticus, al principio confundidos. Luego vuelve a mirarme con enojo.

—No me dijiste que tenías pareja.

La irritación que mantuve contenida durante todo el tiempo que estuve sentada con él en el bar, después de un día agotador de trabajo, solo para que ese imbécil me hiciera perder el tiempo, termina imponiéndose.

—No creí que fuera relevante para un contrato laboral, señor Johnson —digo con falsa dulzura—. De todos modos, no estoy interesada. No cierro contratos de madrugada, y mucho menos en barcos.

—Me has malinterpretado —dice, al mismo tiempo que siento el agarre de Atticus en mi cadera intensificarse.

—Creo que no —interviene Atticus—. Así que aquí tienes una advertencia: intenta engañar a otra joven inocente en esta isla con ese discurso y te juro que te perseguiré hasta el infierno.

—No le hice nada.

—Pero lo intentaste, y para mí eso es suficiente. Tal vez deberías saber algo: nunca olvido un rostro, y la palabra “perdón” significa solo eso, una palabra, en mi diccionario. Desconozco el concepto. Toma tu maldito barco y desaparece de Zarofu.

—La isla está abierta a los turistas.

—Déjame explicártelo de una forma más clara. Si vuelvo a verte por aquí, voy a atraparte. ¿Sabes lo que eso significa? No me voy a

conformar con romperte la cara. Voy a averiguar todo sobre ti. Un hombre no empieza a tener acciones de mierda a tu edad, así que debes tener algunos esqueletos en el armario. Me encantará sacarlos a la luz uno por uno.

El tipo se levanta tan rápido que la silla cae al suelo.

—No hay razón para amenazarme, yo...

—Desaparece.

Es increíble: hace un momento parecía seguro de que iba a aprovecharse de mí, y ahora sale del bar con el rabo entre las piernas.

—Me debes una —dice Atticus, después de seguir con la mirada la huida del infeliz.

—Lo sé.

—No, no lo entiendes. Hice lo que me pediste; ahora tendrás que dar la mejor actuación de tu vida.

—¿Qué significa eso?

—Tendrás que dejar de lado tu pose de chica buena, Sabrina, o Calliope te devorará.

—No le tengo miedo.

—¿Y a mí?

—¿Qué significa eso?

—Prepárate, pelirroja.



Atticus

Capítulo 25

Sería divertido ver la expresión de sorpresa de Calliope cuando Sabrina y yo nos acercamos a la mesa, si no me sintiera mal por usar a la chica y, más aún, por exponerla al veneno de mi ex cuñada.

Le dije a Calliope que no me conocía, pero yo tampoco la conozco a ella. Cuando me fui de Lepaxos y dejé atrás todo contacto con mi familia, conservé apenas un recuerdo vago de quién era ella: una chica como tantas otras con las que conviví, vacía, mimada y sin otro objetivo en la vida que conseguir un buen matrimonio o lucirse en la alta sociedad.

Sin embargo, no recordaba que fuera alguien nociva, pero bastaron un par de encuentros para entender que no es solo que no sea una buena persona; Calliope tampoco parece muy equilibrada mentalmente.

¿El hecho de que no esté en su sano juicio justifica lo que hizo mi hermano? No.

Thales debería haber tenido el valor de terminar su compromiso antes de irse con otra mujer, pero aun así puedo empatizar con alguien que no quisiera pasar el resto de su vida al lado de Calliope.

Mientras la observo, veo una multitud de emociones cruzar su rostro. Está claro que reconoce a Sabrina, a quien se refirió en el restaurante como "sirvienta".

—Tardaste —dice Calliope, recuperándose rápido, como si no viera mi brazo rodeando la cintura de la pelirroja.

—Fui a buscar a mi novia. Olvidé avisarte que Sabrina venía. Creo que ya se conocen.

Calliope la recorre de arriba abajo con la mirada, pero para mi sorpresa es mi falsa novia quien toma la iniciativa de hablar.

—Mucho gusto... otra vez. Soy Sabrina Oliveira, por si lo recuerdas —dice, refiriéndose a que Calliope había dicho que su nombre era exótico—. Siento no haberme presentado adecuadamente antes —continúa, mostrando el dedo aún vendado—. Soy un poco torpe y hoy necesité que mi héroe de turno me salvara.

Se acurruca contra mi pecho y veo los ojos de Calliope brillar con una rabia apenas disimulada.

Además de fingir esta relación para acabar con los rumores de la prensa sobre que yo continuaría lo que mi hermano dejó con su ex prometida, hay otra razón: no me cabe duda de que Calliope está manipulando a mi abuela para ponerla de su lado. Mi abuela quedó destrozada cuando supo lo que pasó con Thales, sobre todo porque murió tras huir con esa mujer.

Sí, porque no importa que él creyera estar enamorado: el informe que mi abuela me mostró no deja dudas sobre qué clase de persona era Sylvie, una oportunista que quería aprovecharse de un heredero rico.

—No me dijiste que estabas saliendo con alguien.

—No hubo tiempo. No estoy acostumbrado a dar explicaciones sobre mi vida, Calliope, pero me dejaste sin alternativa con tu propuesta.

Al menos tiene la decencia de parecer incómoda.

—¿La trajiste para humillarme? —pregunta con dramatismo.

—No. Ya habíamos quedado en vernos. Fue culpa mía —interviene Sabrina—. Debería haber llegado antes, pero estaba discutiendo una propuesta de trabajo y me retrasé.

—¿Para qué necesitas otro trabajo? Pensé que eras su *sirvienta* en el restaurante —dice Calliope con arrogancia, haciendo un gesto hacia mí.

Esta vez, Sabrina no deja pasar el comentario.

—¿Te escuchas? Estamos en pleno siglo veintiuno, *señora* — responde con ironía—. Sé que hay una diferencia de edad entre nosotras, pero ya no se trata a la gente como “sirvientes”, Calliope.

Si mi sangre no estuviera ya hirviendo por Sabrina, sus palabras bastarían para encenderme.

La miro de reojo, impresionado por su valentía al enfrentarse a Calliope, mientras mi deseo crece más de lo que debería.

—Bueno, te voy a pedir un taxi —digo.

—¿Qué? ¿No vas a llevarme?

—No, cariño. Creo que podemos llevarla. No cuesta nada, al fin y al cabo tenemos toda la noche por delante —interviene Sabrina, entrando de lleno en el juego que hemos inventado.

Me giro, dándole la espalda a Calliope y protegiendo a la pelirroja con mi cuerpo. Me inclino para susurrarle al oído, de modo que solo ella me escuche:

—Cuidado. Puedo ver que estás empezando a perderte entre lo que acordamos y lo que tu cuerpo está pidiendo. Yo también puedo cruzar la línea si sigues provocándome así.

—¿Yo provocándote? Pensé que solo estaba interpretando mi papel de falsa novia.

—Sigue así, prometiendo que tendremos toda la noche para divertirnos a solas, y te aseguro que en media hora estarás desnuda en mi cama.

—Creí que no te acostabas con tus empleadas.

Le mordisqueo la oreja, y mi cuerpo reacciona al sentirla estremecerse entre mis brazos.

—Ni con ellas ni con nadie. Es solo sexo, Sabrina. Por eso, antes de venir a mí, piensa bien qué es lo que quieres.

—Tal vez no debería preocuparme. Según tú, no pasas mucho tiempo con una mujer, y nadie se enamora en una semana —levanta el rostro—, jefe.

—Acepto que me lleven —dice Calliope a mi espalda, pero tardo unos segundos en girarme hacia ella, mirando a la mujer entre mis brazos y debatiéndome entre romper o no mis propias reglas.

Pero sé que, aunque sus palabras sonaron como una invitación, no creo que Sabrina tenga realmente claro lo que está diciendo.

—Vamos. Necesito dormir, mañana tengo que levantarme temprano —dice en voz baja, ya sin rastro de atrevimiento.

—¿Para qué?

Pone los ojos en blanco.

—No te sientas demasiado cómodo en ese papel de novio, Atticus.

—Hace unos minutos parecías muy cómoda siendo mi dueña.

—Nadie va a ser nunca tu dueña. Aprendí la lección con mi ex prometido: si él, que me juraba que yo era la mujer de su vida, no fue capaz de ser fiel, ¿qué se puede esperar de un hombre que ya empieza diciendo que no mantiene ningún tipo de relación?

—Él era un imbécil, Sabrina.

—Lo dice el hombre que usa a las mujeres.

—Es mutuo. Yo uso y soy usado, pero nunca miento.

—No te estoy pidiendo que mientas. Solo dejo claro que no tengo intención de ir más allá de un coqueteo.

No discuto con ella. No tiene sentido. No cuando acabo de darme cuenta de que sí, por primera vez, voy a mandar al infierno cada maldita regla.

La quiero. Solo trabajará para mí durante un mes. ¿Por qué no invertir en algo que ambos deseamos?

La intuición me dice que el sexo entre nosotros será increíble.



Sabrina

Capítulo 26

Enfrentarme a una rubia que era al menos diez centímetros más alta que yo, no fue nada.

Lo que de verdad me tiene las piernas temblando es la osadía con la que le hablé a Atticus.

Sé que lo provoqué y, si fuera una mentirosa, diría que me arrepiento, pero no es verdad. Creyéndome protegida por su regla de no acostarse con empleadas, fui a desafiar a la fiera; ahora me pregunto cómo voy a escapar de su seducción, porque sé que algo cambió entre nosotros.

Dejo que Atticus me guíe hasta el coche y no consigo controlar la irritación al ver a la griega caminando a su lado.

Sé que no tengo ningún derecho sobre él, pero acabo de descubrir que tengo una vena celosa, lo cual es ridículo si consideramos que el hombre que fue mi prometido durante años vivía al otro lado del país y nunca me preocupé.

Llegamos frente al vehículo y la descarada se coloca junto a la puerta del copiloto, justo en la parte delantera.

¡Solo por encima de mi cadáver!

Sea o no mi novio falso, ella irá sentada atrás, como la *pasajera* que es.

—Hum... Calliope, creo que Atticus no dejó nada en el asiento trasero. Está libre, sin papeles ni equipaje. Siéntete cómoda.

—Estoy segura de que no te importaría que me sentara delante con él.

—Oh, sí, me importaría. A diferencia de ti, no tuve una educación refinada, sino una digna de *sirvientas* —digo con ironía—. En mi mundo, la novia va delante y las visitas atrás. Cualquier cosa distinta se resuelve con bofetadas y tirones de pelo.

Por un instante me mira, y creo que duda si hablo en serio, porque, al igual que el mío, su inglés es marcado. Para no dejar lugar a malentendidos, me llevo las manos a la cabeza y me tiro suavemente del pelo. Sus ojos se abren de par en par y mira a Atticus, que permanece impassible, esperando a que termine de marcar territorio.

Con cualquier otro hombre, creería que está disfrutando de la situación, pero ya lo conozco lo suficiente como para entender que la presencia de Calliope lo molesta. Si no ha sido más brusco, tal vez sea por lástima, pero no hace falta ser un experto en lenguaje corporal para notar que la mujer lo irrita.

Somos dos. Nunca pensé que conocería a la supuesta rival de mi hermana ni que me caería mal si eso ocurría, pero juro por lo más sagrado que la mujer es insoportable.

Atticus rodea el coche, abre la puerta del copiloto para mí y espera a que me acomode, incluso ayudándome a abrocharme el cinturón.

—¡Tienes que estar bromeando! —La oigo decir.

—Sube al coche, Calliope —ordena él.

Finalmente obedece, como una niña caprichosa. Incluso da un portazo.

¡Dios!

—¿Dónde te estás alojando? —pregunta él.

Silencio.

—¿Calliope? —insiste.

Veo que Atticus la observa por el retrovisor.

—Estoy en el barco de tu padre.

—¿Qué?

—Mis padres no aprobarían que viniera. Lo considerarían una humillación, pero Cirillo me entendió perfectamente. Él ve el futuro,

igual que yo —dice, hablándole como si yo no estuviera—. Y el futuro significa nuestras familias unidas como siempre. Si no te hubieras precipitado al irte de Lepaxos hace más de una década, hoy estaríamos casados.

—Cállate —dice él. No grita, pero cada sílaba es hielo—. No tienes idea de lo que estás diciendo. Si no quieres ir caminando hasta el puerto, mantén la boca cerrada.

Casi siento lástima por ella, pero la sensación dura apenas unos segundos, porque recuerdo cuando me llamó “sirvienta” y también que está en Zarofu para intentar ocupar el lugar del supuesto amor de su vida, Thales, con Atticus.

El trayecto hasta el puerto no lleva ni cinco minutos en coche, sobre todo a esta hora, y el ambiente es tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

Sinceramente, no entiendo cómo una mujer puede someterse a semejante humillación. Perdí mucho tiempo de mi vida con aquel imbécil de Joel, que ahora creo que debió engañarme varias veces, pero al menos yo estaba en la ignorancia. La primera vez que lo descubrí, terminé todo.

Estaba destrozada por la muerte de mi hermana, en un país extraño y sin un padre con quien regresar. No tenía a nadie, y aun así no acepté sus excusas.

En el caso de Calliope es peor, porque el único vínculo que tiene con Atticus, si no me equivoco, proviene de sus familias y de que casi fueron cuñados.

Entonces, ¿cómo puede pasarle por la cabeza que mi jefe simplemente ocuparía el lugar de su hermano sin pensarlo? ¿Es posible que sea tan insensible como para no darse cuenta de que él está sufriendo por la pérdida de Thales? ¿No es capaz de ver más allá de su propia obsesión, como una egoísta que no le permite vivir el duelo en paz?

Mis ganas de irritarla desaparecen, reemplazadas por un instinto de protección hacia Atticus.

Es estúpido, lo sé. Soy yo quien debería protegerse de él, pero no puedo evitarlo.

Él estaciona y se gira hacia mí.

—¿Puedes esperar cinco minutos? Solo quiero asegurarme de que embarque —dice, como si Calliope fuera una niña de cinco años y no una mujer que, sospecho, ronda los treinta.

—Está bien. —Me giro hacia atrás—. Adiós —digo, pero ella abre la puerta y baja ignorándome por completo.

Miro cómo ambos caminan hacia una de las tantas lanchas que llevan a los yates anclados mar adentro.

Veo cómo Calliope intenta pegarse a Atticus durante el trayecto, y no puedo evitar compararla con mi madre. Personas como ellas creen que el fin justifica los medios; no les importa a quién destruyan en el proceso con tal de conseguir lo que quieren. Lo que Calliope desea es llevar el apellido Doukadoulos, sin importarle que Atticus la desprecie.

Cierro los ojos, intentando relajarme mientras espero, y no sé cuánto tiempo pasa hasta que él vuelve. Lo oigo entrar, pero no abro los ojos todavía.

—Te pido disculpas por su comportamiento —dice.

—No fue culpa tuya. No me importa que esa mujer me llame *sirvienta*, Atticus, pero si yo fuera tu novia de verdad, cosa que ella no sabe que no soy, sí me molestaría.

—Voy a encargarme de eso.

—¿Qué te molesta más? ¿Su insistencia o que haya sido la prometida de tu hermano? —pregunto, recordando lo que dijo la víbora: que debieron ser ellos dos quienes se casaran.

—Que haya sido la prometida de Thales no tiene la menor importancia para la gente de nuestro entorno, Sabrina. Los matrimonios son contratos en el sentido más estricto de la palabra. Rara vez hay amor de por medio. Lo que me irrita es que Calliope no respete mi duelo. Él era mi hermano menor.

Atticus no me mira mientras habla. Tiene las manos aferradas al volante.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunto con cuidado, intentando entender cuánto daño hizo la prensa con la imagen de mi hermana ante la familia Doukadoulos.

—No hay nada que decir, salvo que mi hermano perdió la vida por culpa de una zorra.

—¿Qué?

—Tengo pruebas de que el único objetivo que Sylvie y su madre tenían en la vida era extorsionar a hombres ricos.



Sabrina

Capítulo 27

No puedo hablar. Aprieto las manos sobre mi regazo y miro por la ventana.

—¿Quieres ir a casa?

—Sí, por favor.

Él aún no enciende el coche.

—Sabrina...

—Solo necesito descansar, Atticus. El día ha sido mucho más de lo que imaginé cuando me levanté esta mañana.

No dice nada durante todo el trayecto, conduce en silencio, igual que cuando fuimos a dejar a Calliope en el puerto.

Cuando por fin llegamos a la casa de Acacia, baja del coche y rodea el vehículo para abrirme la puerta. Me ayuda a desabrocharme el cinturón y me pone de pie, pero no se aparta; quedo con el coche a mi espalda y su cuerpo enorme como una barrera.

Quiero odiarlo por lo que dijo, porque me siento una traidora, como si le diera la espalda a mi hermana. Pero la verdad es que, incluso después de lo que escuché, mi cuerpo sigue estremeciéndose y mi corazón latiendo con fuerza por su cercanía.

No puedo moverme ni siquiera cuando su mano se posa en mi mejilla. Me sujeta el rostro, obligándome a mirarlo.

—¿Nuestro acuerdo sigue en pie?

"*Di que no*", suplica una voz interna, pero no puedo rendirme ante el primer obstáculo. Por todo lo que he visto de Atticus hasta ahora, no es un hombre cruel.

Arrogante, frío, sí, pero no cruel. Dijo que tiene pruebas contra mi hermana y necesito saber de qué se trata y desmentirlas, demostrarle lo equivocado que está.

"*¿Y por qué es tan importante?*", insiste la voz, pero sé la respuesta: Sylvie no tiene a nadie que la defienda. Perdió la vida, pero no voy a permitir que también pierda su dignidad siendo calumniada.

—Sí —respondo al fin—. Nuestro acuerdo sigue en pie.

—Entonces cena conmigo mañana.

—Es mi día libre. Por eso cubrí a Acacia hoy.

—Lo sé. Hablo de cenar conmigo en mi yate, no en el restaurante. No me sorprende. Acacia me contó que, aunque tiene residencia en la isla, pasa muchas noches en la embarcación.

—¿Por qué duermes allí? —pregunto en lugar de responder.

—¿Cómo sabes que duermo allí?

Me encojo de hombros.

—Acacia me lo dijo.

—No lo sé. Simplemente me gusta la idea de poder irme en cualquier momento.

—Pero Zarofu es tu casa.

—Es mi hogar por ahora, pero no sé si para siempre.

—¿Piensas vivir así eternamente? ¿Sin echar raíces?

—¿Tiene algún propósito esta conversación?

—No. Buenas noches —digo, empezando a alejarme.

—Sabrina...

—¿Quieres cenar conmigo para reafirmar nuestro acuerdo? No hace falta. Voy a cumplir lo que pactamos.

Nunca llegaré a ninguna parte si él no responde ni siquiera a las preguntas más simples. ¿Cómo puede Atticus conocerme o dejar que yo lo conozca si no dice nada de sí mismo? Sé que no tengo derecho a invadir su privacidad, pero necesito crear aunque sea un pequeño vínculo más allá de la atracción física que sentimos, para que cuando llegue el momento de hablar, me crea.

—No tiene que ver con el acuerdo. Quiero tu compañía.

—Lo que quieres es seducirme.

—No te subestimes de esa manera. Si lo único que quisiera fuera tener sexo, bastaría con una llamada telefónica.

Siento que se me calientan las mejillas y agradezco la penumbra.

—No fue eso lo que quise decir.

—Sí lo fue, y tienes razón, en parte. Te quiero desnuda, montada sobre mí. Quiero ponerte en cuatro mientras te agarro ese cabello tan bonito, metiéndotela por detrás, pero respecto a mañana, lo único que quiero es una cena. Solo eso.

Todo mi cuerpo hormiguea. Es como si sus palabras me provocaran fiebre.

—No va a pasar nada. Lo único que puedo ofrecerte es mi amistad.

—Sigue repitiéndotelo.

Dios, necesito salir de aquí, porque me siento igual de tentada a abofetearlo que a lanzarme a sus brazos.

¿Cómo puede alguien ser tan malditamente arrogante y, al mismo tiempo, tan irresistiblemente intenso?

—Buenas noches, Atticus.

Empiezo a caminar hacia la casa de Acacia otra vez cuando su voz me detiene:

—Ya no tengo casa, Sabrina. Ya no creo en el concepto de hogar.

Me quedo congelada, respiro hondo antes de girarme para mirarlo.

Entiendo lo que dice, porque es exactamente como me siento. Sin mi padre, no pertenezco a ningún lugar. Después de la traición de Joel, las probabilidades de que vuelva a confiar en un hombre lo suficiente como para pensar en un futuro con él son mínimas, lo que nos convierte a Atticus y a mí en dos caras de la misma moneda.

Él, por lo que entiendo, eligió un exilio voluntario; yo no tengo a dónde ir.

—A veces, el hogar no es un lugar. Es una persona —digo.

Se acerca y, sin pedir permiso, aparta un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

—¿Tu prometido era tu hogar?

—No. Mi padre lo era.

—¿Y tu madre?

—Nos abandonó. Creo que nunca nos quiso.

—Y ahora él también se fue.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer cuando te vayas de aquí?

—Seguir creciendo. No tengo otra opción. Tengo que seguir adelante.

—No te estoy echando de la isla. Podrías quedarte en Zarofu cuando todo termine. Con tu profesión, puedes trabajar desde cualquier parte del mundo mientras tengas acceso a internet.

—No. Hay lugares que quiero conocer y tal vez pase un tiempo con April, como me sugirió.

—No eres una trotamundos como yo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Simplemente lo sé. Tú quieres estabilidad y, por eso, soy la peor opción posible.

—Dijiste que solo usas y eres usado. Tal vez eso sea lo que yo quiero para mí de ahora en adelante.

No espero su respuesta y corro hacia el interior de la casa, aunque todavía siento su mirada quemándome la espalda hasta que cierro la puerta.

Me apoyo en ella, sintiéndome triste como no lo estaba desde el entierro de Sylvie.



Sabrina

Capítulo 28

Como una masoquista, tomo el teléfono y entro a la única red social que uso, Instagram. Tengo desactivados los comentarios en las pocas fotos que tengo, así que voy directo a los mensajes privados y encuentro lo que buscaba: decenas de mensajes de Joel, el último de hace apenas unos minutos.

Como una adicta al borde de la muerte, pero aun así buscando la última dosis, los leo, consolándome de una forma mezquina con su supuesto sufrimiento.

Me sacio al saber que, de algún modo, significo algo para él, pero entonces recuerdo lo que vi en París y siento que el estómago se me revuelve.

Voy al baño y vomito. Después, sentada en el suelo, lloro al pensar en lo triste que es mi vida por encontrar consuelo en mensajes de mi ex traidor.

Me quito la ropa y me meto en la ducha. No sé cuánto tiempo paso allí, pero cuando salgo, tomo una decisión. Vuelvo a agarrar el teléfono y elimino mi cuenta de Instagram. Ya había bloqueado su número en este móvil, que es el mismo que compré al llegar a París. Tengo un plan que me cubre en toda Europa durante aproximadamente un año.

Ahora no tiene forma de ponerse en contacto conmigo, y yo tampoco tendré la tentación de alimentarme de las migajas de un

maldito tramposo.

Sé que fue el miedo a lo que estoy empezando a sentir por Atticus lo que me hizo retroceder, pero si voy a equivocarme, prefiero hacerlo desde cero, empezando una historia nueva, y no otra vez con un hombre que ya me engañó.

Me siento más ligera después de cortar el único lazo con esa parte de mi pasado y me siento en la cama, con la toalla alrededor del cuerpo, el teléfono aún en la mano.

Segundos después, vibra, como si fuera un capricho del destino, una señal avisándome de un mensaje.

Número desconocido: *"Crea tus propias reglas".*

Debería ignorarlo porque sé quién es (Atticus), pero no quiero.

Si no estuviera en medio de este torbellino de emociones, quizá sonreiría. No tiene ningún pudor en usar su posición como mi jefe para averiguar mi número, ya que nunca se lo di. Seguramente lo sacó de mi contrato de trabajo.

¿Me molesta? No. De hecho, me gusta un poco esa actitud tan primitiva.

Siento el pulso laténdome en los oídos mientras escribo y envío:

"Yo no sé jugar".

Ansiosa por la respuesta, me levanto aún con la toalla y empiezo a caminar por la habitación, pero en lugar de responder con otro mensaje, el teléfono suena.

Hay muchos manuales que dicen que la mujer debe hacerse la difícil, dejarlo esperando, pero yo hablaba en serio cuando le dije a Atticus que no sé jugar, así que simplemente contesto.

—*No es un juego. Sé tú misma.*

—Si no es un juego, ¿por qué necesito reglas?

—*Porque todo el mundo tiene límites.*

Respiro hondo, asustada por lo que voy a decir.

—No quiero imponer reglas para los dos, salvo una: durante este mes que estaremos juntos, no salgas con nadie más. No acepto la

traición.

—*Está bien, pero vas a ser mía en todos los sentidos.*

—¿Una relación de verdad?

—*Llámallo como quieras. Durante treinta días, serás mía.*

—Cuando se cumplan los treinta días, voy a hacer mi petición. La que mencioné cuando hablamos de nuestro acuerdo, en el bar.

—*Hazla ahora.*

—No.

¿Cómo podría, después de lo que dijo sobre Sylvie? Necesito descubrir qué cree saber sobre ella y solo entonces demostrarle que está equivocado.

—*Al final de los treinta días, cumpliré esa petición.*

—Júramelo, Atticus.

—*Tienes mi palabra, Sabrina.*

—En cuanto a nosotros, no sé si...

—*Shhh... No pienses tanto. Deja que pase.*

—No puedes tocarme dentro del restaurante.

—*De acuerdo.*

—Y no quiero el equipo para mi trabajo. He acumulado buenas propinas desde que empecé en Opa. Pronto podré comprar lo que necesito.

—*Entonces, ¿cuál es la ventaja de estar conmigo?*

—¿Eso es lo que sabes sobre las relaciones? ¿Crees que todo es un intercambio de ventajas?

—*Sí.*

—Digamos que mi premio es tenerte.

—*No te enamores de mí, Sabrina.*

—No lo haré. Quiero diversión y una conversación al final. Nada más. Buenas noches.

Corto la llamada antes de que él pueda responder, nerviosa por la trampa que acabo de tenderme a mí misma. Y, al mismo tiempo, nunca me sentí tan excitada. Voy a saciar el deseo que siento por él, conocerlo mejor y, después, hablaremos, y le contaré lo que sé sobre el amor de Thales y Sylvie.

Todo va a salir bien.



—*No has dado señales de vida* —dice April en cuanto atiendo el teléfono a la mañana siguiente.

Menos mal que hoy es mi día libre, porque pasé buena parte de la noche dando vueltas en la cama, inquieta.

Si en un diccionario hubiera una imagen de alguien que piensa demasiado cada decisión que toma, sería la mía.

Y seamos sinceros: lo que hice anoche no fue decidir si comprar o no unos zapatos que no entran en mi presupuesto. Me puse, durante treinta días, en manos de un hombre seductor, que no quiere compromiso y que, además, piensa lo peor de mi hermana.

Debería salir corriendo mientras aún estoy a tiempo, pero quiero vivir un poco. Además de la atracción casi descontrolada que siento por él, sé que puedo hacer que Atticus me crea sobre mi hermana. Solo necesito darle tiempo para conocerme.

¿Un mes de relación es suficiente?

Bueno, tendrá que serlo.

—Respondí todos tus mensajes —digo, algo incómoda, porque las llamadas internacionales son caras para mí.

—*Dios, perdona mi falta de tacto, Sabrina. Olvidé lo caras que son las llamadas.*

—Sí... Lo siento. Mi plan es bastante limitado y lo reservo para internet o mensajes.

—*¿Cómo van las cosas?*

Me muerdo el interior de la mejilla, nerviosa.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—*¿Tan mal estás?*

—Tal vez no mal, pero sí bastante confusa.

Desde el día en que nos conocimos, siempre nos escribimos cada mañana, aunque ahora ella ya esté de vuelta en Estambul, pero

todavía no tengo la confianza suficiente con April como para contarle toda mi vida. Sé que Atticus y su marido son muy cercanos.

—*Entonces déjame darte una buena noticia.*

—Te escucho.

—*Voy a contratarte para hacer el diseño del sitio web de mis floristerías, incluyendo un nuevo logotipo.*

—¿Qué?

—*Has oído bien.*

—April, no...

—*Oye, antes de que pienses que te estoy haciendo un favor, quiero que sepas que me encantó tu trabajo. Kahraman también dijo que eres muy talentosa, y mi marido no suele elogiar sin motivo. Aunque dijeras que tu portafolio está desactualizado, eres increíble, Sabrina. Ophelia incluso ya te recomendó a una amiga suya, que es escritora. Parece que quiere hacer una edición especial de un libro que publicó hace años y quiere hablar contigo sobre ilustraciones.*

—¡Dios mío!

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, sin poder creer lo que está pasando.

Soy optimista, pero nunca conocí a alguien tan generosa como April.

—Júrame que no lo haces por lástima.

—*No lo hago. Ni siquiera por amistad. Quiero contratarte.*

—Está bien, tienes que explicarme qué estás pensando para el sitio y empezaré a hacer un boceto, pero debo advertirte que probablemente solo podré entregarte algo dentro de un mes.

—¿Por qué?

—En ese entonces tendré el dinero suficiente para comprar lo que necesito.

—*"Y también estaré fuera de Zarofu", pero eso no lo digo.*

—*Te daré un adelanto.*

—No. No puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Me sentiría como si me estuviera aprovechando de ti.

—*No digas tonterías. Haz una lista de lo que necesitas.*

—No. Primero dime qué tienes en mente para el sitio. Así puedo hacerme una idea y también calcular el precio.

—*De acuerdo, pero no infravalores tu trabajo porque somos amigas. Comportate como si yo fuera una cliente normal.*

—Está bien. Ahora cuéntame qué quieres.

Media hora después, no puedo borrar la sonrisa de mi cara. April quiere renovar toda su empresa. Es una oportunidad increíble para mí.

—*Aún no me has contado qué te tiene tan nerviosa. Cuando atendiste dijiste que estabas en una situación confusa.*

—Y vaya si lo es, pero hoy no quiero hablar de eso. ¿Podemos hacerlo otro día? Estoy tan feliz que temo que, si empiezo a contar lo que me preocupa, volveré a ponerme ansiosa.

—*Está bien, siempre que recuerdes que no estás sola.*

Cuando colgamos, cualquier rastro de sueño desaparece. Estoy llena de energía y, aunque sea solo una gota de esperanza en un océano, ahora veo una posibilidad para el futuro.



Sabrina

Capítulo 29

—¿Atticus está en la isla de su familia? —le pregunto a Acacia, intentando disimular mi decepción cuando paso por el restaurante después de patinar por la costanera durante unas dos horas.

Me encanta patinar. Es algo que, aunque crecimos separadas, Sylvie y yo teníamos en común. De hecho, los patines que llevo fueron un regalo suyo.

Ella asiente.

—Sí. Parece que su madre no se encuentra bien.

No digo en voz alta lo que estoy pensando: que esto puede ser otra maniobra de la familia Doukadoulos para unirlo a esa víbora de Calliope. Si su padre le prestó el yate para traerla a Zarofu, ¿qué más no harían para que terminen juntos?

Tengo curiosidad por saber más, pero Acacia no tiene ni idea de lo que pasó ayer: de cómo pasé de ser una simple empleada a hacer un acuerdo para ser la novia, primero falsa y ahora real, de mi jefe.

Intento tantear el terreno.

—Su ex cuñada estuvo aquí.

Ella alza las cejas, sorprendida.

—Es la primera vez que alguien de su familia viene a visitarlo —dice, dejándome perpleja—. ¿Y cómo es?

—No puedo responder a eso sin parecer mala, así que solo diré que en nuestra primera interacción me llamó “sirvienta”.

—¡Hija de puta!

—Sí, pero tranquila, porque nos volvimos a encontrar por la noche y la puse en su sitio.

Le cuento rápidamente el casi enfrentamiento que tuvimos, omitiendo que gran parte de mi indignación venía de la forma descarada en que Calliope se le insinuaba a Atticus.

—Parece *encantadora* —ironiza mi jefa.

—No tienes ni idea...

En lugar de seguir con ese tema, que puede comprometerme, decido empezar a prepararla para mi partida dentro de treinta días.

—Creo que conseguí un trabajo en mi área.

—¡Maravilloso! —dice, aunque estoy casi segura de que no imagina que voy a dejar el restaurante, o no estaría tan entusiasmada. Acacia dejó claro que soy, después de Danae, su mejor camarera—. Pero antes de que me cuentes más, quiero preguntarte algo, y puedes responder o no. ¿Por qué mi vecina dijo que fue Atticus quien te llevó a casa ayer?

No lo dudo ni un segundo.

—Voy a elegir la opción de “o no” —respondo con sinceridad, porque no quiero hablar de eso. Por mucho que me caiga bien, no soy de compartir mi intimidad fácilmente.

—Está bien, solo voy a darte un consejo, ¿de acuerdo?

Asiento, aunque ya imagino por dónde va.

—Cuidado con tu corazón, Sabrina. Eres joven, guapa y soltera. Los hombres van a caer sobre ti como moscas a la miel. Pero antes de dejarte llevar por cualquiera, piensa qué quieres para ti. La mayoría de los hombres que vienen a Zarofu no buscan compromiso. Solo quieren divertirse y pasar el rato con una mujer bonita. Atticus está en esa lista... o mejor dicho, probablemente *la encabeza*.

—Gracias por el consejo, Acacia, pero no vine a Grecia en busca de amor.

—Entonces, ¿a qué viniste?

—¿Qué?

—No creo ni por un segundo que hayas llegado a Zarofu por casualidad —dice con su habitual franqueza.

—No, no fue casualidad, pero de verdad no quiero hablar de eso. Prefiero contarte sobre mi posible nuevo trabajo y el hecho de que tendré que irme de aquí.

Eso logra distraerla del tema romántico, por suerte.

—¿Qué? Pero, por lo que entendí, podrías trabajar desde cualquier lugar.

De ninguna manera voy a contarle sobre mi acuerdo con Atticus. Estoy decidida a aprovechar este tiempo con él, hacer que me conozca mejor, que vea que soy una persona honesta y, después, convencerlo sobre Sylvie. Luego de eso, habré saciado mi curiosidad y atracción por un hombre como él... y limpiaré el nombre de mi hermana.

—Podría, sí, pero quiero recorrer Europa. ¿Qué haría aquí después del verano?

—A diferencia de otros restaurantes, Sabrina, Opa Tavern abre todo el año. Zarofu siempre está llena, incluso en los meses más fríos. La isla ofrece una privacidad que los pocos privilegiados que pueden venir aquí no quieren perder.

—No son tan *pocos* privilegiados. Anoche había un *paparazzi* en el bar donde estábamos Atticus, Calliope y yo.

De nuevo tengo la sensación de que quiere preguntar más sobre ese encuentro tan raro, pero no lo hace. En su lugar, comenta sobre el fotógrafo:

—Sí, hay *paparazzi* por la isla, pero normalmente vienen invitados por alguien —dice, confirmando lo que Atticus sospechaba: que fue Calliope quien lo trajo.

Le salió el tiro por la culata. Tal vez esperaba que apareciera una noticia de ellos juntos en la prensa. En cambio, ahora ese hombre sabe que yo soy la “novia” de Atticus.

—De todos modos, los *paparazzi* de Zarofu suelen ser más educados que los del continente. Quizá porque temen perder el permiso para entrar en la isla —explica Acacia.

—Ah, aquí estás —dice Danae, acercándose y dándome un beso en la mejilla—. No quiero ser mala, pero me muero de envidia al verte patinar en un día tan lindo mientras yo estoy encerrada aquí.

—Entonces voy a empeorarlo: dentro de un rato me voy a dar un baño. Llevo bikini debajo —bromeo, y ella gime, haciéndome reír.

—¿Qué tal te fue en la reunión de ayer? Supongo que todo salió bien, por los mensajes que me enviaste.

Mi humor se agria. Les cuento rápidamente que el hombre quería llevarme a su barco para leer el supuesto “contrato”. Sin embargo, omito que Atticus lo confrontó.

—No entiendo —dice Acacia—. Si no fue ese bastardo quien te ofreció trabajo, ¿quién fue?

—April.

Le explico sobre las empresas de mi amiga, y Acacia parece sorprendida.

—No tenía ni idea. Pensé que su trabajo era solo cuidar del pequeño heredero.

—No. April me contó que siempre soñó con tener una floristería, porque ama las flores. Incluso trabajó como empleada en una antes de casarse con el señor Yavuz Aydin.

—Es curioso que la llames April y a su marido “señor Yavuz Aydin” —dice Danae.

—Ella me dio permiso para llamarla por su nombre. Él no.

—Bueno, aunque ese imbécil intentara engañarte —continúa Danae—, lo importante es que todo salió como tenía que salir. Vas a poder volver a tu profesión.

—¡Si Dios quiere!



Atticus

Capítulo 30

—Mamá, ¿qué pasó? —pregunto, acercándome a la cama del hospital y besándola en la mejilla.

No quiero una respuesta técnica. Esa ya la tengo, después de haber pasado las últimas dos horas hablando con el equipo médico. Lo que necesito saber es qué la llevó a tomar una decisión tan drástica como atentar contra su propia vida.

—Lo estoy perdiendo, Atticus.

—¿Qué?

—A tu padre. Cirillo no es el mismo desde que Thales murió.

Ni siquiera sé qué me enfurece más: si el hecho de que haya intentado matarse (porque no hay otra forma de decirlo después de que mi madre se tragó media docena de pastillas para dormir y se metió en la bañera) o que, en lugar de seguir atravesando el duelo por la muerte de Thales, esté preocupada por un marido que, para empezar, ya no es suyo desde hace muchos años.

Apenas había colgado con Sabrina cuando mi padre me llamó para contarme lo ocurrido, y vine directo al hospital, dejando solo un breve mensaje para Acacia, informándole más o menos de lo sucedido.

—¿Perderlo en qué sentido? —pregunto, aunque en realidad no me interesa la respuesta. En este momento, lo único que me preocupa es su salud mental.

—Ha cambiado conmigo —dice simplemente, y paso unos segundos pensando cómo rebatir eso, pero no puedo. Nunca he podido, ni podré, entender el arreglo enfermizo entre ellos.

—¿Sabes que, después de lo que hiciste, vas a necesitar ayuda psicológica? —digo, intentando centrarme en lo que sí puedo resolver, porque su matrimonio está fuera de toda lógica para mí.

—No me importa, mientras Cirillo no se aleje de mi lado. Dijo que trabajará desde casa un tiempo. De todos modos, no iba a matarme, si eso es lo que piensas. Solo quería dormir un poco. No hacía falta que vinieras.

—Entonces no fue por Thales que tomaste los calmantes.

—No. Claro que extraño a mi hijo, pero él eligió su destino al unirse a esa mujer. Rezo por el alma de Thales, pero la muerte no tiene vuelta atrás. Solo me queda aceptarla. Lo que me preocupa es mi matrimonio.

Siento la mandíbula tensarse. La certeza de que necesito alejarme de las dos personas que contribuyeron a mi existencia me golpea como un rayo.

—No hacía falta que vinieras, Atticus. He estado enferma muchas veces a lo largo de estos años y nunca te importó.

Ahí llego al límite.

—No hagas eso. No te atrevas a echarme la culpa de que me haya ido. Me reunía contigo en Atenas con regularidad y hablaba con la abuela todos los días, pero no podía seguir respirando el mismo aire que ese hombre después de lo que vi. Necesitaba irme antes de perder todo el respeto que siento por ti.

—No entiendes lo que es el amor, Atticus. El día que te enamores...

—Mamá, si amar a alguien significa someterme a humillaciones y faltas de respeto, entonces me quedaré solo toda la vida. Nunca voy a entender cómo pudiste seguir a su lado.

—Lo amo y lo amaré hasta el día en que muera.

—Entonces, ¿qué cambió para que llegaras a hacer algo tan desesperado?

—Él está distante. Algo pasó.

—Cirillo probablemente está de duelo, mamá. Incluso un bastardo como él debe sentir la muerte de su hijo.

No digo en voz alta lo que pienso: ¿cómo puede preocuparse por un matrimonio que siempre fue un fracaso cuando acaba de perder a un hijo?

—Tengo que irme. Si necesitas algo, dímelo —añado.

Le doy un beso rápido en la frente, pero incluso ese breve contacto me incomoda. No solo he perdido el respeto por mi madre; el rechazo que sentía empieza a convertirse en algo más cercano a la *indiferencia*.

Apenas salgo al pasillo, me encuentro con mi padre. No lo había visto aún desde que llegué.

—¿Cómo está ella?

—Tú dirás, al fin y al cabo eres su marido.

Ignora mi tono.

—¿Hablaste con los médicos?

Asiento, sin confiar en poder mantener una conversación civilizada con él.

Cirillo se pasa las manos por el cabello.

—Dijeron que no intentó matarse de verdad.

—Sí. Ella dijo lo mismo.

—Entonces, ¿qué demonios hago aquí? Lo único que le preocupa es si la vas a dejar.

—Eso nunca va a pasar.

—Tal vez debería.

—Tu madre no sobreviviría sin mí.

Aprieto los puños a los lados del cuerpo. Solo una vez perdí el control con él y lo golpeé, y me juré que nunca volvería a pasar.

Empiezo a alejarme sin despedirme cuando veo a Calliope acercarse. La irritación que había logrado controlar vuelve a encenderse.

—Atticus —dice, lanzándose a mis brazos—. Vine en cuanto me enteré.

—¿Para qué? No eres de la familia —respondo, apartándola.

—No digas tonterías. Siempre lo seré.

—No mientras dependa de mí.

—No estás pensando con claridad. Podemos funcionar juntos. Solo necesitas tiempo para asimilar la idea.

—No, eres tú la que no entiende. No te quiero. No vuelvas a Zarofu —digo en voz lo bastante alta como para que cualquiera a doscientos metros lo escuche—. No eres bienvenida.

—¿Por esa vulgar mujer? —Finalmente pierde el control.

—¿*Vulgar*? Mi novia es una de las mujeres más dignas que he conocido. ¿Quién eres tú para hablar de vulgaridad, cuando apenas enterraste a mi hermano y ya quieres meterte en mi cama? He sido educado contigo por lástima, no porque te desee, Calliope. Serías la última mujer con la que estaría.

No espero a que procese mis palabras.

Espero que esta vez el mensaje haya quedado claro.



Atticus

Capítulo 31

No sé qué esperaba al ir a Lepaxos a ver a mi abuela antes de volver a casa, pero desde luego no era encontrar a Aikaterini sentada en la terraza, mirando el mar.

Que no haya ido al hospital a visitar a mamá dice mucho. Es cierto que nunca fueron las mejores amigas, pero mi abuela es de las que toman el control de todo, sin importar lo difícil que sea la situación.

Un ejemplo de eso fue lo que pasó cuando nos enteramos de que mi hermano había muerto en un accidente.

Estuvo abatida durante las primeras veinticuatro horas. Lloró a su nieto como correspondía, pero fue la primera en recuperarse. De los tres familiares cercanos que me quedan, sin duda, es la más equilibrada y también la más fuerte.

—No es la primera vez —me dice después de que le beso la frente y me siento a su lado.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

Ni mamá ni Cirillo parecían demasiado asustados por lo ocurrido, lo que me hace pensar que el supuesto intento de suicidio no fue un hecho aislado.

—Tu madre —responde por fin—. No es la primera vez que intenta llamar la atención de tu padre tomando pastillas.

—Es la primera vez que él me llama para pedirme que venga.
Se encoge de hombros.

—Mi hijo acaba de recuperarse de un infarto. Quizás temía por su propia salud, no por la de ella.

Esa es otra cosa que admiro de mi abuela. No intenta tapar el sol con un dedo. Reconoce los defectos de todos y sabe que su hijo es un maldito egoísta que solo piensa en sí mismo.

—Voy a volver a casa, abuela.

—Zarofu no es tu casa. Esta lo es.

—Zarofu es donde quiero estar —digo, sin ganas de discutir—. No vine solo a ver si estabas bien, también quería pedirte que te olvides de esa idea de unirme a Calliope. No va a pasar. He conocido a alguien.

Al principio no pensé en mencionar a Sabrina.

Odio las mentiras y, al comienzo, vi nuestro acuerdo como una forma de impedir que la ex de mi hermano siguiera inventando compromisos conmigo. Si la prensa descubre que estoy en una relación, no importa cuántas insinuaciones haga Calliope sobre un supuesto matrimonio futuro, quedará en ridículo.

Y así como no dudo de que sería capaz de cualquier cosa para lograr sus objetivos, tampoco creo que se someta a la humillación pública. Nunca aceptaría el papel de “la otra”, sobre todo después de haber criticado abiertamente a Sylvie en la prensa.

Pero ahora me doy cuenta de que este mes con Sabrina no es solo una mezcla de deseo y conveniencia. La deseo.

No recuerdo haber deseado a una mujer y, al mismo tiempo, querer pasar tiempo con ella fuera de la cama. Ella capta mi atención de una manera que ninguna otra ha logrado, y quiero ir más allá y descubrir por qué.

—Que yo sepa, has estado “conociendo a alguien” desde que dejaste los pañales —dice ella.

—Ella es diferente.

Y lo digo en serio. Es única.

A Sabrina no le importa mi apellido ni que sea su jefe. No quiere nada de mí salvo que sea yo mismo, como dijo. Incluso rechazó que

le comprara material de trabajo, aunque en eso ya tomé una decisión.

Mientras venía en el barco a Lepaxos, llamé a mi secretaria en Atenas para que averiguara todo lo necesario para que una diseñadora gráfica e ilustradora pueda trabajar. En unos días estará todo listo.

Eso sí, esperaré al menos una semana para dárselo. Tengo planes para nosotros y no quiero que los regalos la incomoden.

—¿En qué es diferente? ¿Tiene tres ojos?

Suspiro, intentando no irritarme.

—Sé que te cae bien Calliope, abuela, pero nada va a hacer que me case con ella. Olvida ese plan. No la soporto y, aunque fuera la mujer más interesante del mundo, jamás estaría con la exprometida de mi hermano.

—¿Por orgullo?

—No. Simplemente no me parece correcto. Pero ese no es el punto. Calliope es mala, caprichosa e irritante. No tenemos nada en común.

—El matrimonio no es amor, sino alianzas.

—Puede ser, pero como no pienso casarme, ni el amor ni las alianzas me interesan. No tengo ninguna intención de volver a ver a Calliope en esta vida.

—Entonces, ¿es en serio lo tuyo con esa chica?

¿Qué diría si le contara que le propuse a Sabrina un acuerdo de treinta días con final definido? ¿Qué tan serio puede ser eso? Mi abuela no tiene idea del tipo de bastardo que soy ni de cómo he vivido.

—No lo sé, abuela. Probablemente no, pero ahora mismo es a ella a quien quiero. Tampoco quiero pelear contigo. Eres la persona más sensata de esta familia, pero si insistes con lo de Calliope, eso va a pasar.

—El plan no fue mío. Fue idea de Calliope y de tu padre. Lo conozco, Atticus. Sé que no cederías a chantajes emocionales. Pero la ex de tu hermano necesitaba comprobarlo por sí misma. Ahora que eso ya está claro, quiero conocer a tu novia. ¿Cómo se llama?

—Sabrina.

—Bonito nombre. Como el de la protagonista de esa película de 1954^[17]. ¿También es pobre, como la chica de la historia?

Pongo los ojos en blanco.

—No puedo creer que preguntes eso.

Sonríe.

—Estoy bromeando. Tráela. Tengo curiosidad por conocer a la mujer a la que mi nieto llama *novia*.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de que hay algo especial en ella. Si no, no la mencionarías ni la asumirías con tanta convicción.

—Quizá solo la estoy usando para librarme de Calliope.

—No necesitas eso. Eres firme y nunca te doblegarías ante tu padre. Puede que te hayas dado esa excusa —dice, sin saber lo cerca que está de la verdad—, pero te conozco. Estoy segura de que esa Sabrina es especial. Tráemela.

—Ya veré. No prometo nada —respondo, levantándome—. ¿Vas a estar bien?

Asiente.

—A veces tengo la sensación de que los enterraré a todos, hijo. Algunas mañanas me despierto cansada de vivir, pero luego recuerdo que tengo a dos adolescentes de mediana edad que supervisar: tus padres; y acepto que tendré que quedarme mucho tiempo más en este mundo.



Sabrina

Capítulo 32

Nunca me he considerado una persona indecisa. Insegura, sí, pero incluso cuando tengo miedo de dar el siguiente paso, sé cuál va a ser.

Ahora mismo, en cambio, estoy completamente perdida en dudas. Han pasado más de veinticuatro horas desde que Atticus se fue y, cada vez más, la conversación que tuvimos (nuestro pacto y luego la idea de pasar un mes juntos) parece un sueño insensato de madrugada que solo existió en mi cabeza.

Cambié mi turno con uno de los camareros y decidí pasar esta noche en Atenas. Busqué en internet y descubrí que hay una tienda allí que tiene todo lo que necesito para empezar los trabajos para April. Así que le pedí a Acacia que me diera permiso.

Sí, será un gasto innecesario, pero las propinas aquí son realmente generosas y, ahora, con el adelanto que April me pagará para comprar una computadora y volver a suscribirme a algunos programas de diseño, el dinero que gastaré en el viaje no hará un agujero tan grande en mi presupuesto.

Encontré un vuelo en oferta^[18] y, como mañana mi turno empieza recién por la noche, pienso volver al mediodía, con tiempo de sobra para no llegar tarde.

Soy consciente de que estoy haciendo malabares para meterme en esta aventura, pero la verdad es que necesito un poco de

distancia de Zarofu. Quedarme sentada como Penélope^[19] esperando a Ulises no es lo mío.

Faltan pocos minutos para irme y, antes de pasar por los vestuarios para cambiarme, Acacia me pide que revise si en la heladera de la oficina de Atticus hay suficiente agua. La mayor parte de la noche, cuando el restaurante está lleno, él se queda allí.

Creo que la mayoría de la gente lo ve como alguien extrovertido, pero en mi opinión es más bien un observador que interactúa cuando es necesario.

Abro la puerta y voy directo al minibar, comprobando que aún quedan media docena de botellas de agua con gas Perrier, que es la que le gusta.

Me doy la vuelta para salir cuando veo un portarretratos en la estantería. Es una foto de él y de Thales cuando eran niños.

Ya la había visto la otra vez que estuve aquí, pero hoy me acerco y la tomo.

De pequeños se parecían más que de adultos. Donde Thales tenía una mirada suave, casi risueña y juguetona, Atticus, incluso siendo un niño, ya mostraba la personalidad fuerte que tendría de mayor. Mira al fotógrafo con el mentón en alto, como desafiándolo.

Paso el dedo por el vidrio, sobre su cabello, que ya entonces era rebelde. Se ha oscurecido; en la foto tiene un tono rubio casi castaño, pero ahora parece negro. Thales, en cambio, conservaba los mismos rizos color miel que, al igual que el de su hermano, parecían pedir a gritos un corte.

En las pocas veces que lo vi, las únicas personas de su familia de las que Thales hablaba eran Atticus y su abuela. Nunca me dijo (al menos a mí) que estuviera distanciado de sus parientes. Siempre que lo mencionaba, se le notaba el cariño en cada palabra.

Ese recuerdo me oprime el pecho al pensar que Sylvie y yo nunca tuvimos la oportunidad de construir ese tipo de vínculo, y aun así, el amor entre nosotras fue inmediato.

Cuando cenamos con Véronique, no ocultó el disgusto que le causaba nuestra relación, y nunca entendí por qué. Ahora tengo una

idea: mi mamá no sabe lo que es crear lazos con alguien si no hay intereses de por medio.

En su mundo, yo no encajo porque no tengo ninguna utilidad.

Recuerdo lo que Atticus me dijo: que si no podía darme el material para volver a trabajar en mi profesión, entonces yo no tendría ninguna ventaja estando a su lado.

Creo que eso es una pequeña muestra de cómo fue criado, considerando que Thales decía cosas parecidas.

En su mundo, las personas son como piezas de ajedrez, moviéndose según los intereses de quienes juegan.

Estoy perdida en mis pensamientos cuando la puerta se abre de repente. En cuanto me doy cuenta de quién acaba de entrar, me sobresalto y casi dejo caer el portarretratos.

El movimiento brusco me hace perder el equilibrio y mi cuerpo se inclina hacia atrás, pero antes de caer, dos brazos musculosos me sujetan.

—Lo siento —digo.

—¿Qué haces aquí?

Hablamos al mismo tiempo.

Durante unos segundos, nos miramos. Siento como si su piel ardiera, haciendo vibrar todo mi cuerpo con el contacto.

Soy la primera en reaccionar, intentando recuperar el control.

—Agua —digo, como si esa sola palabra explicara algo, en lugar de decir que vine a revisar su suministro personal de agua.

Una esquina de su boca se curva en una sonrisa.

—¿Agua? Sí... eso me recuerda que tengo mucha sed.

Como en cámara lenta, veo su boca acercarse a la mía, y antes incluso de que nuestros labios se toquen, gimo en anticipación, rodeándole el cuello con mi brazo libre.



Atticus

Capítulo 33

Una tormenta me retuvo en Lepaxos durante casi catorce horas y, cuando llego a Zarofu, ya son más de las diez de la mañana del día siguiente.

Normalmente iría primero a casa, pero esta vez fui directo al restaurante. Está a punto de empezar el turno de Sabrina y quiero verla antes de que se ponga a trabajar.

Apenas saludo a Acacia mientras recorro con la mirada el local en busca de la pelirroja. Ni siquiera registro lo que mi gerente me pregunta; solo hago un gesto con la mano, indicando que hablaremos con calma después.

—¿Dónde está Sabrina? —pregunto.

No disimula su preocupación ante mi tono, y sus labios se tensan en una línea fina antes de responder:

—En su oficina.

Empiezo a caminar hacia allí.

—Atticus... —me llama Acacia, y sé lo que significa, pero no quiero escucharla.

Sabrina y yo somos adultos. Nunca he permitido que se metan en mi vida y no voy a empezar ahora.

—Después —respondo simplemente, esperando que entienda que lo que tratemos será sobre el restaurante, no sobre mi vida personal.

Abro la puerta, sintiéndome ansioso como no recuerdo haber estado nunca. No hemos vuelto a hablar desde aquella madrugada.

—¿Qué haces aquí? —es lo primero que digo, aunque en realidad la pregunta no tiene la menor importancia.

No cuando está a apenas un metro de mí, preciosa y natural, con un vestido blanco de tirantes y ese cabello rojo que me obsesiona cayéndole por la espalda.

Se sobresalta, se disculpa y tropieza con sus propios pies.

Me adelanto y la sujeto, evitando que caiga.

Sus ojos azules se encuentran con los míos, y si no estuviera tan tenso, quizá sonreiría ante su nerviosismo cuando me dice:

—Agua.

Como si eso fuera una respuesta.

Le quito el portarretrato de las manos (ella ni siquiera parece notarlo) y lo dejo sobre la mesa antes de atraerla con más firmeza hacia mi cuerpo.

—¿Agua? Sí... eso me recuerda que tengo mucha sed.

Aplasto mi boca contra la suya, desesperado por el contacto, pero solo cuando siento la suavidad de su carne me doy cuenta de lo mucho que la deseaba.

No es un beso de saludo. Tampoco de reencuentro, como el de una pareja que lleva días sin verse. Es un beso voraz, profundo, ardiente. Mi lengua la invade sin pedir permiso, tomando todo lo que quiero, obligándola a entregarse.

El pequeño cuerpo de Sabrina vibra en mis manos, respondiendo de una forma tan sensual que me hace querer arrancarle la ropa y poseerla sobre la mesa.

La forma en que tira de mi cabello, acercando mi boca a la suya como si temiera que me apartara; cómo sigue cada movimiento de mi lengua, invitándome a profundizar más... todo es una mezcla explosiva que hace hervir mi sangre.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así. Dientes y lenguas explorándose, aprovechando cada segundo.

Sabrina gime mi nombre, ondulando su cuerpo contra el mío, y yo gimo en su boca, completamente satisfecho con su rendición.

Camino hacia atrás sin soltarla, con la intención de cerrar la puerta. La lógica no existe en este momento.

Lo único en lo que puedo pensar es en sentarla sobre la mesa, levantarle las piernas sobre mis hombros y devorarle la vulva con mi lengua.

Pero mi movimiento parece traerla de vuelta a la realidad. Apoya las manos en mi pecho y me empuja.

—No.

—¿No qué?

Se aparta de mí y da un paso atrás.

—No podemos besarnos aquí.

Por un instante me quedo desconcertado.

¿Besar? ¿Eso es lo que cree que estábamos haciendo? Porque para mí no hay duda de que era solo el inicio de algo mucho más.

—No tenía intención de detenerme en el beso, *glikιά mou*^[20].

Su rostro se enrojece aún más.

—No me vengas con esas expresiones griegas dulces. No soy tu “querida”.

Me apoyo contra la puerta, intentando entender de dónde salió esa súbita timidez. Hace un momento estaba completamente entregada.

—¿Estás molesta porque no te llamé?

—¿Qué?

—Me oíste.

Hasta donde sé, eso es lo que esperan las mujeres. Sobre todo teniendo en cuenta que declaramos que estamos en una relación la última vez que hablamos. Será por treinta días, pero entiendo el concepto.

—No... aunque me sentí como Penélope esperando a Ulises — dice, con una sinceridad que me sorprende—. ¿Cómo está tu madre?

Me encojo de hombros.

—Bien.

No quiero hablar de eso. No quiero traer mi familia disfuncional a esto. Prefiero mantener las cosas ligeras entre nosotros.

—Me alegra —dice, y suena sincera. No estoy acostumbrado a gente así, que se preocupa de verdad—. Me voy en unos minutos. Que tengas un buen día.

Ignoro lo que dice, pensando que se refiere a que está por empezar su turno.

—Tómate el día libre —digo, sujetándola del brazo antes de que llegue a la puerta.

—En realidad cambié mi turno. Me voy a Atenas.

—¿Qué?

—Voy a hacer un poco de turismo y a buscar material de trabajo.

Tal vez debería decirle que todo lo que necesita llegará a Zarofu en unos días, pero me lo guardo. No quiero que nada material se interponga entre nosotros.

—Si estás libre, podemos tomar mi barco. Navegar, parar a nadar en algún lugar.

En mi mundo, la privacidad lo es todo, y la idea de pasar el día con ella en el mar es perfecta.

—Es tentador, pero me voy a Atenas. —Se mantiene firme, y tengo la sensación de que no es el viaje lo que le interesa, sino alejarse de mí.

Lo que Sabrina no sabe es que yo nunca entro en un juego para perder.

—Te llevo.

—¿Qué? No. Ya compré un pasaje. Es un vuelo de cuarenta y cinco minutos.

—Acabo de llegar de Lepaxos. Basta una llamada a mi piloto. El avión sigue en la pista. No vas a huir de mí, pelirroja. Tu única salida es decirme que no me quieres cerca.

Cruzo los brazos, desafiándola a decirlo.

Al principio me sostiene la mirada con el mentón en alto, pero luego sonrío.

—Voy a convertir lo que queda de tu día en un infierno. Seré la turista más insoportable que hayas conocido.



Sabrina

Capítulo 34

No sé qué esperaba cuando acepté que Atticus me trajera a Atenas, pero desde luego no que demostrara ser el anfitrión perfecto.

Cuando salimos de su oficina y fui a despedirme de Acacia (que ya sabía a dónde iba, pero no ocultó su sorpresa al verme salir del restaurante con nuestro jefe), él me dio unos minutos para cambiarme.

No sé qué hablaron mientras estuve en el vestuario, pero el rostro de mi gerente estaba cargado de preocupación.

Tampoco sé cómo logré llegar viva a Atenas, para ser sincera. Para empezar, nunca había viajado en un avión privado (y, teniendo en cuenta el estilo de vida que Atticus lleva en Zarofu, ni siquiera sabía que tuviera uno). Pero no fue solo eso lo que me inquietó. Durante todo el trayecto no intentó tocarme otra vez, pero tampoco dejó de mirarme ni un segundo.

No sé cómo una mujer sobrevive siendo el centro de atención de alguien como él, pero juro que me dejó sin aliento gran parte del viaje.

La incertidumbre no es lo mío, así que, antes de aterrizar, como él no parecía dispuesto a darme ni una pista de lo que pensaba, decidí tomar la iniciativa, literalmente.

Atticus dijo que seríamos novios durante un mes, pero no creo que tenga muy claro lo que hace una pareja fuera de la cama.

Así que, en cuanto pisamos tierra firme, entrelacé mis dedos con los suyos. Él no intentó soltarse, pero mientras caminábamos sentí que me observaba.

Sin mirarlo, me encogí de hombros.

—¿Somos novios?

—¿Y eso es lo que hacen los novios? —Su voz suena divertida.

—Sí. Muchas cosas tontas.

—A mí me interesa la parte en la que los dos estamos desnudos —dice, sin ningún filtro.

Siento cómo se me calienta la cara y, cuando me giro para mirarlo, entiendo que lo dijo para provocarme.

No retrocedo.

—Esa parte te la tendrás que ganar, si sabes comportarte mientras estemos vestidos.



Con el tiempo que teníamos, no daba para una agenda muy extensa, pero insistí en ir al menos a la Acrópolis y a su museo, aunque renuncié a comprar material de trabajo. Puedo hacerlo *online* y, además, me moriría de vergüenza si Atticus se ofreciera a pagarlo.

Curiosamente, no insistió en el tema, lo cual me sorprendió, porque parece el tipo de hombre que necesita tenerlo todo bajo control.

Nadie de la prensa nos molestó.

Me dijo que el viaje improvisado tuvo la ventaja de no darles tiempo a los *paparazzi* para seguirlo, y dejó escapar que incluso cuando fue a visitar a su madre al hospital, ellos estaban allí.

¿Hospital?

Tuve ganas de preguntarle más, porque no pensé que lo que lo llevó a ver a su familia fuera tan grave como para que su madre estuviera internada. Pero respeté que no quisiera hablar del tema. ¿Quién soy yo para exigirle que revele sus secretos, cuando yo misma guardo tantos?

—¿Lista para comer? —pregunta al anochecer, rodeándome la cintura.

—No puede ser un lugar elegante. No voy vestida para eso —digo, mirando mis sandalias bajas y mi vestido sencillo.

—No te preocupes por eso. Dijiste que querías conocer un poco de Grecia, más allá de nuestra isla. Voy a darte una muestra.

Asiento, quedándome enganchada a sus palabras.

Nuestra isla.

No, Zarofu no es nuestra isla ni nuestro hogar. Los dos somos trotamundos, aunque, a diferencia de Atticus, yo sé que no quiero vivir así para siempre.

Mi celular vibra con la llegada de un mensaje y, al ver de quién es, siento cómo se me encoge el estómago, como siempre que ella intenta contactarme.

Aún no la bloqueé porque, hasta donde sé, Véronique no tiene a nadie más. Ningún familiar vivo. A pesar de todo lo que me hizo, sé que me sentiría terrible si le pasara algo y no tuviera a quién avisar.

Estoy a punto de responder. Es la primera vez que intenta acercarse desde el día siguiente al entierro de Sylvie. Pero cambio de idea y guardo el teléfono, permitiéndome ser egoísta por una vez y vivir mi vida sin preocupaciones.

—¿Algo importante? —pregunta Atticus, claramente refiriéndose al celular.

Sonrío.

—No, nada importante. Dijiste que me ibas a llevar a comer. Me muero de hambre.



Atticus

—Dios, no puedo comer más —dice Sabrina, sonriendo, mientras la observo pasar un trozo de *pan de pita*^[21] por lo que queda de *hummus*^[22] en su plato.

Nunca había asociado la comida con algo erótico. Aunque me encanta cocinar, para mí comer siempre fue un medio para un fin: sobrevivir.

Quizá hasta hoy.

Porque durante las dos horas que dura nuestra cena, estoy prácticamente excitado todo el tiempo por la forma en que Sabrina disfruta la comida.

A diferencia de la mayoría de las mujeres que conozco (con excepción de mi abuela), no parece preocupada por las calorías. Se chupa los dedos, gime cuando algo le gusta, completamente inconsciente de que verla comer me está volviendo loco.

No puedo evitar asociar su apetito, su manera de entregarse al placer de la comida, con cómo será en la cama.

Cuando dije que la acompañaría a Atenas, sinceramente esperaba aburrirme hasta la muerte. Nunca se me ocurrió que sería tan entretenido ver un lugar de mi propio país a través de los ojos de otra persona.

Sabrina abraza la vida. Se entrega a pequeños momentos de felicidad que la mayoría pasa por alto.

Se fija en una flor distinta, en un perro que pasó con un ojo azul y otro verde, me señala una nube que parece un cono de helado.

Es como volver a la adolescencia, a experiencias que nunca valoré.

No es *indiferente* a nada. Aprecia cada detalle, atenta a los sonidos y a la arquitectura que nos rodea.

—Háblame de tu vida en tu ciudad —le pido, y veo cómo su expresión se apaga.

Cada vez que intento que hable de su pasado, su alegría desaparece. Supongo que es por la reciente muerte de su padre. Debería dejar de insistir, pero cada vez quiero conocerla más.

Antes de responder, bebe un sorbo de agua. No quiso alcohol.

—No hay mucho que contar. Éramos solo nosotros dos. Sin familia.

—Excepto la persona que pagó tu viaje a Europa —digo, recordando lo que Acacia me contó.

—Sí. —Otro sorbo—. ¿Me enseñarías a bailar?

La traje a un restaurante típico, el más tradicional de Atenas, y hace un rato empezó la música. Quizá ella quiere bailar de verdad, pero también sé que está esquivando el tema.

—Hace mucho que no bailo —adviento.

—¿Cómo que no? En tu restaurante hay espectáculos todos los días.

—Digamos que soy más de observar.

—¿Pero alguna vez bailaste?

—Soy griego, Sabrina. De alma y corazón. Claro que sé bailar.

Me levanto y le tiendo la mano. Ella la toma.

—No tan griego —dice, mientras caminamos hacia la pista—. Mi padre decía que los griegos quieren hijos. Tú pareces bastante cómodo siendo soltero.

—Sí, estoy bien así.

¿Qué es estar bien? No tengo idea. Pero ella no necesita saberlo.

—¿Y nunca te casarás?

—Solamente me casaría si llegara un hijo no planeado.

Ella pone los ojos en blanco.

—Dios, por un momento sentí que estaba hablando con alguien de la era victoriana.

—¿Crees que sería justo criar a un hijo lejos de su padre?

—Yo crecí con solo uno de mis padres y nunca me faltó amor. De hecho...

—¿Qué?

—Nada. Tonterías. Vamos a bailar.



Sabrina

Capítulo 35

Necesito tener cuidado con mi corazón, o este mes que pasaremos juntos va a terminar complicándose demasiado para mí. Cuando le dije que quería bailar, solo era parcialmente cierto. En realidad, lo que intentaba era evitar hablar del pasado, porque no quiero mentir. Cuando llegue el momento de nuestra conversación, no quiero que me acuse de haberlo engañado activamente, no solo por omisión, sino inventando historias.

Sin embargo, el tiro me salió por la culata, porque después de una hora bailando con él, mi tonto corazón está más en peligro que nunca.

Atticus es guapísimo. Su belleza y su intensidad prácticamente no dejan alternativa a una mujer más que desearlo, pero verlo completamente inmerso en su propia cultura elevó la atracción que siento por él a otro nivel.

Bailando entre su gente, no parecía un multimillonario arrogante, sino un hombre común divirtiéndose con su novia. Pero no fue eso lo que realmente me afectó, sino lo sorprendido que se mostró ante su propia capacidad de disfrutar. Como si sonreír y jugar fueran cosas que había olvidado.

—Me rindo —digo, rodeándole el cuello con los brazos—. Mis piernas no pueden más. Me tiemblan. Además, tenemos que volver a Zarofu.

Él me sostiene el mentón, obligándome a mirarlo.

—Quédate.

—¿Qué?

—No vamos a volver esta noche. Tengo un apartamento en Atenas. Quédate conmigo.

Lo primero que me pasa por la cabeza es negarme, porque la voz de la razón, ese juicio que siempre he tenido (quizá en exceso), me grita que las relaciones casuales no son para mí.

Pero al mirar la profundidad de esos ojos azules, repaso rápidamente mi pasado.

Si no hubiera sorprendido a Joel engañándome en París, es muy probable que nos hubiéramos casado cuando volviera a Brasil. Y también que él hubiera seguido siendo infiel.

Tengo veinticinco años y nunca he disfrutado realmente de la vida.

Atticus es la incertidumbre (o mejor dicho, la certeza de que no tendremos nada a largo plazo), pero ha sido honesto desde el principio. Tengo la oportunidad de tomar las riendas de mi vida y decidir.

No porque esté obligada ni porque esté en una relación larga en la que ni siquiera besar a mi prometido me emocionaba ya. Estoy con un hombre que parece saber qué decir, dónde tocarme y cómo besar para volverme loca.

—Nunca te obligaría a hacer algo que no quieres.

—No tiene nada que ver con que me obligues.

—¿Entonces con qué tiene que ver?

Escondo la cabeza en su pecho.

—¿Sabrina?

—Nunca he hecho esto. Soy virgen.

—¿Qué?

Aunque no lo mire, puedo sentir el impacto en su voz y me muero de vergüenza.

—Lo siento si te decepciona. Si esperabas a alguien con experiencia...

—Mírame. —Espera a que lo haga antes de continuar—. No voy a mentir y decir que no me sorprende que aún seas virgen, pero te

deseo y me da igual si tienes experiencia. Si estás segura de dar este paso, ven conmigo. Voy a enseñarte lo bien que puede sentirse.

Lo dice a centímetros de mi boca, inclinándose para rozar mis labios, mordisqueándolos, y cualquier resto de voluntad que me quedara para negarlo se desvanece.

No estoy segura de muchas cosas respecto al futuro, pero sé que si no vivo esta historia, aunque sea breve, con él, me arrepentiré toda la vida.



Atticus

El trayecto hasta mi residencia en Atenas se hace en silencio. En el asiento trasero de un taxi, Sabrina mantiene nuestras manos unidas. Esto me encendería una señal de alerta si se tratara de otra mujer. No soy de los que se dejan llevar por las muestras de afecto ni por el romanticismo, pero en lugar de soltarla disimuladamente, paso un brazo sobre sus hombros y, con la otra mano, sujeto su mandíbula, atrayendo su boca hacia la mía.

No recuerdo haber besado tantas veces a una mujer sin que uno de los dos, o ambos, estuviéramos desnudos, pero no consigo mantener su boca libre por más que unos pocos segundos.

La quiero en mi cama. Probar cada centímetro de su cuerpo, pero en nombre de su juventud e inexperiencia, me obligo a hablar:

—Si todo lo que deseas es esto, besos, no tenemos por qué apresurarnos.

No estoy acostumbrado a ir despacio, pero creo que la primera vez de una mujer debe ser algo que quede marcado para siempre, así que quiero que sepa que no porque estemos yendo a mi apartamento no podrá decirme “no”.

Sabrina levanta una de sus manos y toca mi cuello.

—Te deseo, pero soy insegura por naturaleza, así que no me hagas pensar demasiado, Atticus. He sido así toda mi vida, una persona que piensa mucho más de lo que actúa. Hoy solo quiero vivir.

Por lo poco que la conozco, Sabrina no es del tipo de persona ingenua ni de las que se entregan fácilmente y, sin embargo, ahora se pone por completo en mis manos.

Unos dos minutos después, el chofer estaciona frente a mi edificio y bajo, ayudándola a salir después.

Nuestras manos no se separan en ningún momento. Al principio del día fue una imposición silenciosa de ella, pero con el paso de las horas se vuelve más natural tenerla siempre al alcance de mi mano.

En el ascensor, finalmente toma distancia, colocándose contra la pared opuesta, observándome con las mejillas teñidas por dos adorables manchas rosadas, creo que de timidez.

—¿Miedo?

—Ansiedad.

—¿No es lo mismo?

—No. Si tuviera miedo de ti, nunca habría tenido la oportunidad de que tus manos me tocaran.

Acorto la distancia entre nosotros con un solo paso, acorralándola contra la pared, con mis brazos creando una prisión.

—Si tuvieras la más mínima idea de cuánto te deseo, no te sentirías tan tranquila.

—Tú no me harías daño.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque intuyo que no haces daño al cuerpo de las mujeres, sino a sus corazones. Pero acordamos dejar esa parte fuera. Lo nuestro es casual, así que no hay riesgo.

Es el tipo de cosa que me dejaría tranquilo con cualquier otra mujer, pero que ella parezca tan despreocupada cuando apenas estamos empezando me despierta una necesidad primitiva de marcarla.

Sujeto su rostro con ambas manos y atraigo su boca hacia la mía. Devoro sus labios, su suavidad, en un beso hambriento. Deslizo una

mano hacia su trasero, pegando nuestros cuerpos para mostrarle el efecto que su cuerpo delicioso tiene sobre mí.

Las llamas del deseo más puro nos consumen y las uñas de Sabrina arañan mi pecho por encima de la camisa.

Su lengua, a pesar de ser tímida, explora mi boca en una caricia tan erótica que mis músculos se tensan.

Cuando el ascensor se abre, la levanto en brazos y, con una sola mano, marco el código que desbloquea la entrada.

Entro al hall y empujo la puerta con el pie, sabiendo que se cerrará automáticamente en diez segundos.

La bajo y me separo para mirarla con calma.

Hasta ahora, nuestros encuentros han sido fortuitos, y yo soy un hombre visual.

La recorro con la mirada, deteniéndome en cada parte.

A través de la tela puedo percibir que sus pezones están duros, empujando el vestido.

Una vena late en su cuello, delatando ansiedad, deseo o ambos. Su boca hermosa está entreabierta, roja, marcada por mi barba.

—Ven aquí, Sabrina.

No es lo habitual en mí. Suelo ir por lo que quiero, pero necesito asegurarme de que sepa lo que está por suceder.

Sabrina da un paso hacia adelante, y esa es toda la respuesta que necesito, porque mi autocontrol llega a su límite.

La tomo en brazos y camino hacia el dormitorio, sentada de frente a mí, con las piernas rodeando mi cintura.

El vestido se levanta y solo la fina tela de su ropa interior protege su intimidad de la dureza de mi erección bajo el pantalón. La muevo contra mí como un adolescente excitado, porque necesito sentirla aunque sea un poco.

En el trayecto, sus brazos rodean mi nuca, su boca busca la mía, y cuando el beso se profundiza, me detengo y la siento en el pasillo, sobre el primer mueble que encuentro.

No le doy un respiro antes de volver a besarla, exigiendo rendición con la lengua.

La lujuria impide cualquier control. Las olas del deseo más puro son intensas, embriagadoras.

Sabrina responde con la misma hambre, entregándose a mi voracidad.

Sus pezones están duros contra mi torso y cada movimiento suyo me provoca un escalofrío de deseo.

Bajo ambas tiras de su vestido al mismo tiempo sin dejar de besarla. No lleva sujetador.

Mis pulgares buscan las puntas firmes de sus pechos. Me aparto un instante para mirarlos y mi deseo alcanza un nivel preocupante al comprobar que son aún más grandes y hermosos de lo que imaginaba, con los pezones rosados y firmes.

Me inclino y succiono uno, y ella gime mi nombre.

Le chupo el otro pezón con quizá más intensidad de la que debería con una virgen, pero no soy un hombre suave y no voy a fingirlo.

Desabrocho uno por uno los botones delanteros de su vestido sin dejar de atender sus pechos, y cuando finalmente se lo quito por completo, deslizo mi rostro hacia abajo, recorriendo su abdomen con la lengua, mientras mi pulgar masajea su clítoris por encima de la ropa interior. Se la retiro por las piernas, obteniendo acceso a su paraíso intacto.

Su reacción es como una maldita droga. Sabrina tiembla en mis brazos, gimiendo mi nombre, intentando enroscar las piernas alrededor de mi espalda.

—Todavía no, *pethi mou*^[23]. Necesito probarte.

Debería detenerme. Llevarla al dormitorio, pero no puedo esperar ni un segundo más para sentirla.

Reanudo el recorrido de besos y la acerco al borde del mueble.

Sujetándola por las nalgas, la levanto hacia mi rostro.

—Apoya las manos en el mueble. No las quites.

Subo sus piernas a mis hombros y respiro hondo, sintiendo su olor a deseo.

—¿Alguien te ha hecho esto antes?

—Nunca he estado desnuda con un hombre —dice, con timidez.

Las palabras disparan en mí una especie de gatillo territorial, un deseo que nunca había sentido.

Separando los labios de su vulva, lamo desde su entrada hasta su clítoris, y Sabrina gime. Me vuelve loco verla completamente entregada.

Succiono suavemente su punto de placer y su reacción casi hace que mi control se rompa.

Con los talones, Sabrina se aferra a mi espalda, buscando apoyo para elevarse más, ofreciéndose por completo.



Atticus

Capítulo 36

Ya no puedo contener mi deseo y succiono la miel que escurre de su vulvita.

Lamo y chupo su intimidad, bebiendo su excitación mientras mi lengua busca sin descanso su interior empapado, estimulando su carne virgen, con el pulgar masajeando su clítoris.

Quiero levantarla aquí mismo, de pie, y hacer que Sabrina cabalgue sobre mi rostro. Sujetar sus muslos mientras se sienta sobre mi lengua, manteniéndola abierta a mi hambre, pero sé que todavía es demasiado inocente para una follada tan sucia.

Succiono su clítoris e introduzco un dedo en su canal vaginal, sin profundizar demasiado. Está caliente y apretada, y mi verga empuja, deseando sentir la presión que su cuerpo me impondrá.

Las piernas de Sabrina tiemblan mientras la devoro. Se retuerce, presionándose contra mi rostro, tirando de mi cabello. Mi virgen traviesa está fuera de control.

Hundo la lengua entre sus pliegues resbaladizos, devorando su vulva con la certeza de que nunca he probado nada tan delicioso.

—Quiero que te corras en mi boca, pelirroja. Estoy loco por saborearte.

Hundo los dedos en sus caderas, acercándola aún más a mí, y ella se arquea, excitada.

Deslizo la lengua por sus paredes intactas, mostrándole cómo se siente ser tomada y lo que haré cuando la llene con mi enorme

verga.

Succiono su clítoris sin piedad y no tarda en tensarse entre mis brazos, rendida a su primer orgasmo.

No dejo de saborearla. Todavía tengo hambre.

Le chupo la vulva, alternando entre follarla con la lengua y los dedos, y solo cuando tiene un orgasmo por segunda vez me levanto y la miro.

Sabrina está hermosa, desnuda y completamente abierta para mí. Deliciosamente entregada.

No recuerdo haber sentido algo parecido. Una lujuria que supera los límites de la razón y exige que me entregue todo de sí.

Me pongo de pie y tomo su nuca, sujetando un puñado de su cabello para atraer su boca hacia la mía. Le devuelvo su propio sabor para que lo pruebe.

Hay una pasión desbordante en nuestro beso. Si antes de probarla ya la deseaba con locura, ahora que su sabor permanece en mi lengua sé que necesitaré tenerla una y otra vez hasta saciar este hambre.

Dejando atrás el vestido y quitándole la ropa interior que, por la prisa, aún permanecía enganchada en uno de sus tobillos, la libero también de las sandalias, vuelvo a tomarla en brazos y la llevo a mi habitación.

La dejo en el suelo apenas entramos y, sujetándola por las nalgas, la atraigo hacia mí.

Su piel es firme y deliciosamente cálida bajo mis dedos, pero aunque no es precisamente baja, la diferencia de altura entre nuestros cuerpos hace prácticamente imposible que encajemos cómodamente de pie.

La tomo en brazos una vez más y la siento sobre la cama.

Intuyo que quiere cubrirse, avergonzada, pero no lo hace.

—No tienes que sentir vergüenza. Eres perfecta.

Ella niega con la cabeza, ocultando una sonrisa.

—No me halagues para seducirme. Ya me tienes rendida.

—No puedo evitar halagarte. Sería un mentiroso si no lo hiciera, Sabrina. No puedo dejar de mirarte.

Doy un paso atrás y empiezo a desabrocharme la camisa mientras me quito los zapatos. Sí, en este momento soy capaz de hacer varias cosas a la vez, porque todo mi cuerpo reclama el suyo y ya no puedo esperar más.

Con la prisa por desnudarme, algunos botones salen despedidos. Me bajo los jeans y me quito los calcetines, pero cuando vuelvo a mirarla, la descubro observando el bulto de mi miembro bajo la tela ajustada de mi bóxer.

Su mirada hambrienta, reflejo de la mía, rompe lo poco que me queda de autocontrol y avanzo hacia ella.

Sabrina jadea, siguiendo mis movimientos como una presa a punto de ser devorada.

La levanto otra vez, pero ahora la cargo contra mí, haciendo que rodee mi cintura con las piernas.

Alterno entre besar su boca y morder su cuello, mientras mis dedos se hunden en la carne de sus nalgas.

Las caricias son codiciosas; dientes y lengua probando, succionando, mordiendo.

Quiero ver mi marca sobre su piel clara. Necesito contemplar las señales de mi posesión sobre ella y, sinceramente, no entiendo por qué me siento así.

Sabrina gime sin pedirme que me detenga. De hecho, me provoca aún más, clavando también las uñas con fuerza en mis bíceps y hombros, con los ojos entreabiertos cargados de pasión.

—Dime que estás segura de que quieres esto.

Ella no vacila.

—Te deseo como jamás imaginé que podría desear a alguien, Atticus.

Camino hasta la cama con ella en brazos. La recuesto con cuidado y, durante unos segundos, permanezco de pie entre sus piernas abiertas, observándola.

No sé explicar lo que siento en este momento, pero es algo nuevo y completamente indomable, como el galope de caballos salvajes que no aceptan control ni razón.

—¿Vas a pensar que soy una campesina si te digo que tengo un poco de miedo? La tienes muy grande... —El rubor de su rostro se

intensifica—. Me refiero a tu...

—¿A mi verga? —Oculto una sonrisa mientras retrocedo y me quito el bóxer.

Mi erección surge libremente, apuntando hacia arriba, una extensión gruesa con una cabeza hinchada que gotea líquido preseminal.

Sus ojos se abren de par en par y, aunque no quiero asustarla, su inocencia no hace más que aumentar mi deseo. Voy a demostrarle de todas las maneras posibles que todo entre nosotros será únicamente para nuestro placer.

—No voy a hacerte daño, Sabrina. Voy a hacer que disfrutes muchísimo conmigo, preciosa.

Vuelvo a acercarme a ella, pero en lugar de subir a la cama, la arrastro suavemente hasta el borde y acerco su cuerpo al mío. Dejo que solo sus hombros toquen el colchón, elevándola en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Parece una escultura, una diosa moderna, hermosa, desnuda y tentadora.

—No tengas miedo. Recuerda que será solo placer —le prometo antes de alzarla por la cintura y volver a colocar sus piernas sobre mis hombros.

Ella suelta un pequeño grito de sorpresa, pero cuando siente mi lengua sobre su vulva, se derrite contra mi rostro.

Durante varios minutos la chupo sin descanso, deleitándome en cada rincón de sus pliegues.

Se aferra a mi cabello, no solo por seguridad, sino usándolo como palanca para su propio placer.

Cuando la levanto un poco y rozo los dientes en su clítoris, Sabrina estalla en un orgasmo tan poderoso que, si no la estuviera sosteniendo con fuerza, podría haberse caído hacia atrás.

Con cuidado, la recuesto otra vez en la cama y subo sobre ella, con los muslos a los lados de sus hombros.

Sus ojos siguen cerrados, perdidos en el clímax.

Agarro mi miembro y le rozo sus labios con la cabeza húmeda de líquido preseminal. Con la otra mano, toco su clítoris.

—Abre la boca, Sabrina —ordeno, al mismo tiempo que penetro su canal con mi dedo medio.

Está tan estrecha que apenas consigo pasar la primera falange.

¡Mierda!

—Yo nunca...

—Sigue tu instinto. Solo no me la muerdas. Pruébame.

Su respiración es agitada, pero aunque claramente está avergonzada, me obedece.

Su lengua se le escapa de la boca, tanteando el terreno con lamidas suaves en la punta de mi miembro. Incluso esa succión vacilante resulta increíblemente excitante.

Abre la boca y toma un poco más. Tomo su mano y envuelvo mi verga con ella, debajo de la mía.

—Muévela mientras me chupas.

Ella me masturba con suavidad y yo la sujeto por la nuca, acercándola más a mí.

—Estoy yendo despacio porque es tu primera vez, pero quiero follarte mucho la boca, Sabrina.

Me acuesto en la cama y la traigo sobre mi cuerpo en posición de sesenta y nueve, porque no confío en mí mismo para no perder el control y hacer que se atragante. Así, al menos podrá ir hasta donde aguante.

Siento su tensión en cuanto la coloco sobre mí, probablemente por timidez, pero cuando la sujeto por la cadera y hundo la lengua profundamente en su canal, pierde el control de sí misma, moviéndose sobre mi cara.

Su boca se desliza a mi alrededor casi al mismo tiempo en que cierro mis labios sobre su clítoris.

Cada vez que entro en su vagina, Sabrina me toma más profundo, hasta que llega un punto en que el deseo ocupa cada gota de nuestra sangre, y lo único que sabemos es que necesitamos el cuerpo del otro más que la próxima respiración.

Aprieto la mandíbula cuando siento su boca caliente engulléndome, succionando mi líquido preseminal, chupando mi verga como si fuera su alimento favorito.

No le doy descanso, trabajando su vulva hasta que llega al orgasmo sollozando con mi miembro enterrado en su boca.

La separo de encima de mí y la dejo a mi lado.

—Eres una delicia.

—Quería más.

—No quiero correrme aún, y si seguías chupándome, no iba a resistir. Tienes una boca ardiente.

Ella cierra los ojos, tímida, y yo sonrío.

Bajo la cabeza y atrapo un pezón entre mis labios. Cuando lo muerdo suavemente, su cuerpo se arquea en la cama, entregándose otra vez.

—Ya vuelvo.

Busco el pantalón y saco un preservativo de mi cartera, preocupado por protegernos a ambos. Aunque me cuide y me haga controles regularmente, las probabilidades de que una virgen esté tomando la píldora son mínimas.

Le ofrezco la mano para que se ponga de rodillas en la cama y la atraigo hacia mí.

—Nunca estuve con una virgen. Dime si te duele, Sabrina. No quiero hacerte daño más de lo necesario.

Ella asiente, pero puedo ver que, incluso después de todo, sigue avergonzada.

—No seas tímida con tu cuerpo ni con lo que vamos a hacer, *pethi mou*. Eres una diosa sexy.

La sujeto por las nalgas, separándole igual las piernas, aún de rodillas, y dejo que la cabeza de mi verga se deslice entre sus piernas, provocándola desde su entrada hasta el clítoris. En poco tiempo, Sabrina está arañando mi piel con las uñas, y empiezo a volverme adicto a sus reacciones. Es pasional y jodidamente ardiente.

La levanto, solo jugando a penetrarla, haciendo que mi miembro roce su entrada; ella se mueve conmigo, provocando una fricción deliciosa.

Tiro del lóbulo de su oreja con los dientes y ella gime, excitada.

La recuesto en la cama y me acomodo de rodillas entre sus piernas. Sostengo mi verga y masajeo su clítoris con ella. Sabrina se

deshace, abriendo aún más las piernas, ofreciéndome todo.

Me inclino y tomo un pezón en la boca, rozándolo suavemente con los dientes, y ella suplica, aunque estoy seguro de que ni siquiera sabe qué está pidiendo.

Devoro sus labios, alineando al mismo tiempo mi miembro con su entrada.

Sujetándola por la cintura y sin apartar mis ojos de los suyos, me encajo en su abertura.

Ella arquea el cuerpo, descarada, fogosa, suplicando en silencio que la tomen.

Sabrina tiembla abajo mío y algo que nunca había sentido durante el sexo me domina.

No solo el deseo de poseerla, sino de asegurarme de que nunca me olvide.

Empujo suavemente, haciendo que la cabeza de mi miembro invada su canal, abriendo paso en su estrecha entrada.

Aparto nuestros labios para mirar la unión de nuestros cuerpos, pero necesito más de ella y vuelvo a besarla, empezando a moverme lentamente, entrando en su canal virgen.

Sus pezones duros presionan mi pecho, sus piernas se abren todo lo posible para darme cabida.

Entro y salgo, penetrándola con suavidad, retrocediendo de vez en cuando para mirarla.

Está completamente a merced de mi lujuria y, ansiosa, me agarra por los hombros.

La penetro un poco más y ella se tensa debajo mío, con las uñas clavadas en mis hombros.

Hundo la lengua en su boca, enterrando mi verga hasta mis testículos en su vagina.

Ella gime de dolor, pero yo me trago su angustia entre mis labios.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos para transformar el dolor en placer.

Chupo su pezón y acaricio su punto de placer, tirando suavemente del pezón hasta sentir que su respiración se calma.

Sé que todavía le duele, pero incluso con la tensión en el rostro, está jodidamente perfecta.

Lentamente empiezo a moverme, saliendo y volviendo a empujar contra su centro.

La acomodo como quiero, aprieto su carne con mis manos.

Sus pechos suben y bajan mientras la follo y le muerdo los pezones.

Aumento la velocidad y ella me muerde.

—¿Todavía te duele mucho?

—Sí, pero no pares.

Su rostro hermoso está cubierto de sudor, pero ahora acompasa mis movimientos, elevándose hacia mí cada vez que entro y salgo de ella.

—Tu vagina es deliciosa, igual que todo tu cuerpo.

Le meto mi verga cada vez más rápido, y la sensación de estirarla, de tomarla por completo, me vuelve loco.

Nunca había sentido un placer tan completo.

Follo su boca con mi lengua, al ritmo de nuestros cuerpos chocando.

Dentro y fuera, mi miembro se deleita en su canal.

Sus paredes estrechas me aprietan y la devoro profundamente, controlándome para que el placer dure.

Nuestras lenguas se enfrentan en besos hambrientos y durante mucho tiempo alterno entre acelerar y frenar, retrasando el clímax hasta el punto en que me mareo de placer.

El calor de su vagina me devora, rompiendo mi autocontrol, y llego al límite cuando Sabrina vuelve a correrse, apretándome dentro de ella.

Empiezo una penetración más dura, nuestros cuerpos chocan, nuestra húmeda intimidad frotándose.

Sus músculos internos palpitan alrededor de mí por el orgasmo reciente, pero no le doy descanso, embistiéndola incansablemente.

Siento mi orgasmo construirse, la presión en mis testículos aumentando, mi miembro hinchándose dentro de ella.

En ese momento soy un animal guiado solo por el instinto de poseerla, el placer de estar dentro de ella me lleva al límite del deseo.

Cuando finalmente me rindo, corriéndome con fuerza, el orgasmo es tan violento que durante unos segundos pierdo la noción de dónde estoy.

Nuestros cuerpos seguían convulsionando, su vagina liberando pequeños espasmos a mi alrededor, incluso casi un minuto después.

Me separo con cuidado para retirar el preservativo.

Voy al baño a desecharlo y mojo una toalla con agua caliente para limpiarla.

Algo se remueve en mi pecho cuando veo un poco de sangre en la sábana.

Hasta entonces, la virginidad para mí era un concepto anticuado, pero debe haber una razón para que Sabrina se haya mantenido así.

La limpio en silencio y, aunque no se aparta, se cubre el rostro con un brazo, probablemente avergonzada.

Voy al baño a tirar la toalla y cuando vuelvo, está recostada de lado, de cara a la pared.

—¿Todo bien? —pregunto, preocupado, abrazándola por detrás.

Ella asiente con la cabeza, pero no me basta, así que la giro para quedar frente a frente.

—¿Te hice daño? —pregunto, sosteniéndole el mentón para obligarla a mirarme.

—No más de lo que creo que es normal. Me gustó todo lo que hicimos.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada malo. No quiero hablar. ¿Podemos solo quedarnos abrazados?

Nunca hice esto después de follar, pero igual la atraigo hacia mí.

—¿Te arrepientes de haber estado conmigo?

—No. Al contrario, entiendo por qué nunca ha sucedido con nadie antes.

—¿Por qué?

—Nunca perdí el contacto con tierra firme. Fuiste el único capaz de hacerme volar. Ahora estoy volviendo a tierra con cuidado.

Sé lo que quiere decir sin necesidad de que lo explique del todo. Somos algo casual, y no hace falta ser psicólogo para entender que esto no encaja con ella.

—¿Por eso te entregaste a mí? ¿Porque te saco los pies del suelo?

—No lo sé. Me gusta la tierra firme. Necesito saber que el camino es seguro, pero quise probar lo desconocido.

—¿Por qué?

—Además de hacerme sentir viva y eufórica como nadie, no corro riesgos contigo. No duraremos lo suficiente como para que yo salga lastimada.



Atticus

Capítulo 37

Me costó dormirme, atrapado en lo que dijo. Sabrina se irá de aquí en un mes. No solo de la isla. Probablemente de Grecia, y para no volver nunca más.

No soy de los que se apegan fácilmente; prueba de eso es que dejé la vida que conocía a los veintipocos años y me convertí en un solitario. Entonces, ¿por qué la idea de que ella pueda escurrirse entre mis dedos me incomoda, cuando normalmente estaría agradeciendo a Dios por no tener que herirla al terminar la relación?

¿Porque soy un bastardo consentido y, en este caso, la elección no será mía, sino de ella, dándome la espalda y marchándose?

No. Sé que puedo ser un maldito arrogante gran parte del tiempo, pero lo que me deja confundido sobre la certeza de que en cuatro semanas la perderé para siempre es que esta noche tuve, sin duda, el mejor sexo de mi vida.

A los treinta y ocho años, y habiendo tenido a lo largo del camino un número saludable de parejas, lo que ella me hizo sentir tiene mucho peso en mi mundo.

Sabía que la atracción entre nosotros era intensa y que, dada nuestra química, cuando nos acostáramos sería delicioso, pero jamás habría imaginado que una virgen completamente inexperta me dejaría tan loco.

Miro el reloj en la mesita de noche y veo que son las tres de la mañana.

El punto medio de todo. Demasiado temprano para entrenar. Demasiado tarde para estar despierto.

Bajo la mirada hacia la mujer que me robó el sueño y, sorprendido, descubro que está despierta y me observa en la penumbra de la habitación.

No aparta la vista cuando la descubro, pero sé, por la forma en que me mira, que lleva rato despierta, fingiendo dormir.

—¿Perdiste el sueño?

—Nunca me voy a olvidar de ti —dice, en lugar de responder a mi pregunta.

Algo así, después de una noche de sexo, encendería alarmas en mi cabeza, pero el efecto no es ese, sino otro: suena como si se estuviera despidiendo.

—Recién empezamos.

—Sí, tienes razón —responde, sin discutir.

Ella se baja de encima de mí y se recuesta boca arriba en la cama, mirando el techo.

—¿En qué estás pensando?

—Ahora me siento una adulta en el sentido completo de la palabra.

—¿Porque tuviste sexo?

—Porque decidí tener sexo con quien yo quise. Nada predeterminado.

Creo que sabe que la estoy mirando, pero no se gira.

Observo su cabello rojo cayendo sobre sus pechos como una cortina, la sábana suelta alrededor de su cintura. Sabrina parece una sirena seductora.

—Quédate más tiempo —digo, sin creer que realmente le estoy pidiendo eso.

Y, lo que es aún más sorprendente, no me responde.

—Sabrina.

—Creo que es mejor que no, Atticus. Hay algo que aprendí con la muerte de mi padre: tenemos que valernos por nosotros mismos, pero es bueno tener a alguien que junte nuestros pedazos si es necesario. Yo no tengo a esa persona. Si me hieren, voy a sangrar sola.

Racionalmente sé que tiene razón. Hasta hace unas horas, si alguien me hubiera dicho que le pediría que prolongáramos nuestra relación, me habría reído, pero después de poseerla esta noche, sé que un mes no será suficiente.

—Puedo volver en el futuro —dice, con un tono más liviano, casi jugando.

¿Así se habrán sentido las mujeres con las que estuve en el pasado cuando traté todo con indiferencia? Porque si es así, la sensación es jodidamente desagradable.

No sé cómo discutirlo. No tengo nada que ofrecerle. No soy una buena elección para una soñadora, pero hay algo que puedo darle, o mejor dicho, mostrarle: que necesitamos más de treinta días. No hay forma de que este deseo loco que sentimos el uno por el otro desaparezca en un mes.

Sin decir nada, me incorporo y la llevo sobre mi regazo, sentada en mis muslos.

Estoy en ese vacío entre el sueño y la realidad, pero mi cuerpo reacciona enseguida cuando mi miembro roza su entrada ya húmeda.

Sujeto sus caderas y froto su vulva contra mí. Con el cuerpo sensible por la excitación, Sabrina se apoya hacia atrás, mirándome con los ojos entrecerrados, bajando lentamente sobre mi verga.

La provocación inocente aumenta mi hambre y la sujeto por la nuca, enredando los dedos en su cabello mientras la mando, antes de besarla:

—Siéntate. Quiero sentirte bajar bien sobre mi verga.

Lo ordeno, pero al mismo tiempo la obligo a deslizarse, y ella gime, primero con los labios entreabiertos y luego mordiendo suavemente el inferior.

Empieza a moverse despacio y los dos gemimos.

—Mierda, Sabrina, qué delicia.

Apoyo sus muslos en mis antebrazos y la deslizo completamente sobre mí.

Ella se queja, pero se mete mi verga hasta el fondo.

Su rostro es pura lujuria, sus gemidos mi perdición.

Durante varios minutos, Sabrina me deja follarla como quiero, con su canal contrayéndose alrededor de mi miembro.

Hago que me tome muy profundamente, que cada parte de mí la posea.

—Muévete —ordeno, dándole una palmada en el trasero y tocándole el clítoris.

Ella rota las caderas en pequeños círculos, encontrando su ritmo, pero cuando pellizco suavemente su clítoris, el orgasmo la alcanza sin aviso y el calor de su placer dispara el mío, haciéndome llenarla de semen.

Solo minutos después, cuando siento el calor húmedo de nuestros cuerpos, me doy cuenta de que no usé preservativo.

¡Maldición!

—No usé preservativo.

Ella salta de mi regazo como si la hubiera mordido una serpiente.

—¡Oh, Dios mío!

—Lo siento. Cualquier...

—No hables. No va a pasar nada.

—No puedes estar segura.

No responde. Se levanta y va al baño, cerrando la puerta, y me siento un bastardo.

—Me haré cargo de cualquier consecuencia —digo, entrando al baño y metiéndome bajo la ducha con ella.

Sabrina no responde, pero cuando la abrazo, está temblando.

—No soy un canalla.

—Nunca dije que lo fueras, pero no puedo quedarme embarazada de ti.

—Vamos a cuidarnos de ahora en adelante.

—¿Ya ha pasado? —pregunta, preocupada.

—Nunca. Ni siquiera cuando perdí la virginidad a los quince. Estoy limpio. Tengo análisis que lo pueden comprobar.

—Está bien, te creo.

—No quiero que salgas de Zarofu hasta estar seguros.

Mi inconsciente se burla de mí en ese momento, preguntándome si me olvidé de colocarme el preservativo a propósito, pero sé que es una tontería. Nunca haría eso. No quiero hijos.

—Dentro de un mes lo sabremos. Pero estoy segura de que no voy a quedarme embarazada. Y entonces, cuando terminen los treinta días, podré irme.



Sabrina

Capítulo 38

Una semana después

—Creo que Acacia debe estar enfadada conmigo. Eres una mala influencia, Atticus —digo, en parte en broma, en parte en serio, justo después de colgar el teléfono tras hablar unos minutos con la gerente de Opa.

—No hacía falta que llamaras, Sabrina —dice él, viniendo hacia mí, con la camisa blanca de manga larga remangada hasta los codos, pero abierta en el pecho porque acaba de ponérsela y aún no ha tenido tiempo de abotonarla.

El sol se pondrá en unos minutos, y la luz dorada del atardecer realza aún más la belleza del griego.

Al día siguiente de nuestra aventura en Atenas, llegamos a Zarofu y él me convenció de pasar un día en su yate, extendiendo aún más mis vacaciones.

Un día se convirtió en una semana.

Por supuesto, hablé con Acacia antes de aceptar su plan loco de aislarnos del mundo, y me morí de vergüenza por haberla decepcionado, pero Atticus fue tan sutil como un hipopótamo en una tienda de cristales, avisando a su empleada de que necesitaba tiempo a solas con su “novia”: yo.

Acacia quiso hablar conmigo y le expliqué brevemente que sí, que estábamos juntos. No hizo más preguntas, como si ya lo esperara.

Si soy honesta, todavía no creo que estemos aquí, navegando como si no tuviera ninguna preocupación en la vida, lo cual está muy lejos de ser cierto.

Cada célula de mi cuerpo me grita que debería huir, porque estoy perdiendo el control sobre mí misma y, peor aún, sobre mis sentimientos. Desde nuestro día en Atenas, despierto y me duermo a su lado, respirando a Atticus a cada segundo.

Sigo mirándolo mientras se acerca, y cuando pasa sus brazos alrededor de mi cuerpo, me dejo estar, aunque sé que probablemente este sea uno de los últimos abrazos que reciba.

Tomé una decisión: en cuanto lleguemos a tierra firme, le contaré toda la verdad sobre quién soy y también lo que sé sobre la historia de Sylvie.

Este tiempo juntos ha cambiado algo entre nosotros. No sé si hay sentimientos de su parte, pero hay algo más que sexo.

Él me pidió que me quedara.

No solo aquella primera noche de pasión, en la que intenté convencerme de que lo había dicho en el fragor del momento. Varias veces en el barco, Atticus me dijo claramente que no quería solo un mes, que no necesitábamos ponernos un plazo. Creo que, igual que me pasó a mí, la intensidad de lo nuestro lo tomó por sorpresa, no solo por la atracción, sino porque cada minuto a su lado hace que no quiera irme.

No sé si él piensa en un futuro conmigo, pero incluso alguien tan poco segura de sí misma como yo entiende que, para un hombre como él, aceptar una relación sin fecha de caducidad es algo muy grande.

Aunque este tipo de acuerdo casual no es lo que espero de una relación, es mucho más de lo que teníamos al principio.

Atticus, poco a poco, está abriendo un camino para mí en su vida. Me habló de su familia, de lo que lo hizo irse de Lepaxos hace más de diez años.

La situación es tan sórdida que solo puedo pensar que nunca me lo contaría si no quisiera mantenerme cerca de verdad.

—¿Estás preocupada por ella? —pregunta cuando sigo en silencio entre sus brazos—. No lo estés. Tengo una sorpresa para ti cuando

desembarquemos —continúa, sin dar ninguna pista.

—¿De qué tipo?

—Si te lo dijera, dejaría de ser sorpresa.

—¿Y qué tiene que ver eso con Acacia o tu restaurante?

—Tiene que ver con tu profesión, así que de algún modo también está relacionado con tu trabajo en el restaurante.

Le conté sobre la propuesta de contrato que me hizo April, pero omití que me dará un anticipo para comprar todo lo necesario para empezar con la creación de las ilustraciones del sitio web.

—Antes de partir hacia Atenas, le advertí a Acacia que no me quedaría en Opa más de un mes, incluido ese día —digo.

Él me sostenía contra su cuerpo, pero se separa para mirarme.

—¿Por mi culpa?

—Principalmente por la propuesta de April. Y también porque no planeaba quedarme mucho tiempo en Grecia —respondo con sinceridad, aunque ahorairme es lo último que quiero—. Nunca vine con la intención de vivir aquí.

—¿Entonces por qué viniste, Sabrina? No encontraste la isla por casualidad.

A veces vuelve a este tema. Atticus no es tonto; sabe que mi elección fue más que el deseo de pasar un verano en una isla de millonarios.

Abro y cierro la boca, con la respuesta atrapada en la garganta. Necesito decir la verdad, pero no sé por dónde empezar.

—Yo... —empiezo, pero él pone un dedo sobre mis labios.

—Cuando amanezca, te llevaré a mi casa. Cenaremos y podrás contarme todo.

Debería decir que no, debería insistir, porque cuanto más pasa el tiempo, más nos involucramos y más me consume la sensación de estar siendo desleal, pero entonces recuerdo cuando me contó, ayer, que volvió a Lepaxos porque su madre intentó suicidarse.

Debe de estar sufriendo aún el duelo por su hijo. El miedo a lo enfadado que estará cuando descubra mi vínculo con Sylvie me hace aceptar cobardemente su propuesta de hablar solo cuando lleguemos a Zarofu.

—Está bien. Si no vamos a hablar, ¿qué haremos entonces? —lo provooco.

Él no responde. En cambio, me levanta en brazos y empieza a caminar hacia la cabina, y completamente entregada, me dejo llevar.



Atticus

En cuanto entramos en la cabina, le desato el sujetador del bikini al mismo tiempo que deshago el nudo de la braguita.

Con la misma hambre que siento, Sabrina me quita la camisa y la tira al suelo. Me quito el pantalón corto y los boxers, dejándolo todo enredado a mis pies; el deseo de tenerla me escapa de control, como siempre. Nunca me había sentido tan enganchado a una mujer. Jamás imaginé pasar días seguidos durmiendo y despertando con la misma persona, y sin embargo ahora la idea de volver a la isla no me atrae en absoluto.

No quiero compartirla con nadie.

La atraigo contra mí, deslizando los labios por la piel suave de su cuello, dejando un rastro húmedo.

Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos, buscando el calor entre sus muslos, y Sabrina deja escapar un gemido necesitado.

Después de días juntos, sé exactamente qué la enciende, cómo se rinde sin perder el control del todo. Podría hacerla llegar al orgasmo solo con los dedos, pero quiero sentir su vagina apretándose.

No importa cuántas veces la tenga, el deseo no baja ni un milímetro; al contrario, parece crecer.

La llevo frente al espejo de cuerpo entero de la cabina, y me quedo sin aire al ver su reflejo. Siempre la he visto hermosa, pero cuando está excitada, a punto de ser tomada, se convierte en una diosa.

Voy a la mesilla de noche y tomo un preservativo, que desenrollo sobre mi miembro. Desde aquella noche en Atenas en la que nos descuidamos, ella exige que siempre lo use, lo que me deja claro que, al igual que yo, no quiere hijos ahora. Mi lado cínico sabe que otras mujeres verían esto como un premio, pero Sabrina no es así. Es brutalmente honesta.

Me acerco a ella, con una mano acaricio su pezón endurecido y con la otra me apoyo sobre sus nalgas.

—Sujétate. Voy a follarte duro, novia.

El rubor en su rostro se intensifica, pero obedece.

Pruebo mi verga entre sus pliegues, metiendo solo la cabeza.

—Mírame.

Se muerde el labio, tímida, y sé que aunque le gusta lo que hacemos, aún le da vergüenza mi forma de hablar y cómo reacciona su cuerpo.

Separo sus nalgas y le meto la verga de golpe.

—Atticus...

—Así, gime mi nombre mientras te follo. No olvides quién está dentro de ti.

La follo como le prometí, con intensidad, el deseo rompiendo cualquier resto de lucidez.

Le muerdo los hombros y le devuelvo el beso, incapaz de mantener alguna parte de mí alejada de ella.

Muevo mis manos para agarrar sus caderas, y Sabrina gime de placer mientras el sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación.

Pierde el control y se resiste, queriendo aún más.

La follo sin piedad, penetrándola con embestidas profundas, y cuando se contrae, rindiéndose al clímax, la sigo, las olas del orgasmo me arrojan a un abismo cuya caída no tiene fin.

Salgo de su cuerpo solo porque respeto su voluntad. He eyaculado tanto que temo haber roto el preservativo. No la suelto; la abrazo por la cintura, pegando su espalda a mi pecho.

La beso en el cabello y, por unos minutos, nos quedamos así, sin palabras.

Y entonces me doy cuenta de que me estoy engañando, tratándola como si fuera algo pasajero o sin importancia en mi vida. Ninguna mujer me había hecho sentir más que un deseo momentáneo hasta que la conocí. No voy a dejarla ir.

—Quiero que vengas conmigo a Lepaxos.

—¿Qué?

—Voy a presentarte a la persona más importante de mi vida: mi abuela, *giagiá* Aikaterini Doukadoulos.

Ella se gira en mis brazos.

—¿Quieres que conozca a tu abuela? ¿Por qué?

—Porque eres mi novia.

—Eso no es razón suficiente. Lo nuestro...

—Lo *nuestro* hasta ahora ha sido solo un comienzo. Quiero mucho más.



Sabrina

Capítulo 39

—Recoge algunas cosas de tu casa y ven a la mía —dice él cuando estamos a punto de desembarcar.

—¿Qué?

—No tiene sentido volver a casa de Acacia de madrugada. Mañana estarás cansada. Deberías quedarte conmigo.

Mi corazón se acelera. De hecho, no ha dejado de hacerlo desde ayer, cuando Atticus me dijo que quería presentarme a su abuela.

Estar con él es como ser engullida por un maremoto: quiero perderme en esas aguas, pero al mismo tiempo sé que cuanto más me quede, mayores serán los daños.

—Tenemos que hablar —digo, y empiezo a bajar de la lancha que nos trajo desde el yate, pero él me detiene, sujetándome del brazo y obligándome a mirarlo.

—¿Por qué en ese tono?

—No sé a qué te refieres —improviso.

—Tono de despedida.

Aparto la mirada, me suelto y piso el muelle.

—No me estoy despidiendo, solo...

—Por fin.

Oigo una voz detrás de mí. La última persona a la que quisiera volver a ver en mi vida. Y noto cómo el rostro de Atticus se endurece de inmediato; su mandíbula, ya de por sí marcada, parece tensarse como si fuera a romperse.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunta, y un escalofrío de miedo me recorre el cuerpo. Nunca lo había visto hablarle así a alguien.

—Tranquilo, muchacho. No es contigo con quien quiero hablar, sino con mi hija. ¿Por qué no respondes mis mensajes, Sabrina?

Me tambaleo, las piernas me fallan, y observo horrorizada cómo Atticus da un paso atrás.

—¿Hija? —pregunta él, y siento como si la sangre se me fuera del cuerpo.

—Yo... puedo explicarlo.

—Ah, ¿él no lo sabía? —se burla Véronique, colocándose a mi lado de forma que ahora puedo verlos a ambos—. Pensé que eras bastante provinciana, criada por tu padre en esa vida sin glamour, pero tengo que admitir que hiciste una buena jugada, siguiendo los pasos de tu hermana y viniendo tras el primogénito.

—Por favor... —suplico, mirando a la mujer que me dio la vida, aunque ni siquiera sé qué estoy pidiendo exactamente. Probablemente que no me destruya, que me deje explicarme, porque con cada palabra de Véronique veo el rostro de Atticus transformarse en una máscara de rabia y decepción.

—Me costó encontrarte. Solo lo logré porque sigo las columnas de chismes —continúa, indiferente a mi súplica—. Vi una foto de ustedes dos saliendo de un bar en esta isla. Quizá fui injusta contigo en París. Debo admitir que eres más inteligente de lo que pensaba.

—Basta, mamá —repito, sintiendo que voy a vomitar.

El nerviosismo me hace usar ese título por primera vez, quizá intentando de forma inconsciente que aparezca algo humano en ella.

—No te preocupes, Sabrina, no he venido a arruinarles nada. Solo quiero lo que me pertenece. Ya que conseguiste un buen partido, y si eres lista, saldrás de esta relación con los bolsillos llenos, no te importará renunciar a la herencia que tu hermana te dejó.

—¿Herencia? Nada de lo que estás diciendo tiene sentido.

—Thales, ese chico generoso, transfirió cerca de medio millón de euros a la cuenta de tu hermana. Por alguna razón que desconozco, quizá por tu habilidad para hacerte la víctima, Sabrina, Sylvie te lo dejó todo a ti. Quiero ese dinero. Me lo merezco, y estoy segura de

que la familia Doukadoulos no quiere otro escándalo. Tienes una semana para decidir. Si no lo haces, iré a las revistas y venderé la historia de nuestra conexión. Las páginas de celebridades llaman a la novia con la que Atticus fue visto aquí en Zarofu “la mujer misteriosa”, pero estoy segura de que les encantaría descubrir que el gusto de los hermanos Doukadoulos es muy parecido, y que tú y Sylvie eran hermanas.

Se da la vuelta y escucho sus pasos alejarse mientras yo apenas puedo respirar.

—Atticus...

El hombre que había estado conmigo todos estos días ha desaparecido, convertido en un desconocido. Ya no hay cercanía entre nosotros. En su lugar, se ha formado un abismo.

—¿Es verdad? —pregunta, y le ruego a Dios que se refiera a mi ascendencia, porque no quiero creer que, incluso en este corto tiempo que nos conocemos, no haya aprendido al menos un poco sobre mí.

¿Cree que vine aquí a estafarlo?

—Sí, ella es mi madre —digo, avergonzada.

—De eso no tenía duda. Son muy parecidas. Me refiero a todo lo demás.

Abro la boca para hablar, pero antes de que pueda, continúa:

—¿Sabes qué? No te molestes. Nunca voy a volver a creer una sola palabra de tu boca mentirosa.

Niega con la cabeza mirando al cielo y luego se pasa ambas manos por su rostro.

—No vas a salir de Zarofu hasta que se confirme si estás embarazada, pero no vuelvas a acercarte a mí ni a mi restaurante. Si crees que tú y tu madre van a ponerle las manos encima al dinero que dejó mi hermano, te doy mi palabra de que no lo harán. Te demandaré, y cuando gane -porque ganaré, Sabrina- lo donaré todo a la primera organización benéfica que encuentre, pero no dejaré ni un solo centavo en manos de dos estafadoras.

—¿Tú crees...? ¿Tú piensas...? —logro decir, sin poder terminar, mientras las lágrimas me caen por las mejillas.

—Ahorra tus mentiras —dice, volviendo hacia la lancha, pero antes de subir se gira una última vez—. Si crees que te has sacado la lotería al involucrarte conmigo, te equivocas. Si estás embarazada de mi hijo, me lo llevaré en cuanto nazca. Jamás te acercarás a él. No quiero que tu influencia ni tu carácter corrompan a mi heredero.



—April, necesito ayuda —digo por teléfono, intentando mantener la calma mientras meto a toda prisa las pocas cosas que tengo en la maleta.

—*Sabrina, ¿estás llorando?*

No lo estaba. Creía que ya había llorado todo en el camino desde el muelle hasta la casa de Acacia, sin importar quién me mirara, pero en cuanto lo dice, rompo a llorar otra vez.

—Necesito salir de Zarofu. Te lo contaré todo después, pero por favor, no tengo a nadie más.

—*Cálmate. Espera diez minutos y te llamo.*

Media hora después, estoy de camino al aeropuerto.

April me dijo que habría un billete para mí hacia Atenas y otro cuando llegara al aeropuerto internacional hacia Estambul.

No tenía intención de contarle mis problemas, sobre todo porque tiene un bebé pequeño, pero temo que si me quedo sola, voy a perder la cabeza.



Sabrina

Capítulo 40

**Estambul
Turquía**

—Yo no me voy a quedar contigo. Solo necesitaba a alguien que me abrazara —digo, apenas veo a April cuando bajo del coche que me trajo del aeropuerto.

Ella no dice nada; simplemente me atrae hacia sí.

Cuando aterricé, había un guardaespaldas esperándome, y me trajo hasta lo que imagino que es su casa. Una mansión, en realidad.

—Lo siento. No pretendía montar este espectáculo, pero de verdad no soy tan fuerte como creía.

—Vamos a entrar —dice ella cuando dejo de llorar.

Entramos en la casa y finjo no notar las miradas sorprendidas de los empleados, probablemente por el estado en el que llego.

Me lleva a un balcón, donde una mesa preparada para el almuerzo nos espera.

—No sé si voy a poder comer —confieso después de sentarme.

—No te preocupes por eso. Tal vez deberías, pero entiendo si no puedes. Cuéntame qué pasó.

—Ni siquiera sé por dónde empezar, así que voy a intentar hacer una línea de tiempo, ¿de acuerdo?

Ella asiente.

—Mi padre era griego, como ya te dije. En un viaje de vacaciones a Brasil conoció a mi madre, Verónica Oliveira, que aunque nació allí, era mitad francesa por parte paterna. Fue una relación relámpago. Ella se quedó embarazada, yo nací y después mi madre nos abandonó.

—¿Te abandonó?

—Se fue de Brasil. Tenía pasaporte francés. Mi padre se enamoró de Río de Janeiro y decidió quedarse a vivir allí, tanto porque amaba el país como porque quería que yo creciera entre ambas culturas. Planeaba llevarme algún día a Grecia también, pero una crisis económica acabó con sus ahorros y empezamos a vivir al límite. El viaje nunca ocurrió. Nuestra situación financiera era inestable. Llegó a abrir un restaurante, pero quebró unos años después y volvimos a ser pobres. Yo estudiaba y trabajaba, pero mi padre enfermó, no teníamos seguro médico y nuestros ahorros se fueron en gastos que la sanidad pública no cubría.

No detallo el año en que mi padre enfermó hasta el día en que perdió la batalla contra la muerte, porque ya se lo había contado antes.

—¿Tu madre no los buscó?

—No. Durante toda mi vida no supe nada de ella. Nunca nos llamó. Solo apareció el día del entierro de mi padre, en el cementerio.

—Quizá todavía lo quería.

—No estoy segura de que ella pueda querer a alguien aparte de sí misma, pero en ese momento yo no lo sabía e intenté acercarme. No le pedí nada, solo buscaba algo de calor humano, pero creo que no lo entendió así. Pensó que quería dinero y me dijo que, aunque lamentaba mi situación, ya era adulta y debía arreglármelas sola.

Veo el disgusto en el rostro de April mientras me escucha.

—Continúa, por favor —pide.

—Unos dos meses después de la muerte de mi padre, recibí una llamada de una mujer que dijo ser mi hermana. —Respiro hondo antes de seguir—. Se llamaba Sylvie Côté.

—¿Qué? —pregunta, abriendo los ojos—. Pero esa mujer... ella era...

—La novia que estaba con Thales Doukadoulos cuando tuvo el accidente fatal —termino por ella.

—¡Dios mío!

—Por favor, no me juzgues antes de que te lo cuente todo.

—No te estoy juzgando, Sabrina, solo estoy en shock.

—Lo sé. Créeme, ahora lo entenderás todo. —Tomo el vaso de jugo y bebo, más para ganar tiempo que por sed—. La conexión entre nosotras fue instantánea. Amor fraternal a primera vista. En pocos meses era como si hubiéramos crecido juntas toda la vida.

—Ahora lo que me contaste antes tiene sentido. No se llevaba bien con tu madre, ¿no?

—No, pero no tenía a nadie más que a mí. Y solo supo de mi existencia después de que mi padre murió, como ya te conté en la fiesta de tu suegra.

Ella asiente.

—Sylvie me confesó que tenía un novio y que él había roto un compromiso una semana después de conocerse, pero que la prometida no aceptaba la ruptura.

—¿Qué? ¿Entonces la historia que la ex cuñada de Atticus ha contado en los periódicos de que hubo una infidelidad es mentira?

—Estoy segura de que sí. Sylvie me dijo que ni siquiera dejó que él la besara antes de romper su compromiso con Calliope. Thales y mi hermana estaban locos el uno por el otro, April. Un amor que no deja lugar a dudas a la vista de cualquiera que los observe.

—Dios, qué tristeza.

—Sí. El fin de semana en que murieron, yo debía viajar con ellos, pero en lugar de eso me quedé en París esperando a mi prometido, que venía desde Brasil. Él fue conmigo a Francia cuando conocí a Sylvie, pero tuvo que volver por trabajo. Sin embargo, unos meses después, quiso visitarme de nuevo.

—Y entonces ocurrió la tragedia.

—Sí. El coche en el que iban Sylvie y Thales se salió de la carretera en un precipicio y ambos murieron en el acto.

—No tengo palabras... qué dolor tan grande. Eran tan jóvenes, sobre todo tu hermana.

Me quedo casi un minuto en silencio, buscando cómo continuar.

—Fui al funeral de Thales. Su familia no quería ningún contacto con la nuestra por el escándalo que Calliope provocó en la prensa. Alimentó los rumores de la infidelidad, pero aun así yo los observé desde lejos. Thales había dejado en su testamento el deseo de que, si algo le ocurría, él y mi hermana fueran enterrados en la misma tumba.

—¿Y respetaron su voluntad?

—Sí. Sylvie está en el panteón de la familia Doukadoulos, pero por lo que te dije, los griegos exigieron que los funerales fueran en días distintos. Después de enterrar a mi hermana, vagué sin rumbo por las calles de París. Ya no podía llorar. En cuestión de meses, perdí a dos personas importantes en mi vida.

—¿Pensabas volver a Brasil?

—No tenía otra opción. Había ahorrado trabajando como ayudante de cocina en un restaurante de París mientras vivía con Sylvie, pero no podía mantener el apartamento sola.

—¿Entonces volverías a tu país con tu prometido?

—Sí, pero como ya te conté, cuando llegué a casa después del funeral, lo encontré teniendo sexo con otra mujer.

—¿Llevó a una desconocida a tu apartamento? ¡Qué hombre tan asqueroso!

—No era una desconocida. Era mi madre.



Sabrina

Capítulo 41

—Sabrina...

—No necesitas sentir lástima por esto. Ya no estoy sufriendo. Cuando miro hacia atrás, lo único que siento es rabia al recordar cómo los pillé a los dos.

—No sé qué me impacta más: la traición de dos personas tan cercanas a ti, o que tu madre se acostara con el prometido de su hija pocas horas después de que Sylvie fuera enterrada.

—Verónica, o mejor dicho, *Véronique Côté*, no se preocupa por nada ni por nadie que no sea ella misma, April.

—¿Y qué hiciste?

—Los eché del apartamento primero; al fin y al cabo, mi hermana me lo había alquilado. Después me encerré a lamer mis heridas. Fueron días horribles en los que lloré la muerte de Sylvie y la de mi padre, y también la traición de Joel, que aunque no era el amor de mi vida como una prometida debería sentir por el hombre con el que pensaba pasar el resto de su vida, sí lo consideraba un amigo.

—Ni siquiera puedo imaginar cómo te sentiste.

—Los primeros días me negué a hablar con él. Pero no se rendía: me tocaba el timbre sin parar hasta que acepté bajar y hablar. Salir del apartamento fue un punto de inflexión. Sentí el sol en la piel y me di cuenta de que, pese a todo, todavía tenía una vida por vivir. Hablamos y dejé que me dijera lo que quisiera. Me culpó de seguir siendo virgen, e incluso dijo que mi madre lo había seducido.

—¿Seducir a un hombre adulto? No me lo creo. La situación es demasiado sórdida. Cualquier traición ya lo sería, pero hacerlo con tu madre lo vuelve monstruoso.

—Lo escuché durante casi una hora.

—Eres una santa.

—No, te equivocas. Lo escuché, pero *no le presté atención*. Lo dejé hablar, pero mi decisión ya estaba tomada. Lo eché y le dije que nunca lo perdonaría. Al final me creyó y se fue. Ese día seguí caminando, pensando en los buenos momentos que viví desde que llegué a Europa y en lo importante que fue conocer a mi hermana, aunque muriera tan joven.

—Qué injusto que hayan muerto.

—Sí. En fin, pensaba quedarme un poco más en París. No me veía como viajera, sobre todo por falta de dinero. Y entonces, al pasar por un quiosco, vi un titular en el que acusaban a mi hermana de ser una prostituta oportunista.

No puedo evitar una lágrima y April me toma la mano, apretándola con apoyo.

—Los periodistas pueden ser horribles cuando quieren.

—Sí, pero leer eso me hizo tomar una decisión: iba a limpiar el nombre de Sylvie. Sabía que las dos personas más importantes para Thales eran su hermano mayor, Atticus, y su abuela. Elegí lo lógico: acercarme a él, ya que la abuela seguramente seguía sufriendo la pérdida de su nieto.

—Entonces por eso viajaste a Zarofu.

—Exacto. Te juro, April, que nunca tuve la intención de involucrarme con Atticus, pero desde el primer segundo que nos vimos, saltaron chispas entre nosotros.

Le cuento rápidamente el momento en que nos conocimos, incluyendo la invitación nada sutil de Zehab para que durmiera con él cuando me encontró en el Opa Tavern.

Por primera vez desde que llegué, April sonríe.

—Me lo imagino perfectamente. Perdona a mi cuñado, es un descarado. Las mujeres se le tiran encima. De hecho, lo mismo pasa con todos los Yavuz Aydin, incluso los casados.

—Porque son guapos.

—Sí, mi suegra produjo una camada bastante impresionante de turcos arrogantes. Ahora, continúa con tu historia.

Le cuento el día en que Calliope estuvo en el restaurante y cómo a partir de ahí mi relación con Atticus cambió. Le cuento de su propuesta y ella se tapa la cara con las manos, probablemente para ocultar una sonrisa.

—Si hubieras hablado conmigo, te habría dicho: huye. Viví algo parecido con Kahraman, pero peor porque nuestro acuerdo implicaba dinero —dice, sin entrar en detalles—. Lo que quiero decir es que las probabilidades de salir con el corazón intacto de una relación relámpago con hombres así son prácticamente nulas.

Miro el plato sin tocar.

—Me enamoré de él.

—Ya lo intuía. ¿Qué hizo Atticus, Sabrina? —pregunta, con un tono de voz que delata su decepción.

Sé que no es solo su esposo quien es cercano a Atticus; April también lo aprecia.

Le cuento nuestro viaje a Atenas con bastante detalle, incluyendo que perdí mi virginidad.

—Me pidió más tiempo, sin plazos, y lo único que yo quería era decirle la verdad sobre quién era, pero fui una cobarde. Quería vivir esos días, porque sabía que, aunque me escuchara y creyera lo de Sylvie, nunca me perdonaría por haberme acercado a él mediante una mentira o, al menos, una omisión.

—No puedo discutir eso. Ni el hecho de que debiste decirle la verdad antes, ni que probablemente la relación habría cambiado cuando supiera por qué viniste a Zarofu. Hombres como Atticus y mi marido no creen en segundas oportunidades. Son orgullosos. No perdonan mentiras.

—No fue una mentira, fue una omisión. Los periódicos estaban arrastrando el nombre de mi hermana por el barro, y mi madre no dejaba de dar entrevistas sobre la muerte de su hija y su “yerno”. Yo quería hacerme su amiga y luego demostrarle que nosotras no éramos como Véronique.

—Creo que tus intenciones eran buenas.

—¿Y también que nunca quise involucrarme con él?

—Sí, pero es guapo y seductor, ¿no?

Asiento.

—Mi corazón no tuvo ninguna oportunidad. Sobre todo después de los días que pasamos aislados en el yate.

—¿Pero qué salió mal?

—Hoy, cuando llegamos a Zarofu, mi madre nos estaba esperando en el muelle.

—¡Dios mío!

—Había leído una noticia en una columna de chismes con una foto de nosotros dos y me reconoció. Fue a la isla y Acacia, sin saber nada, reveló que el jefe estaba de viaje.

Esa parte la sé porque le envié un mensaje a Acacia contándole que me iba y agradeciéndole haberme acogido. También le expliqué quién era y lo que había pasado más o menos.

Pensé que se enfadaría, pero me respondió con diez mensajes enormes diciendo que lo lamentaba, que seguía apreciándome y que no creía ni por un segundo que yo tuviera malas intenciones. También me contó que mi madre fue al Opa a buscar a Atticus y luego preguntó por mí.

Cuando descubrió que ninguno de los dos estaba en la isla, Véronique ató cabos.

Le relato a April el espectáculo que hizo mi madre en el muelle y que no tuve oportunidad de hablar.

—¿Y él no quiso escucharte después?

—No. No quiso escucharme. Me pidió que le ahorrara más mentiras.

—Lo siento tanto, April.

—Hay algo más que debes saber. Tuvimos relaciones una vez sin preservativo y, por eso, aunque todo esto haya pasado, él quería que me quedara en Zarofu hasta estar seguros de que no estoy embarazada.

—¡Dios santo!

—Pero tuve que irme, April, porque aunque creo que no lo estoy, si se confirma un embarazo, necesito escapar de él.

—¿Por qué? Atticus nunca te haría daño, Sabrina. Puede estar enfadado, pero no te haría daño físico.

—Yo también lo creo, pero dijo que si estoy embarazada de su hijo, me quitaría al bebé al nacer y que nunca me dejaría acercarme.

—Estaba furioso, cariño. Fueron palabras duras, pero dudo que sean verdad. Los griegos valoran la familia. Nunca separarían a una madre de su hijo.

—¿Ni siquiera una madre a la que considera una estafadora?

—Atticus te mantendría bajo control, pero no te impediría ver a tu hijo. Estás dolida, lo entiendo, pero intenta ponerte en su lugar.

—Lo intenté en el avión, y creo que si la situación fuera al revés yo pensaría lo mismo de él... pero no voy a arriesgarme a perder a mi hijo si estoy embarazada, April. Y hay algo más que quiero pedirte: lo que dijo mi madre sobre la herencia que dejó mi hermana, del dinero que Thales transfirió, debe ser verdad. Véronique está desesperada por conseguirlo, pero según ella todo me pertenece a mí.

—¿Qué quieres hacer?

—Devolverlo todo a los Doukadoulos. No quiero ni un centavo de esa gente. ¿Puedes ayudarme a resolverlo?



Atticus

Capítulo 42

Atenas

Tres meses después

—Tengo noticias de Sabrina —dice Kahraman apenas después de saludarme.

Siento un músculo tensarse en mi mandíbula, pero mantengo la expresión neutra.

—¿Sabes dónde está?

—En Estambul.

—¿Qué?

—Después de que ustedes dos rompieron, ella se mudó allí.

Una parte de mí quiere sentirse traicionada porque mis amigos le dieron refugio a esa mentirosa, pero otra, una parte estúpida de mi cerebro, se alegra de saber que está bien.

—Pero no he venido a hablar de tu relación.

—¿Entonces a qué? Siempre eres bienvenido, pero dudo que hayas salido de tu país para visitarme en plena semana —respondo, sentado en mi despacho en Atenas.

—Antes de decirte por qué he venido, déjame decirte que tienes un aspecto de mierda.

—¿Y has venido desde Estambul para hablar de mi aspecto?

Él sonríe, sentándose frente a mi escritorio y observando la sala.

—¿Qué estás haciendo aquí, Atticus? Odias las oficinas.

—He decidido hacerme cargo de los negocios de la familia.

Veo la sorpresa en su rostro y, como buen Yavuz Aydin, pregunta enseguida:

—¿También te harás cargo de la exprometida de tu hermano?

—Eso no tiene nada que ver con Calliope. Estoy cumpliendo un pedido de mi abuela, que me rogó que no vendiera las empresas. Aún le quedan algunos años de vida. Cumpliré su voluntad y, después de su fallecimiento, decidiré qué hacer.

—Y mientras tanto, ¿simplemente estás dejando de lado tus deseos?

—No tengo deseos.

—Todo el mundo tiene deseos.

—¿Qué quieres, Kahraman?

Saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo deja sobre mi escritorio.

—¿De qué se trata?

—Ábrelo.

Reconozco el membrete del despacho de abogados del que Emir, su hermano, es socio mayoritario.

Abro la carta y la leo tres veces, sin poder creerlo, porque no encaja con nada de lo que sé sobre Sabrina.

—¿Qué significa esto?

—No quiere la herencia que recibió de su hermana. Te lo ha transferido todo a ti.

A pesar de lo que dije aquel día, no fui tras el dinero. Es una cantidad insignificante comparada con lo que poseo, y si fue el deseo de mi hermano dejar parte de su patrimonio a esa gente, no iba a ir en contra de su voluntad.

Cuando me separé de Sabrina, salí de nuevo en el yate. Pasé siete días incomunicado, hablando solo con mi abuela. Cuando finalmente creí que la rabia estaba bajo control, volví a Zarofu para hablar con ella sobre qué haríamos si estuviera embarazada. Esta vez, sin el odio que me consumía cuando la amenacé con quitarle al bebé.

Fue entonces cuando descubrí por Acacia que se había ido sin despedirse, enviando un mensaje recién días después. Mi gerente no

tenía idea de a dónde había huido; mi resentimiento volvió con fuerza al imaginar que ella trataría el embarazo como un premio de lotería, chantajeándome con el bebé si estuviera esperando a mi heredero.

Ordené que la buscaran en Brasil. Era el destino lógico al que huiría, porque si el niño nacía allí tendría que enfrentar una batalla legal larga para traerlo a Grecia, y aun así no había garantías.

Rápidamente descubrí que no había regresado a su país, y desde entonces la he estado buscando por Europa. Nunca imaginé que estuviera refugiada con April, aunque ya sabía que eran casi amigas.

—¿Cuál es el plan? —pregunto.

—No hay ningún plan, Atticus. No soy cupido ni quiero serlo, pero si quieres un consejo de alguien que casi pierde a la mujer que ama, deja el orgullo a un lado y escúchala antes de que sea demasiado tarde.

—El “demasiado tarde” ya llegó en el momento en que Sabrina se acercó a mí usando engaños, mintiendo. Su madre la acusó de haberme buscado con un propósito, y ella nunca lo negó. Yo escuché su conversación.

—Su madre no la crió.

—Sí, eso me dijo ella, pero ya no creo nada de lo que dice. Lo único que quiero es saber si está embarazada de mi hijo. Si está esperando a mi heredero, tendremos que convivir por el bien del niño.

Él no responde y la desconfianza me enfría la sangre.

—¿Está embarazada?

—No he venido a entrometerme entre ustedes, Atticus. Hazle esa pregunta a ella.

—Lo habría hecho si no se hubiera pasado los últimos meses escondiéndose de mí.

—Aún estás a tiempo.

—No vas a decirme nada... ¿Quieres que vuele a Estambul para buscarla?

—Soy tu amigo. Quiero que hagas lo correcto antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y lo correcto es traer de vuelta a mi vida a la mujer que me mintió? ¿La misma que trabajó en mi restaurante, viajó conmigo, durmió en mi cama sabiendo que cuando lo supiera la odiaría?

—¿Por su hermana?

—No solo por eso. Principalmente por la mentira.

Se levanta y camina hacia la puerta.

—No voy a intentar convencerte, Atticus. He hecho lo que tenía que hacer. Espero que cuando decidas hablar con ella, no sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Él sonríe.

—Solo lo sabrás si vas a Estambul.



Sabrina

Capítulo 43

—Está hecho —me dice April después de colgar con Kahraman, y siento cómo por fin puedo soltar un suspiro de alivio.

—Me saqué un peso enorme de encima.

En nuestra primera conversación, apenas llegué a Turquía, April me prometió ayudarme a devolver el dinero de los Doukadoulos, pero aun así hicieron falta casi dos meses para que su cuñado, que es abogado, resolviera el asunto.

Increíblemente, Véronique nunca cumplió su amenaza, y no tengo idea de qué la detuvo. Lo único que sé es que no volvió a salir ni una sola noticia sobre nosotros en los periódicos.

No sé si dejó de buscarme porque cambié de número para cortarle cualquier contacto.

Nos enseñan a honrar a nuestro padre y a nuestra madre, pero esta mujer no es mi madre. Ella solo me dio a luz.

Véronique es tóxica y cruel. Me abandonó cuando aún era un bebé. Podría no haber amado a mi padre, podría no haber querido saber nada de él e incluso haberme dejado con él, y aun así haber estado presente en mi vida.

Pero eligió ignorarme por completo. Y cuando años después nos reencontramos, se acostó con mi prometido.

Y para rematarlo, inventó aquellas mentiras sobre Atticus.

¿O quizá para ella no eran mentiras?

Me lo he preguntado cientos de veces y he llegado a la conclusión de que, según su moral distorsionada, tal vez de verdad creyó que, por ser pobre, yo intentaba aprovecharme de la situación, seduciéndolo y dándole un golpe a la familia de Thales.

—Lo sé —dice por fin—, pero haber devuelto el dinero a Atticus no cambia el hecho de que tienes que decirle lo del bebé, Sabrina. Soy tu amiga y siempre te apoyaré, pero él tiene derecho a saber que va a ser padre.

Asiento y suelto un suspiro, con el corazón acelerado, porque la sola idea de hablar con él por teléfono me aterra.

—Tengo miedo. Él dijo...

—Sí, ya sé lo que dijo, pero como te dije aquel día, no creo ni por un segundo que cumpliera esa amenaza. Estaba enfadado, y, siendo sinceras, en ese contexto es comprensible.

—No estoy diciendo que no tenga derecho a sentirse traicionado, April. Con lo que dijo Véronique, puedo entenderlo. Pero aun así, no confío en que no vaya a apartarme de mi hijo.

—Te dije que cuando me quedé embarazada de Kahraman, ni siquiera podía verlo delante de mí, ¿recuerdas?

—Pero en ese caso tenías razón. En el mío, la equivocada soy yo, porque nunca debí involucrarme con él, ni física ni emocionalmente. Sin embargo, eso no cambia que no voy a renunciar a mi bebé.

Cuando descubrí que estaba embarazada, mi primer impulso fue huir a Brasil, pero April me convenció de no hacerlo. Me prometió que estaría a mi lado, y lo ha cumplido.

Estoy viviendo en un apartamento que pertenece a Kahraman, aunque me empeño en pagar al menos un alquiler simbólico. He estado trabajando sin parar en las artes del sitio web de April y en las ilustraciones para el libro de la amiga de Ophelia, e incluso ya tengo encargos de otras dos autoras.

Solo no he aceptado más trabajos porque a veces me siento mareada. Consulté con el mismo obstetra que atendió el parto de Hamza, su hijo, y me dijo que los análisis están bien. Que lo único que necesito es descansar más y estresarme menos.

¿Cómo explico que la razón de mi estrés es que me despierto en mitad de la noche mirando el techo y preguntándome si tendré que

huir con mi bebé cuando nazca?

—Tengo algo más que decirte, pero no quiero que te pongas como loca, ¿de acuerdo?

Solo esa frase hace que el corazón se me dispare.

—¿Qué has hecho?

—Nada, pero... ¿de verdad pensaste que el hecho de que Kahraman fuera a Grecia a hablar con Atticus sobre la devolución del dinero no iba a tener consecuencias? Él vendrá a Estambul.

—¿Qué?

Me levanto de un salto del sofá y la sala empieza a dar vueltas.

—Sabrina...

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Dios mío, no quería decírtelo así.

—No quiero verlo.

—Cálmate.

—Prométeme que no voy a verlo, April.

—Cariño, no puedo prometerte eso. Pero sí puedo decirte que estaré contigo todo el tiempo si quieres, y también puedo poner un equipo de seguridad si lo necesitas, aunque no creo que haga falta.

Vuelvo a sentarme, bajo la cabeza entre las piernas e intento no desmayarme.

Unos minutos después estoy mejor y bebo el vaso de agua que April me trae.

—Voy a llamar a una enfermera para que pase la noche contigo, y también a mi médico para que venga a verte.

—No hace falta. Ya estoy mejor.

—Hazlo por mí, para que me quede tranquila.

—Está bien... Dijiste que él vendrá, ¿no?

—Sí. Y puedo quedarme contigo cuando hablen.

—No. No voy a recibirlo en mi apartamento. Necesito un lugar público. Me odia.

—Creo que Atticus se enamoró de ti, Sabrina. Por lo que me has contado, eso fue lo que pasó, y descubrir la verdad de esa forma tan horrible le hizo perder el control.

—Estoy de acuerdo en parte. Me he puesto en su lugar muchas veces, pero aun así no voy a arriesgarme a perder la custodia de mi

hijo.

—¿Al menos vas a hablar con él?

—Sí, pero no aquí. Quiero un restaurante.

—Lo organizaré en uno de los restaurantes de Qasim, y casualmente yo también estaré allí ese día.

—Eres la mejor amiga que podría tener, April.

—Demuéstramelo siendo feliz. Necesitas calmarte. Cuanto más avance el embarazo, más peligroso es el estrés.

—Gran parte de mi estrés es no saber si tendré que huir.

—¿Qué?

—Pienso en eso todas las noches. En si tendré que huir con mi hijo.

—Absolutamente no. Te lo juro, nadie va a apartarte de tu bebé, Sabrina.



Atticus

Capítulo 44

—*No puedes alterarla* —es lo primero que dice April cuando atiendo su llamada.

Me resistí a pasar por encima de mi orgullo y buscar a Sabrina, pero al final el asunto de un posible embarazo pesó más.

El dinero que devolvió no significa nada. Puede que solo haya sido un recurso para fingir honestidad.

Sin embargo, necesito saber si voy a ser padre.

—¿Qué significa eso? —pregunto, intentando sacar cualquier pista sobre si está embarazada o no.

—*Sabrina no se ha sentido bien. Ya se ha desmayado dos veces.*

"Eso no es asunto tuyo", me advierte una voz interna, pero la callo y sigo:

—¿Está enferma?

—*Solo muy estresada y con mucho trabajo. También duerme poco, y no es una situación ideal.*

"¿Ideal para qué?", quiero preguntar, pero sé que no voy a obtener ninguna respuesta útil.

—Quiero verla. Por eso he venido.

—*Sí, me lo imaginé cuando me llamaste la primera vez. Sabrina aceptó recibirte.*

Siento cómo se me acelera el pulso y me odio por ello.

—¿Dónde está?

—*En uno de nuestros apartamentos.*

—Necesito la dirección.
—No. *Ella no quiere verte allí. Dijo que aceptaría encontrarte en un lugar público.*
—Nunca le haría daño.
—*Hay más formas de herir a alguien que físicamente.*
—Hablas como si estuvieras segura de su sinceridad.
—*Quizá porque me he tomado el tiempo de escucharla. No tengo muchos amigos, Atticus, y no me apegó fácilmente a la gente, así que confío en mi intuición y en mi criterio. Sé lo que ocurrió entre ustedes y entiendo que, desde tu punto de vista, después de lo que escuchaste, creas que Sabrina te engañó deliberadamente, pero no fue así. Sin embargo, esa no es mi historia para contar.*
—No hay nada que contar.
—*Te equivocas, amigo. Hay mucho que contar. La duda es si ella te dará la oportunidad de escucharlo.*
—Envíame la dirección del restaurante. Y no te preocupes, no pienso quedarme mucho. Solo quiero saber...
—*Ya sé lo que quieres saber, y te deseo suerte cuando descubras toda la verdad. La vas a necesitar.*



Sabrina

Me niego a mirarme al espejo en cuanto termino de vestirme. Tengo miedo de que mi corazón traicionero me haga ceder y arreglarme el pelo o maquillarme para disimular la palidez.

No voy a una cita. Voy a decirle a Atticus, un hombre que me odia, que va a ser padre de mi hijo.

Me pongo sandalias de tacón medio porque no quiero estar en demasiada desventaja cuando estemos frente a frente, rezo para

que la conversación sea corta y sentados, aunque dudo poder comer algo.

Llevo casi veinticuatro horas sin dormir desde que supe que él vendría a Turquía, y ahora necesito sacar toda la fuerza que tengo, la misma que me sostuvo cuando enterré a mi padre y a mi hermana, para enfrentarlo.

Apenas noto el paisaje mientras el coche con chófer de mi amiga recorre las calles de Estambul. Ella insistió en enviarlo a buscarme y traerme, ya que no podrá acompañarme hoy: Hamza tiene fiebre.

Sin embargo, me dijo que Qasim estaría en este restaurante esta noche, porque es uno de los que le pertenecen.

He aprendido a querer Turquía. La familia de Kahraman es alegre y los almuerzos en casa de la suegra de April son divertidos, pero echo de menos el mar, la vida que tenía en Zarofu.

Olvidalo, Sabrina. Ese nunca fue tu mundo.

Un rato después, el coche se detiene frente al restaurante. Acepto la ayuda del chofer para bajar no porque quiera ser cuidada, sino porque no confío en mis piernas.

Camino con la cabeza baja, vigilando cada paso para no tropezar.

Si no fuera obligatorio, hoy no saldría de casa. Estoy agotada.

La *receptionista* me saluda y le devuelvo una sonrisa falsa. Luego me acompaña hasta la mesa.

He llegado quince minutos antes para poder calmarme antes de verlo. Para intentar actuar con normalidad cuando, en realidad, la idea de estar frente a Atticus otra vez me rompe por dentro.

Siguiendo a la guapa rubia, doy la vuelta entre unas mesas, pero en cuanto levanto la vista, me quedo paralizada, con todo mi cuerpo rígido por los nervios, porque Atticus ya está aquí y cuando me ve acercarme, se levanta de su mesa.

No se parece al hombre que conocí: bronceado, arrogante pero relajado, con jeans y camisas de lino. Ahora, parece uno de esos multimillonarios de las películas románticas. Como uno de los hermanos Yavuz Aydin, con un impecable traje azul marino de tres piezas.

La impactante belleza del padre de mi hijo ahora es aún más pronunciada, pero de una manera que lo hace imponente y a la vez

inalcanzable.

Siento cómo sus ojos recorren mi cuerpo y se detienen en mi vientre. Y eso me arranca del trance, recordándome por qué estoy aquí.



Atticus

Capítulo 45

Mi primera observación sobre ella me impacta.

La cascada de cabello rojo cayendo por su espalda y sus hombros; el rostro en forma de corazón, los pómulos altos, la piel luminosa.

Es la imagen que tenía en mi memoria.

Una diosa pelirroja que me hechizó desde el primer segundo en que la vi.

Y entonces, mi mirada recorre el resto de su cuerpo y me doy cuenta de que el vestido que lleva Sabrina, el mismo del día en que la conocí, es al menos dos tallas más grande de lo que su cuerpo necesitaría.

Mis ojos bajan automáticamente hacia su vientre, pero no puedo distinguir nada, lo cual no significa mucho. Por mis cálculos, si está embarazada, la gestación sería de unos tres meses, y con lo delgada que está, no sería visible.

En cuanto nuestras miradas finalmente se cruzan, veo miedo en la suya.

¿De mí?

Tal vez debería alegrarme, por saber que entiende lo mucho que se equivocó, pero no es lo que siento. Lo que siento es una especie de bola de hierro en el estómago.

Doy un paso hacia ella, decidido a resolver por lo que he venido. A diferencia de lo que creí, no soy inmune a ella.

Los tres meses separados en los que no me interesó ninguna mujer deberían haberme dado una pista, pero ignoré la falta de deseo o necesidad de compañía femenina, diciéndome que lo ocurrido entre nosotros me había vuelto más cauteloso con las mujeres.

Ahora, con ella a solo unos pasos, me doy cuenta de que fui arrogante al subestimar la atracción que siento por Sabrina.

—Vamos, parece que estás a punto de desmayarte —digo, sin preocuparme por las formas, apoyando la mano en la parte baja de su espalda.

Su piel está febril bajo mis dedos, y tengo que controlarme para no extender la mano y sentirla mejor.

Debo recordar que esta mujer es la misma que apareció en mi restaurante e irrumpió en mi vida de forma engañosa.

La recepcionista se aleja como por arte de magia, pero Sabrina no se mueve.

—Puedo caminar sola —responde por fin, dando un paso atrás para escapar de mi contacto.

Sin embargo, el movimiento la hace tambalearse, y, ignorando su aparente rechazo hacia mí, paso un brazo alrededor de sus hombros, recordando lo que April me dijo sobre su estado de salud.

—No voy a sujetarte. Créeme, es lo último que quiero —miento—. Solo me aseguro de que no te desmayes delante de mí.

—Tal vez en tus sueños, señor Doukadoulos —dice con insolencia—. O quizá ni siquiera en ellos. Espero que si voy a visitarte mientras duermes, sea para atormentarte.

No tiene idea de lo cerca que está de la verdad. De cómo mi subconsciente la ha deseado y de cómo, en ocasiones, me he despertado de madrugada oyendo sus gemidos, pensando que aún la tenía entre mis brazos.

—Ah, pero tú me atormentas, Sabrina... y quizá no de la forma que imaginas.

Ella acepta cuando le acerco la silla y finalmente se sienta. Yo voy a mi lugar en la mesa. Durante varios segundos no digo nada, observando cada rasgo de su rostro perfecto. Un rostro que ahora muestra una palidez mortal.

—¿Qué te pasa? April me dijo que no te molestara.

—No finjas preocuparte por mí, Atticus. No soy tan sensible. Solo tenemos que hablar y luego cada uno seguirá su camino.

El camarero se acerca, preguntando qué quiere beber.

—Agua sin gas, por favor —pide ella.

—Lo mismo para mí.

—¿Necesitan unos minutos para decidir? Puedo explicarles el plato especial de esta noche.

La veo asentir, probablemente porque el hombre no tiene la culpa de su tensión.

Pasa más de un minuto hasta que finalmente termina la explicación. Entonces oigo a Sabrina decir:

—Ese pescado tiene buena pinta. Lo probaré.

—¿Y usted?

—Algo con carne. Elija lo que quiera —digo, despachándolo con frialdad.

Lo bueno de restaurantes como el nuestro es que el personal está capacitado para no molestar a los clientes. Los camareros saben cuándo es el momento justo para pasar desapercibidos.

—¿Por qué transferiste la herencia a mi nombre? —pregunto.

Ella estaba mirando su plato, pero levanta la vista, sorprendida, quizá porque no esperaba que tocara ese tema.

—Porque ese dinero no me pertenece. No quiero nada que venga de tu familia —responde, desafiante. Luego pasa una mano por su frente, como si intentara secarse un sudor inexistente—. Déjame hablar, por favor. No voy a comer. Solo acepté pedir para no faltarle el respeto al camarero.

—Necesitas comer. Pareces tan débil que apenas puedes mantenerte en pie.

—Estoy cansada y tensa, nada más.

—Estás muy delgada. Has perdido peso.

—No me obligues a repetir que eso no es asunto tuyo, y como dije antes, no finjas preocuparte por mí. Ahora, por favor, permíteme disculparme por haberme acercado a ti sin decirte quién era.

—No estamos aquí para eso. Tu momento de decir la verdad ya pasó.

—Lo sé, y no me disculpo por ti, sino para calmar mi conciencia. Ya no me importa si me crees o no. Dicho eso, voy a decirte lo que has venido a saber: estoy embarazada de tu hijo, Atticus. Pero antes de que pienses en llevarte a mi bebé, debes saber que lucharé hasta no tener una sola gota de energía, pero nunca te lo dejaré llevar, aunque tenga que vivir en Turquía para siempre.



Sabrina

Capítulo 46

Había pasado veinticuatro horas de nervios jurándome a mí misma que no perdería el control delante de él, y bastaron unos pocos minutos con Atticus para que todos mis planes se fueran al demonio.

—Estás embarazada —dice, ignorando todo lo demás que acabo de decir.

Observo su rostro esperando ver rabia o una mirada irónica, pero no encuentro ninguna de las dos. En su lugar, veo posesión.

La misma sensación que tuve desde la primera vez que dormimos juntos en Atenas. Como si yo fuera suya, como si todo lo que me dijo después, e incluso hace unos minutos, no tuviera importancia.

—Lo estoy, pero nada cambia. Voy a seguir en Estambul. Sin embargo, pensé que tenías derecho a saberlo.

—*¿Eso pensaste?* ¡Qué generosa!

—Si sigues burlándote, me voy. Ya hice lo que tenía que hacer. Tenías derecho a saber que vas a ser padre en menos de cinco meses.

Me sorprende cuando pregunta:

—¿Cuánto tiempo exactamente?

Aparto la mirada, incómoda.

—Considerando que la única vez que... en fin, considerando que la posibilidad de que el bebé haya sido concebido fue en Atenas, unos tres meses y una semana.

—¿Fuiste al médico?

—Sí. Estoy con el mismo obstetra de April.

—¿Cómo lo pagas?

Levanto el mentón.

—Trabajo.

—Pero no te alcanza, de lo contrario no estarías viviendo en un apartamento prestado.

—No es prestado. Pago alquiler —digo, aunque sé que la cifra es ridícula para el tipo de vivienda en el que estoy, pero él no necesita saberlo.

—¿Por qué me devolviste el dinero, Sabrina? Ahora más que nunca lo necesitarás.

—Ya te lo dije: eso no me pertenece.

—Pero le pertenece a nuestro hijo.

"Nuestro hijo".

Dios, no debería sentir el pecho tan cálido solo porque él no haya dudado de que el bebé es suyo, pero tengo que admitir que es un alivio poder al menos dejar atrás esta batalla.

—No. Le pertenecía a tu hermano, el tío del bebé. Thales no tendría ninguna responsabilidad sobre este niño.

—¿Lo conociste?

—No voy a discutir sobre la relación de nuestros hermanos contigo. Usando tus propias palabras, el tiempo de explicaciones ya terminó.

—Cuéntame.

—¿Para qué, Atticus? Ya crees que lo sabes todo sobre Sylvie. ¿De qué serviría? No me creerías. Pensarías que intento ganar tu simpatía, y la verdad es que en este momento no me importa en absoluto lo que pienses de mí.

Me estoy convirtiendo en la peor de las mentirosas, porque sí me importa. Me horroriza que piense que soy como Véronique.

—¿Cuántas veces viste a mi hermano?

Sacudo la cabeza, y el simple gesto ya me provoca mareo.

—Algunas veces. Era maravilloso. Cariñoso y apasionado. Los dos eran perfectos juntos —digo, sin mirarlo.

—Él estaba comprometido.

—Mentira. Calliope mintió. Mi hermana nunca lo dejó siquiera besarla antes de que él rompiera el compromiso con su prometida.

Él suelta una risa sin humor.

—Tu hermana era experta en extorsionar a viejos ricos, Sabrina. Tengo pruebas. ¿Vas a intentar convencerme ahora de que fue pura y virginal con Thales? Si mi hermano creyó eso, era más ingenuo de lo que imaginaba.

No puedo quedarme aquí. Me equivoqué al pensar que podríamos hablar de forma civilizada. Sin importarme que la gente alrededor nos esté mirando, me pongo de pie.

—¿A dónde vas?

—Ya dije lo que tenía que decir, señor Doukadoulos. Nuestra conversación terminó. Cuando nazca el bebé, el régimen de visitas lo verán nuestros abogados.

—Siéntate, Sabrina.

Apoyo ambas manos en la mesa y susurro para que solo él me escuche:

—Vete al infierno, Atticus.

Me siento liberada y herida al mismo tiempo, y me preparo para irme antes de volver a llorar como aquel día en el puerto, frente a él. Pero cuando me giro para alejarme, el salón del restaurante empieza a dar vueltas a mi alrededor.

En segundos, Atticus me está sujetando.

—¿Vas a desmayarte?

Quiero pedirle que me suelte, pero no tengo fuerzas.

—No. Me he estado mareando.

—Porque no comes ni duermes bien.

No tiene sentido negarlo, así que asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Todo bien por aquí? —Oigo preguntar a Qasim.

—Sí. Sabrina no se encuentra bien. La llevaré a casa.

—¿Eso es lo que quieres? —me pregunta el cuñado de April, y de repente me siento ridícula.

Atticus puede ser cruel con las palabras, pero nunca me haría daño físico.

—Sí. Puede llevarme. Lamento tener que cancelar nuestra cena.

—No hay problema. Avísame cuando lleguen a tu casa —dice, pero mirando a Atticus.

Me dejo llevar, aunque noto las miradas de la gente mientras el enorme griego rodea mis hombros con el brazo.

—¿Crees que puedes caminar hasta la salida?

—Sí, si la alternativa es que me cargues tú.

—Me odias.

—Tanto como tú a mí.

Él no lo niega, en cambio dice:

—Tenemos que dejar de pensar en nosotros y empezar a centrarnos en el bienestar de nuestro hijo.

En ese momento, ya estamos fuera del restaurante y Atticus me está guiando hacia una limusina que nos espera.

Después de darle la dirección al chófer, entro en el coche.

—Créeme, no he comido poco a propósito —digo tras abrocharme el cinturón—. Vomito todas las mañanas.

—¿Y eso es normal?

—El médico dice que sí. Algunas mujeres embarazadas experimentan muchas náuseas. Yo fui una de las “afortunadas”.

—No pareces embarazada.

—¿Lo estás dudando?

—¿Vas a tomar todo lo que diga como algo malo?

—¿Por qué? ¿Eso es exclusivo tuyo?

—Nuestro problema no es que te haya interpretado mal, Sabrina. Es que no tuve la oportunidad de interpretarte de ninguna manera, porque me ocultaste información.

Acepto el golpe porque es merecido. Debería haberle contado lo de mi hermana, aunque ahora estoy segura de que no habría podido hacerlo cambiar de opinión.

Y entonces me doy cuenta de algo: ha dicho “me ocultaste información”; no me ha acusado otra vez de mentir.

—No fui a Zarofu con segundas intenciones. Solo quería limpiar el nombre de mi hermana.

—Eso ya no importa.

—Para mí sí.

—¿Quieres decir que te importa lo que pienso de ti?

—No. Lo que piensas de Sylvie. Ya no me importa lo que pienses de mí —digo, mirando por la ventana, hacia el otro lado.

Durante varios minutos no dice nada, y no puedo evitar girarme para mirarlo.

Atticus me observa en la penumbra y me provoca un cosquilleo en el estómago: mariposas, de esas estúpidas e insensatas.

—Quiero que vuelvas conmigo a Grecia.

—Y yo quisiera no haberte conocido nunca —miento otra vez, porque a pesar de todo, los días que pasamos en Atenas y en el barco fueron los mejores de mi vida—. Pero lamentablemente no podemos tener todo lo que queremos. Si crees que voy a volver a tu país...

—Nuestro país. Eres mitad griega.

—No importa. Si crees que voy a volver a Grecia y dejar que cumplas tus amenazas de quitarme a mi hijo, debes pensar que soy más ingenua de lo que soy.

Espero una pelea, que discuta conmigo, cualquier cosa que pueda reavivar mi ira, pero cuando su mano llega a la nuca, tiemblo de anticipación y anhelo.

Apoyo una mano en su pecho para empujarlo, pero en cuanto nuestras bocas se encuentran y su agarre en mi cabello se intensifica, agarro su camisa, entregándome al beso con el que he soñado durante meses.



Atticus

Capítulo 47

—No —gime dentro de mi boca, aunque su mano me tira hacia ella con más fuerza.

—¿Por qué no? Es lo que ambos queremos.

Le toco la pierna por debajo del vestido, mi mano subiendo hacia su ropa interior, y cuando rozo el elástico de la lencería, ella se estremece y separa las piernas. Pero en cuanto el vehículo se detiene, probablemente por un semáforo, me aparta.

—No —repite—. No estamos juntos y no dejo que hombres desconocidos me toquen.

—No soy un desconocido. Soy el padre de tu bebé y voy a ser tu marido.

Ella parece salir por completo del trance de deseo.

—Te has vuelto loco, Atticus. No me voy a casar contigo.

No tenía intención de decirlo. Cuando llegué a Estambul, incluso imaginando que Sabrina pudiera estar embarazada (o no habría razón para que Kahraman y April insinuaran que debíamos hablar), calculé todo tipo de arreglos posibles para seguir el desarrollo de mi hijo y cuidar de ambos. Pero el matrimonio no era algo que siquiera considerara, porque las palabras de esa mujer despreciable, Véronique, todavía me quemaban en el cerebro.

"Tal vez fui injusta contigo en París. Conseguirás un buen partido y, si eres inteligente, saldrás de esa relación con los bolsillos llenos. A los hermanos Doukadoulos les gustan mujeres parecidas".

Ahora, sin embargo, sé que la única salida posible es el matrimonio. Es la manera de asegurarme de que no huirá a Brasil, y una garantía para ella de que podrá estar al lado de nuestro hijo, porque nada me impedirá seguir de cerca la vida de mi heredero.

—No será una relación por amor —afirmo.

—¿Qué?

—Solo para criar a nuestro hijo juntos.

—No confías en mí. Creíste lo que dijo mi madre. ¿Cómo puedes querer unirse a una estafadora?

—Estoy pensando en lo mejor para el niño.

—Yo también. Y nunca será mejor para un hijo crecer en una casa donde sus padres se detestan y no confían el uno en el otro.

—¿Tú no confías en mí? ¿Te di algún motivo?

—Sí. En el instante en que dijiste que te llevarías a mi hijo lejos. Te creí y...

Incluso en la semioscuridad del coche veo cómo su rostro palidece y se lleva la mano a la boca.

—Sabrina, ¿qué pasa?

Se recuesta en el asiento y cierra los ojos.

—Náuseas. He comido hace muchas horas.

—Por el amor de Dios... ¿y crees que puedes estar sola?

—La mayor parte de mi estrés es por esta reunión. No dormí anoche.

—Quiero proponerte una tregua.

—No, gracias. La última vez que acepté un acuerdo contigo, acabé embarazada y fuera de tu vida. Aprendí la lección.

Intenta ocultar el dolor en la voz, pero no lo consigue.

—Me ocultaste quién eras.

—Sí, lo hice, y ya me disculpé. Fuera de eso, no te hice ningún daño más que a tu orgullo.

—Y a mi confianza.

Traga saliva.

—Perdóname. Lo haría todo distinto si pudiera.

—Yo no.

—¿Qué?

—Te buscaría igual. Desde el momento en que te vi, supe que eras mía.

—Nunca te habrías acercado a mí si hubieras sabido que era la hermana de Sylvie.

Miro por la ventana.

Me gustaría darle la razón, decir que jamás la habría tocado si lo hubiera sabido... pero no puedo. Probablemente no me habría entregado a ella durante tantos días en el mar, ni habría intentado mantener todo en un contexto puramente sexual, pero dudo que hubiera podido resistir el deseo por Sabrina.

—Nunca lo sabremos con certeza —digo, volviendo a mirarla.

—Déjame en paz, Atticus. Te doy mi palabra de que no te complicaré la vida. Tendrás acceso libre a nuestro hijo.

—Siempre que no quiera llevármelo a Grecia.

—¿Y por qué debería permitirlo? ¿Para someter a mi hijo al juicio de tu familia?

El chofer aparca en un complejo residencial y bajo para ayudarla a salir.

—Subo contigo.

—No.

—No discutas. No voy a dejarte sola después de casi desmayarte en el restaurante, y menos sabiendo que no has comido nada. Te prepararé algo sencillo.

—No quiero.

—No abusaré de tu confianza. Solo quiero alimentarte.

—No te creo. Todavía me debes una promesa que no cumpliste —dice, frente al ascensor.

—¿Cuál?

—Cuando hicimos nuestro pacto en Zarofu, te pedí algo. Quería que al final de los treinta días me escucharas. Quería explicarte quién era mi hermana.

Las puertas del ascensor se abren y la sigo dentro. Mientras sube, Sabrina me da la espalda, rígida.

Llegamos a su piso y finalmente se gira.

—Puedes irte. Estaré bien.

La observo marcar el código y abrir la puerta. La sigo.

—No dejo promesas a medias. Nunca lo he hecho. Te doy mi palabra de que escucharé todo lo que quieras contarme sobre tu hermana.

—No. Tengo una idea mejor. Contrata a un detective para investigar no solo el pasado de Sylvie, sino también el de mi madre.

—¿Qué tan importante es para ti que el mundo sepa quién fue tu hermana?

—Es la misión de mi vida —dice en el recibidor, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo haré. Y si al final descubro que tu hermana no era lo que dice la prensa, saldré públicamente a limpiar su nombre.

—¿Lo prometes?

—Sí, pero con una condición. Vendrás conmigo a Lepaxos en cuanto consultemos con tu médico y él diga que tu salud no corre riesgos. Mi abuela querrá conocer a la madre de su bisnieto. Ya es muy mayor y no le quedan tantos años por delante. Te doy mi palabra de que no te estoy secuestrando.

—Eso es chantaje.

—Nunca dije que jugara limpio. Cada uno de nosotros tiene algo que el otro quiere. Tú deseas que se haga justicia por Sylvie. La decisión está en tus manos.

—¿No es ir demasiado lejos solo para que conozca a tu abuela?

—No es la única razón. Quiero cuidar de ti durante el resto del embarazo. Lepaxos está más cerca de Atenas. Estaré en casa todos los días. Me aseguraré de que comas y duermas bien.

—No voy a tener sexo contigo.

—No recuerdo haberte pedido eso.

Observo cómo distintas emociones la invaden, hasta que finalmente cede.

—Cuando quede claro que mi hermana no es la zorra que decían que era, tendrás que dar una entrevista en un medio importante, afirmando que Thales la amaba.

—De acuerdo —digo, porque estoy seguro de que no va a pasar, aunque noto que Sabrina realmente lo cree—. Te daré una retractación si es necesario, pero independientemente de lo que el

detective descubra, te quedarás conmigo hasta que el niño cumpla un año, viviendo bajo el mismo techo.

—¿Qué?

—Tómalo o déjalo.

—¿Negocias todo?

—Sí, y nunca entro en una pelea para perder, pero prometo que siempre soy honesto.

—Está bien.

—Y una cosa más: tu viaje a la isla será inmediato.



Sabrina

Capítulo 48

—¿Estás segura de esto? —pregunta April, sujetándome las manos al día siguiente.

—No. Cuando tú perdonaste a Kahraman, ¿estabas segura de lo que hacías?

Ella niega con la cabeza.

—Amar a Kahraman fue el mayor riesgo que tomé en mi vida. Nos odiábamos al principio. Vivíamos en guerra. —Hace una pausa y sonríe—. ¿A quién quiero engañar? Todavía discutimos. Los dos somos combativos. Él es mandón, yo no me doblego, pero en vez de ser opuestos, somos complementos.

—Yo no estoy buscando un "*felices para siempre*" con él, April. Acepté este acuerdo por el bien de mi bebé, en primer lugar. No puedo seguir así. Sin comer ni dormir bien.

Después de nuestra conversación, Atticus ya no volvió a intentar tocarme. Me preparó una cena ligera y esperó a que me acostara. Me puse una camisola y un batín, algo que nunca hago en casa, pero de algún modo necesitaba una barrera contra él.

Intenté echarlo de mi casa, pero no cedió. Se sentó en un sillón de mi habitación y me observó dormir. Cuando desperté, eran las diez de la mañana siguiente. Había dormido casi quince horas seguidas, como si mi cuerpo entendiera que, con él, estoy a salvo.

Cuerpo estúpido.

Atticus y la palabra “seguridad” nunca deberían coexistir en la misma frase.

Dejó una nota sobre la encimera de la cocina diciendo que había llamado a April y acordado una consulta con el médico para que autorizara mi viaje a Lepaxos. También dijo que ya había contratado a un detective que estaba investigando el pasado de Sylvie y de nuestra madre, como le pedí.

En pocas horas organizó todo.

Recuerdo nuestra conversación de anoche y pienso que él también ha perdido peso. Su rostro, después del impacto inicial de su magnetismo, se veía cansado.

—Y también lo está haciendo por tu hermana —dice April, sacándome del presente.

Asiento.

—¿Y por ti, Sabrina? ¿Qué estás haciendo por ti misma?

—Nada. No puedo permitirme satisfacer mis deseos. Soy una tonta romántica, April. Quiero lo imposible: el amor y la confianza de él. Un matrimonio de verdad, no uno por conveniencia porque estoy embarazada de un heredero Doukadoulos.

—Tú quieres raíces.

—Sí. El sueño completo. Con él nunca lo tendré.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Atticus tiene treinta y ocho años y nunca ha tenido una relación seria. Probablemente, incluso si mi madre no hubiera aparecido aquel día y Sylvie no existiera, ya habríamos terminado.

—No puedes prever eso, Sabrina. Parece la voz de la inseguridad la que está hablando.

—¿Lo has visto bien?

—Bueno, creo que no prestaste atención a mi marido. Ni a los otros dos hermanos Yavuz Aydin tampoco casados. Son así: guapos, problemáticos, mujeriegos... hasta que encuentran a la que los pone de rodillas.

—¿Y crees que yo soy esa mujer para Atticus? Estás siendo romántica, amiga.

—Creo que él no quiere enamorarse, pero está enamorado, sí. Nunca te propondría matrimonio solo por el bebé. No sé toda la

historia de su familia, pero sé que se fue de Lepaxos hace más de una década, así que supongo que no viene de un hogar feliz. Tal vez aún no se ha dado cuenta de que lo que siente por ti es amor, pero créeme: ningún hombre mantiene a una mujer cerca solo por un embarazo.

—Estoy confundida. La verdad, aún no sé qué haré en Lepaxos.

—¿Conocer a la familia de tu hijo?

—Solo habló de su abuela.

—Pero por lo que entendí, sus padres también viven allí, ¿no?

—Sí, pero... —Hago una pausa, porque no me parece correcto compartir un secreto de su familia—. Atticus no se lleva bien con sus padres. Con su padre, en particular.

—¿Y adora a su abuela?

Sonrío.

—Sí. Y estoy deseando conocerla. Sería mentira decir que no me gusta la idea de que mi hijo tenga abuela y bisabuela por parte paterna, porque no pienso dejar que Véronique se acerque a él.

—Qué curioso... Cuando nos conocimos la llamabas Verónica, ahora la llamas Véronique.

—En realidad me cuidaba de no usar su nombre francés para proteger quién era yo, pero ahora que todo salió a la luz, no tiene sentido seguir llamándola Verónica si usa otro nombre.

—Ya lo dije antes, pero lo repito: tu madre es la primera persona que odio sin conocer. ¿Qué crees que está tramando? Dijo que amenazó con llevar a los medios tu relación con Atticus.

—Sí, pero algo la calló.

—¿Él?

—No lo creo. Atticus no parece del tipo que compra silencios, sino del tipo que pasa por encima de la gente como un tractor.

—*Tu* tractor.

—¿Qué?

—No te engañes, Sabrina. Nuestros hombres crecieron rodeados de poder. En la cima de la cadena alimenticia. No son dulces ni ingenuos. Son testarudos y nada los detiene cuando quieren algo. No tomes decisiones precipitadas, pero tampoco te cierres a él. El orgullo no cura un corazón roto.

—¿Y qué lo cura entonces?

—No hay una respuesta exacta, pero ver las cosas desde el punto de vista del otro ayuda. Cuando Kahraman dudó de mí, me dio mucha rabia. Quise odiarlo, pero no pude, así que viví un día a la vez. Ignoré sus palabras y me fijé en sus actos.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

—Que el amor no tiene que ser perfecto. Tiene que ser fuerte y verdadero. Y nunca sabrás cuán fuerte es hasta que sea puesto a prueba.



Atticus

Capítulo 49

Nunca me consideré alguien dominado por emociones mundanas. A lo largo de la vida, han sido pocos los momentos en los que el dolor, la ira, la alegría o la pérdida me han golpeado de verdad.

En lo que respecta al duelo, ver a mi hermano en un ataúd es algo que jamás voy a olvidar.

En lo que respecta a la ira, presenciar la falta de respeto y el desprecio de Cirillo hacia mi madre, y la ausencia de amor propio de ella, es también un capítulo muy marcado en mi historia.

En lo que respecta al placer, cada una de las veces en que tuve sexo con Sabrina está perfectamente grabada en mi memoria. Recuerdo sus suspiros y gemidos, y la sensación de tomar su cuerpo por primera vez.

En lo que respecta a la pérdida, me tomó días asimilar su ausencia. Entender que ya no volvería a escuchar su risa ni podría despertarme como aquellas noches en el barco para tenerla aún adormecida entre mis brazos.

En lo que respecta a la alegría, creo que nada se comparará jamás con ver por primera vez la imagen de nuestro bebé en la pantalla durante la ecografía y el sonido de su corazón.

En el momento en que el médico nos mostró a nuestro hijo en formación, señalando las imágenes de sus dedos de las manos y de los pies, la nariz (aunque las fosas nasales aún estén cerradas), mi mano fue automáticamente a la de Sabrina.

En ese instante no existían el pasado, el resentimiento ni las mentiras. Los secretos perdieron importancia frente a la certeza de que dentro del cuerpo de la mujer a la que, por más que me esforcé, no logré olvidar, hay una vida, una parte nuestra, creciendo.

El sonido del latido del bebé lo dominaba todo, y el mío, golpeando dentro del pecho, competía con el de nuestro hijo.

Una cadencia suave y constante en su caso, manteniéndome paralizado, hipnotizado frente al monitor. En el mío, un galope salvaje.

El médico comienza con las explicaciones técnicas, y me prometo a mí mismo que más tarde estudiaré con calma todo lo relacionado con el desarrollo fetal, pero por ahora, lo único que puedo hacer es alternar entre mirar la pantalla del monitor y el rostro radiante de Sabrina.

Ella entrelaza nuestros dedos y sonríe con lágrimas en los ojos, como si hubiera olvidado que ayer juró odiarme.

Yo acaricio su muñeca con el pulgar y noto que su propio corazón también late desbocado.

—Es nuestro —dice—. Nuestro bebé, Atticus.

Mientras el médico sigue hablando de los órganos y sus etapas de desarrollo, nuestros ojos no se separan.

Solo me doy cuenta de que el examen ha terminado cuando el obstetra y la enfermera se marchan.

—¿En qué estás pensando? —pregunto.

—April me dijo que la confianza no se demuestra con palabras, sino con acciones. Yo también me equivoqué contigo. No voy a hacer promesas, ni quiero que me las hagas, pero creo que podemos intentarlo.

—¿Intentar qué, Sabrina?

Se sonroja.

—Si no cambiaste de idea... nosotros dos... quiero decir... cumple tu parte. Investiga el pasado de mi hermana y yo cumpliré la mía porque...

No la dejo terminar y me inclino para besarla.

Como ocurrió ayer, en el momento en que nuestros labios se encuentran, mi autocontrol desaparece. Paso un brazo por su

espalda y la acerco a mí.

Durante varios minutos nos perdemos en besos ardientes, deseo acumulado, pasión.

Quiero quitarle la camisola fina que lleva y follarla allí mismo, pero no confío en mí mismo para poder detenerme una vez que vuelva a tenerla.

—Yo nunca intenté engañarte —dice cuando me obligo a romper el beso.

—No dije que hubieras quedado embarazada a propósito.

—No me refería a eso. Me refiero a que fui a Zarofu con las mejores intenciones. Llegué sin defensas, quizá influenciada por Thales, que te admiraba. Créeme cuando te digo que nada fue planeado, excepto proteger el nombre de mi hermana.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Pensé que no me creerías. Quise que me conocieras primero.

—Te creo.

—¿Sobre la inocencia de mi hermana?

—No. Sobre nosotros.



Sabrina

Abro la boca para decirle que eso no es suficiente, pero entonces recuerdo lo que aconsejó April: un día a la vez. Las palabras no tienen valor; las acciones sí.

Así que, en lugar de discutir, intento hacer mi parte.

—Te perdono por haber dicho que me quitarías a nuestro hijo si estaba embarazada.

—¿Por eso te fuiste?

—Sí. Estuve a punto de volver a Brasil.

—Te odié en ese momento. Quise hacerte daño por haber traicionado mi confianza, pero solo habría tomado una decisión tan drástica si fueras como tu madre.

—¿Y cómo sabes que no lo soy?

—No nos conocemos por completo, Sabrina, pero sé lo suficiente para ver que tienes amor dentro de ti. Viniste a mí sabiendo que odiaba a tu familia, solo para limpiar el nombre de tu hermana. Aunque no crea lo que dices sobre su inocencia, esto no va sobre ella, sino sobre nosotros.

—Pero vas a cumplir tu promesa y, cuando descubras que ella era inocente, ¿lo harás público?

—Si es inocente, sí.

—Lo es. Y estaré lista para tu disculpa cuando lo descubras.



Atticus

Capítulo 50

Zarofu

—Siéntate, o voy a atarte a una silla —le digo a Sabrina, que va de un lado a otro dentro del Opa.

Pasamos dos días más en Estambul y fuimos juntos a una cena en casa de la matriarca de los Yavuz Aydin, Zehra.

No volvimos a intercambiar más que besos relativamente castos, teniendo en cuenta cómo siempre hemos sido el uno con el otro: esa atracción arrolladora que entre nosotros ocupa el lugar de la razón.

Sabrina no me permitió dormir en su casa, ni siquiera observar mientras dormía, como en la primera noche en que cenamos juntos, y por más que mi deseo (la necesidad de hacerla mía otra vez) me esté volviendo loco, respeté sus límites. Si queremos intentar que esto funcione, quizá sea momento de conocernos más allá de la cama.

Aún en Estambul, me di cuenta de que April estaba preocupada por que Sabrina se fuera conmigo. Normalmente, que alguien intente meterse en mi vida, incluso una amiga cercana como ella, me habría irritado, pero entendí que el vínculo entre ambas es fuerte y real.

De hecho, todas las esposas de los Yavuz Aydin fueron protectoras con Sabrina.

Cuando por fin llegó el momento de volver a Grecia, la madre de mi hijo me sorprendió al decir que quería ir a Zarofu antes de partir

hacia Lepaxos.

Hice una videollamada en la que ella habló con mi abuela, pero acordamos que solo le contaríamos sobre el embarazo en persona.

Sabrina no me dijo cuánto tiempo quería quedarse aquí, pero yo trabajo a distancia, igual que ella con su arte.

Han pasado cuatro días desde que llegamos y, el primero, Sabrina quiso hablar con Danae y Acacia. Yo sabía que le caía bien mi encargada y que el sentimiento era mutuo, pero no tenía idea de que también era cercana a una de las camareras.

Cuando vi a las tres conversando, y la forma en que mis empleadas abrazaban a Sabrina, entendí lo que ocurre cuando ella entra en la vida de alguien: deja huella.

No hay nadie capaz de olvidarla. En un mundo en el que todos corren de un lado a otro, como si tuvieran que completar carreras cortas acumulando el mayor número posible de tareas y relaciones, Sabrina es la pausa.

Está atenta a todo y a todos. Presta una atención real a las personas, las escucha, discute. Las hace sentirse especiales, cuando en realidad es ella la especial, la única.

Aunque creo que es ingenua respecto a lo de su hermana, ahora sí le creo cuando dijo que vino hacia mí con las mejores intenciones.

En unas semanas tendré un informe completo sobre Sylvie, pero dudo que encuentre algo distinto a lo que ya sé.

—No eres mi dueño —me desafía, dejando salir por fin su personalidad de nuevo.

Durante los primeros días juntos, seguía algo apagada, pero poco a poco vuelve a ser la misma sirena que me hechizó. También ha estado durmiendo mejor y comiendo bien, y no ha vuelto a desmayarse, aunque las náuseas continúan.

La noche que llegamos a la isla durmió en casa de Acacia, en una reunión de “chicas”, como la llamó, pero desde entonces se ha quedado en el yate. Hoy, sin embargo, vendrá a mi casa.

Mentiría si dijera que no estoy jodidamente ansioso. Nunca llegamos a concretar mi deseo de traerla a mi lugar.

Tenía muchos planes con ella antes de que Véronique apareciera en el puerto aquel día, y ahora quiero ponerlos en práctica,

mostrándole un poco de mi mundo.

Me levanto y empiezo a caminar hacia donde está.

—Soy tu dueño —la provoco.

Acacia fue a la cocina a revisar el menú de la noche y no hay nadie más que nosotros dos.

Mientras la observaba ordenar las mesas como cuando trabajaba aquí de camarera, intenté trabajar en mi portátil, aunque constantemente me robaba la atención.

Cuando asumí como CEO de nuestras empresas, lo hice tanto para cumplir el pedido de mi abuela (salvar el negocio de la quiebra) como para ocupar la mente, porque durante las dos primeras semanas estuve obsesionado con encontrar a Sabrina.

Con el tiempo, sin embargo, empecé a disfrutar del trabajo. No pienso cerrar el restaurante, pero lo dejaré definitivamente bajo el mando de Acacia.

Ella intenta disimular una sonrisa por mi actitud de hombre de las cavernas, pero no lo consigue.

—No lo eres. —Niega con la cabeza y, antes de que pueda adivinar qué hará, se escapa hacia la oficina.

Como un cazador, la sigo, y cuando llego, la veo intentando escapar al otro lado de la mesa.

Cierro la puerta, dejándonos encerrados a los dos, y noto que jadea.

Por Dios, es preciosa, siempre lo fue, pero con el embarazo está aún más irresistible. Tal vez su lado travieso todavía no haya vuelto del todo, pero Sabrina pertenece a ese grupo raro de personas que parecen hechas para ser felices y que encuentran alegría en cada pequeño momento.

—Soy tu dueño, mujer, y voy a ser tu marido —continúo con el juego, aunque en el fondo lo digo en serio.

Voy a hacer de Sabrina mi esposa. No hay duda.

Veo cómo abre los ojos.

—Para casarte conmigo tendrás que reconquistarme —dice, y aunque su tono es juguetón, percibo un dejo de incertidumbre y vulnerabilidad tras sus palabras.

—Pensé que ya habíamos superado esa etapa. La de conquistarte, quiero decir. Te embaracé.

—Quise decir *volver a conquistarme*.

—¿Qué necesito para convencerte?

—Hechos. Estoy atenta a ellos.

La atraigo hacia mis brazos, sin entender del todo qué me está pidiendo. Hasta ahora creía que íbamos por ese camino. Sé que lo nuestro no se borra de un día para otro. Yo aún siento resentimiento hacia su familia, y Sabrina hacia mí por lo que le dije aquel día en el puerto, cuando se fue de Zarofu.

Enredo mi mano en su melena roja desordenada, disfrutando de su suavidad y, al mismo tiempo, usando el agarre para inclinarle la cabeza hacia atrás.

Esta vez el beso es una mezcla casi dolorosa de hambre, necesidad y nostalgia. Es intenso y sensual, pero también tierno.

Mientras nuestros labios se consumen, respiro su aroma, embriagado por su perfume naturalmente seductor.

Sabrina gime en mi boca, no solo dejándose besar, sino tocándome el rostro, el cabello y los hombros. Cuando por fin nos separamos, nos quedamos un rato mirándonos en silencio.

—Siempre he sido más de hechos que de palabras de todos modos. Te quiero y no volveré a dejar que lo dudes.

Me aparto, dejándola sola en la oficina. Por más que quiera follarla sobre la mesa, tomar su cuerpo ya no es suficiente. Necesito poseer también su mente y su corazón.



Atticus

Capítulo 51

Zarofu

Unos días después

La situación cambió.

No es que mi deseo haya disminuido. Al contrario, cuanto más pasan los días, más aumenta la necesidad de sentir su cuerpo desnudo bajo el mío, pero he dado pequeños pasos hacia lo que espero que sea un nuevo comienzo para ambos.

Sabrina intenta actuar con naturalidad, pero percibo su impaciencia burbujeando casi en la superficie.

El deseo que despertamos el uno en el otro no es algo que pueda ignorarse, pero lo que ella no sabe es que nada me aparta de mis objetivos, y mi objetivo ahora mismo es convertir a la madre de mi hijo en mi esposa.

Ambos estamos trabajando desde casa. Ella ya terminó todas las ilustraciones para el sitio web de la empresa de April y ahora se ha centrado en otros dibujos. En realidad, me dijo que eso es lo único que quiere hacer a partir de ahora, porque le encanta ver cómo las palabras de un libro cobran vida con sus dibujos.

Cada día cenamos juntos y hablamos. Yo le masajeo los pies hinchados por el embarazo, pero después la llevo hasta la puerta de la habitación de invitados y me despido con un beso de buenas noches.

Cuanto más tiempo pasa sin que intente algo más que besarla, más impaciente se vuelve Sabrina.

Anoche tomó la iniciativa de rodearme el cuello con los brazos y deslizó su cuerpo delicioso contra el mío.

No soy de acero, así que la agarré por el culo, levantándola hasta que mi gruesa erección quedó al ras de su vulva. La froté contra mí, y juro que casi me corro con su gemido necesitado. Me costó toda mi fuerza de voluntad soltarla.

La decepción por no haberla seducido la dejó irritada, y hoy apenas me ha hablado.

A diferencia de otros días, en los que siempre se viste como si fuera a salir a trabajar (normalmente con jeans y blusa, aunque descalza) hoy bajó con una camisola blanca, corta y de tirantes, con el pelo rojo suelto por la espalda.

No se nota su barriguita de casi cuatro meses, al menos con ropa, porque creo que aún necesita ganar peso, pero sus pechos están más grandes y sus pezones se transparentan a través de la tela.

Me endurece la visión provocadora, sabiendo que está poniendo a prueba mi autocontrol.

Decido empatar el juego y me quito la camiseta negra que llevo, quedándome solo con los jeans. Yo también estoy descalzo.

Ella había ido a la nevera, pero se detiene y me mira sin disimular el deseo, con la lengua acariciando inconscientemente su labio inferior.

—¿Tienes calor? —pregunta.

No respondo, pero me acerco, quedando a apenas unos centímetros de ella.

—No. Me muero de hambre, igual que tú.

Levanta el mentón.

—No sé de qué hablas —responde, enfadada, y huye al piso superior, a la suite donde está durmiendo.

La sigo y la encuentro en la puerta del balcón, frente al mar, de espaldas a mí.

—Mentirosa.

Sabrina se gira para mirarme, con los ojos brillantes, soltando chispas.

—¿Por qué soy mentirosa?

—Porque tu cuerpo está suplicando por el mío.

—Eres un arrogante insoportable y un...

La agarro por la cintura y beso su boca sin dejar que termine sus falsos argumentos.

—Dijiste que estarías atenta a mis acciones. Ha llegado el momento de darte acción de verdad, pelirroja.

La llevo contra la pared, haciendo que apoye sus manos allí; una de mis manos la sujeta por la cintura y la otra la toma de su cuello, girándole el rostro para poder besarla.

Froto mi erección contra su trasero, presionando mi miembro duro entre sus nalgas, y cuando empieza a gemir de deseo, bajo mi mano hasta el pliegue entre sus muslos.

Le aparto la ropa interior y acaricio su clítoris.

—Quiero hacértelo despacio, saborearte, pero en este primer polvo necesito hacerlo con fuerza. Que mi verga y tu vagina se golpeen salvajemente, Sabrina.

—Por favor...

No espero ni una palabra más: el deseo reprimido durante meses estalla con la intensidad de un maremoto.

Levanto su camisola hasta la cintura y gimo al sentir la curva de su vientre, donde está nuestro hijo.

En la prisa por desnudarla, rompo una de las tiras. Después hago lo mismo con la ropa interior, que se deshace en mis manos en un hilo de encaje.

Enredo mi mano en su cabello, cerrando el puño en su melena roja, y con la otra me abro los jeans y libero mi miembro ya húmedo de deseo.

La empujo un poco hacia abajo, encuentro el ángulo perfecto, y cuando ella empina las caderas hacia mí, me encajo en su entrada y la penetro, metiéndole la verga por completo.

Y entonces, por fin, soy aceptado de nuevo en el paraíso.

Me hundo tan profundamente en ella que es como si fuéramos uno solo. Aprieto sus nalgas, sujetando su cuerpo, y durante varios minutos la penetro con una cadencia brutal.

Entro y salgo de ella sin descanso, devorando, hambriento y con avidez, cada uno de sus gemidos. Sé que Sabrina está muy cerca de llegar al orgasmo, y yo tampoco podré aguantar mucho.

Ella comienza a contraerse a mi alrededor, en espasmos rítmicos. Salgo casi por completo y vuelvo con más fuerza aún.

—Voy a correrme. Llenarte con mi leche. Nunca voy a renunciar a ti, Sabrina. Eres mía.

—¿*Tu qué?* —gime, respondiendo a cada embestida con el mismo desespero.

—Mi novia, mi mujer, la madre de mi hijo. Mi amor.

Incluso perdida en su propio orgasmo, abre los ojos, mirándome con el cabello aún atrapado en mi puño.

—¿Tu amor?

Muevo las caderas contra su cuerpo, embistiéndola con fuerza, y ella solloza.

—Mi amor. Siempre lo has sido. Siempre lo serás.

La penetro una, dos, tres veces, y entonces me derramo dentro de ella, empujando mi semen profundamente.

Sabrina se derrite en mis brazos, exhausta tras el encuentro, y la llevo a mi habitación (*nuestra* habitación), como debió ser desde el principio.

La recuesto sobre mi cuerpo y beso su cabello, aún con la respiración agitada.

—Intenté no amarte, Atticus, pero fracasé.

—No luches contra ello. Ya he aceptado que el destino nos unió, y nada ni nadie nos separará. Te amo, Sabrina.





Sabrina

Capítulo 52

Días después

—Sabrina, te llaman por teléfono.

—¿Qué?

—Es un hombre y tiene acento extranjero.

Miro a Acacia con el ceño fruncido, intentando imaginar quién puede ser.

—¿Dijo qué quería?

—No. Pero pidió hablar con Sabrina Oliveira.

Desde mi visión periférica noto que Atticus me está observando. Dentro de unos días viajaremos a Lepaxos, y todavía no fuimos porque su madre llamó diciendo que vendría a conocer Zarofu y a mí también. Llega mañana.

La abuela de Atticus sabe quiénes son mi madre y mi hermana, aunque aún no sabe del embarazo. Ya hablé con ella varias veces por teléfono y la señora Aikaterini Doukadoulos siempre fue muy amable conmigo.

Con la madre de Atticus solo hablé brevemente, y creo que ni siquiera tiene claro quién soy.

Atticus encontró extraño el argumento de su madre de querer venir a Zarofu para conocer el lugar del que su hijo se había enamorado. Por lo que entendí, no son especialmente cercanos.

Desde el día en que nos confesamos lo que sentíamos, en que dejamos de pelear contra nuestros cuerpos y nuestras mentes, fue

como empezar de cero.

No puedo decir que haya olvidado cómo me trató el día del enfrentamiento con Véronique, pero estoy cansada de cargar con el resentimiento e intentar protegerme todo el tiempo. Los dos nos equivocamos, y ahora intentamos reescribir juntos nuestra historia.

—¿Tenés idea de quién puede ser? —me pregunta él, y casi sonrío al notar que estaba prestando atención a lo que Acacia me dijo.

—No, pero lo sabré en unos segundos. Voy a atender desde la oficina. ¿Quieres venir?

No tengo nada que ocultarle y, dado nuestro pasado, cualquier gesto de confianza cuenta.

—¿Me odiarás si voy?

—No. Te amo con todos tus defectos. Ven conmigo.

No se hace de rogar y me sigue. Escucho la risa de Acacia, que estaba escuchando la conversación.

Me siento en su lugar en la mesa de la oficina, como si fuera la jefa, y él, sonriendo, se sienta frente a mí.

Activo el altavoz del teléfono y digo en inglés:

—Habla Sabrina. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Sabrina? Soy Joel —responde mi exnovio en portugués.

Sé que Atticus entiende, porque le he enseñado lo básico de mi idioma, y también porque su rostro se tensa.

—¿Qué quieres?

Aunque Atticus no entienda cada palabra por la velocidad, dejo la llamada en altavoz.

—*Perdóname. Quiero que vuelvas conmigo.*

—Primero, ¿cómo conseguiste este número? Segundo, no tengo nada más que hablar contigo. Te lo dejé claro la última vez que hablamos.

—*Fue tu madre quien me lo dio hace unos meses, pero estaba reuniendo valor para llamarte. Y sobre que dejaste claro que habíamos terminado definitivamente... en realidad no lo hiciste. Me dejaste hablar, pero no dijiste mucho en ese momento.*

Sí, no dije mucho. Solo lo eché y le pedí que no me buscara nunca más.

No me sorprende que Véronique haya mentido otra vez. A pesar de lo que prometió cuando vino a Zarofu (que no interferiría en mi relación con Atticus si le daba el dinero de la herencia de Sylvie), no habría perdido la oportunidad de hacerme la vida imposible y decirle a mi ex dónde estaba.

—¿La misma madre con la que te acostaste te dio mi número? ¿Te atreves a mencionar su nombre? ¿A llamarme para pedir una segunda oportunidad después de haberme traicionado? ¿Sabes qué? Tienes razón en algo: no te dije todo aquel día. Ahí va: te desprecio. No queda nada de lo que sentía. No solo eres un traidor, eres un sinvergüenza y además asqueroso. Nunca voy a olvidar verte con ella. Me da náuseas recordarlo. No me vuelvas a llamar o te juro que voy a ir a tus superiores a contarles lo que hiciste. Vamos a ver cuánto dura tu imagen de militar honorable después de eso.

Corto la llamada con el corazón acelerado y la mano temblando.

Cuando levanto la vista, Atticus me está mirando.

—Era tu exnovio.

No es una pregunta, pero igual asiento.

—Sí, era él.

—¿Qué quería?

—Pedirme perdón y decir que quiere volver conmigo.

—Eres mía —dice, levantándose y acercándose.

Yo también me pongo de pie.

—Completamente tuya, griego. Pero incluso si tú no existieras, nunca volvería con él. Terminamos porque lo descubrí teniendo sexo con Véronique en París, el día del funeral de Sylvie.

—¿Qué? Mierda, Sabrina.

—Ese es el tipo de persona que es mi madre, Atticus. Egoísta, cruel, depravada.

—Voy a llamar a ese hijo de puta. No quiero que vuelva a molestarte.

—No te preocupes, no lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Es militar, ambicioso. Necesita mantener una buena imagen. Lo amenacé con contarle lo que vi a sus superiores, muchos de los cuales me conocen. Está herido en su orgullo, pero no me ama. Si

me hubiera amado, no habría hecho lo que hizo. Dudo que su supuesto amor por mí le haga arriesgar su carrera.



Sabrina

Capítulo 53

Intenté no juzgar a la madre de Atticus.

Con todo lo que él me contó sobre la relación de sus padres, traté de entender su lado.

¿Qué hace que una mujer se quede con un bastardo que la humilla, obligándola a ver cómo se acuesta con sus empleadas? No tengo la menor idea.

Aunque no hubiera pillado a Joel teniendo relaciones sexuales con Véronique ese día, nunca lo habría perdonado.

No puedo afirmar que jamás habría pasado por alto una traición suya si él me la confesara, pero estoy absolutamente convencida de que incluso con Atticus, de quien estoy segura es el amor de mi vida, no podría superar algo así si “viera” la escena.

Por lo que entendí de la dinámica del matrimonio de sus padres, aquello no fue un hecho aislado, sino recurrente.

Y ese tal Cirillo, ¿por qué siguió con ella? Es un tipo de relación enfermiza que, para mí, no puede llamarse amor.

Sé que soy convencional con el sexo, pero no tengo la mente cerrada y entiendo que lo que me da placer solo con mi novio, otras personas lo disfrutan en tríos, cuartetos... Pero eso es una elección compartida, donde el objetivo es explorar el placer. En el caso de la madre de él, según la escena que Atticus me relató, era depravación, humillación, usando el amor que Gazi Doukadoulos sentía por Cirillo en su contra de la forma más sórdida.

Así, cuando fui a recogerla con Atticus al aeropuerto, esperaba encontrar a una mujer abatida, frágil, envejecida.

Me sorprendí por completo al comprobar lo bonita y vivaz que también es mi suegra.

La vi acercarse a su hijo y abrazarlo, mientras él le daba un rápido beso en la frente.

Se me encogió el corazón al ver la distancia emocional entre ambos y decidí intentar mejorar eso, porque crecí rodeada de amor y creo en el concepto de familia.

Me acerqué a ella y noté que estaba tensa. En lugar de aceptar la mano que me ofrecía en señal de saludo, la abracé.

—Soy Sabrina Oliveira Pappas, la novia de su hijo.

Ella me devolvió el abrazo y luego se separó para mirarme, como estudiando mi rostro.

Tomé una decisión. Estaba cansada de tantas omisiones.

—También soy la hermanastra de... —empiezo—. No, olvide lo de "*hermanastra*", porque la amaba mucho. Soy la hermana de Sylvie Côté.

Contengo la respiración, ansiosa, pero para mi sorpresa, ella asiente con tranquilidad.

—Lo sé. Atticus me lo contó y fue una de las razones por las que vine. Quiero saber qué tienen de especial ustedes para haberles robado el corazón a mis dos hijos.

Abro la boca, sorprendida, tratando de descifrar si fue irónica. Me doy cuenta enseguida de que no.

—Lamento mucho tu pérdida, querida.

—Y yo la suya, señora, pero si le sirve de consuelo, ellos estaban locos el uno por el otro.

—Quiero saberlo todo.



Tres horas después, yo y Gazi Doukadoulos seguimos conversando durante un almuerzo tardío en el balcón de la sala.

Cuando le pedí a Atticus que nos dejara solas, noté que no era lo que él quería, pero insistí, argumentando que había cosas que estoy segura su madre querría escuchar sobre su hermano y que a él no le interesarían tanto.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente por compartir conmigo los últimos días de mi hijo. Fui una madre muy ausente después de que ambos se hicieron adultos.

Me quedo en silencio sin saber qué decir, y parece ser lo correcto, porque Gazi continúa hablando.

—Estaba enferma. Y todavía lo estoy.

—¿Enferma?

—No del cuerpo, querida. De la mente. Me entregué a una obsesión desde los dieciocho años, cuando conocí al padre de ellos. Siempre supe quién era Cirillo, pero mi amor por él cruzó cualquier límite, incluso el del respeto por mí misma.

Escucho atentamente mientras me cuenta cómo el matrimonio que vivió fue evolucionando desde el desamor del marido hasta terminar en humillación absoluta.

En su narración, no detalla como lo hizo Atticus, pero puedo hacerme una buena idea de todas las depravaciones a las que fue sometida simplemente por el hecho de que ella dice que su marido tuvo relaciones sexuales con todas las sirvientas de la casa, sin excepción.

Sinceramente no sé a dónde va esta conversación ni por qué me eligió para desahogarse, pero aun así la dejo hablar.

Es como si hubiese acumulado dentro de sí una cantidad de dolor tan grande que ahora se desborda, ahogándola.

En un momento, cuando habla de la muerte de Thales, lloro con ella.

—Mi obsesión llegó al punto en que apenas pude llorar la muerte de mi hijo, Sabrina. ¿Qué clase de madre soy? Y luego, finalmente, tomé varias pastillas para llamar la atención de Cirillo. Cada vez que lo hacía, él pasaba al menos un mes sin engañarme. Era cariñoso y parecía preocuparse por mí.

Mi llanto aumenta. No puedo evitar sentir tristeza por ella.

—Pero no duraba. Hace aproximadamente un mes, me dijo que se iba de casa porque se había enamorado de una mujer. *Enamorado...* Nunca había usado esa palabra antes. Quise gritar y suplicar como otras veces, pero mientras lo escuchaba, me di cuenta de que estaba agotada. Y cuando lo vi hacer las maletas y salir de casa, simplemente observé. Cuando escuché al barco alejarse de Lepaxos, decidí poner fin a mi sufrimiento. Busqué cuchillas para cortarme las muñecas.

¡Dios mío!

Intento mantener la expresión neutra mientras miro sus muñecas. Ella lo nota.

—No te preocupes. En realidad no lo hice. Busqué las cuchillas, pero no las encontré. Fui al baño, tiré cajones al suelo, pero seguía sin encontrarlas. Entré en mi armario y tiré cajas de los estantes, vestidos, zapatos... Toda una vida de existencia vacía, en la que mi único objetivo era hacer feliz al hombre que me destruyó. En medio del caos que había provocado, vi un marco de fotos. Era una foto de mis hijos cuando eran pequeños. Los tenía a cada uno en mi regazo. Ambos me sonreían, no a quien había tomado la foto; como si yo fuera todo el universo de ellos.

—Estoy segura de que lo eras, Gazi —confirмо, ya tuteándola.

Asiente.

—Fue entonces cuando entendí que busqué amor en el lugar equivocado toda mi vida, Sabrina. Dios me dio hijos maravillosos y yo desperdicié todo mi amor en un hombre que desconoce esa palabra. Decidí que al menos debía intentar darme una segunda oportunidad. Incluso mentí a mi suegra y a Atticus, diciéndoles que me iba de viaje con amigos de la preparatoria, lo cual es una mentira, ya que no mantuve una relación cercana con ninguno de ellos.

—¿Dónde estabas?

—En una clínica psiquiátrica. Me interné voluntariamente, como una especie de desintoxicación mental. Durante treinta días, me sumergí en mi interior, buscando una cura.

—¿Y te sientes mejor?

—Estoy sobreviviendo. Lejos de estar curada, pero viva. Había una razón por la que vine a Zarofu. No estaré en Lepaxos cuando ustedes vayan allí. No me avergüenza decir que aún no me siento lo suficientemente fuerte para enfrentar a Cirillo si aparece, pero quería decirte que eres bienvenida a la familia. Tú y mi nieto. No te prometo ser la mejor suegra, pero me esforzaré por ser una buena amiga y la mejor abuela.

—Si no vas a volver a Lepaxos, ¿a dónde irás?

—A viajar unos meses con mujeres que conocí en la iglesia. Hacen peregrinaciones a lugares de meditación. No estoy lista para el mundo real, Sabrina. Necesito respetar mis límites.

—Pero, ¿hablarás con tu hijo sobre ello?

—Sí. Sé que Atticus guarda rencor hacia mí, y sé que no podemos sanar de un día para otro, pero al menos empezaremos el proceso de curación.



Atticus

Capítulo 54

Observo mientras mi madre sube a un avión y siento a Sabrina apretar nuestros dedos entrelazados.

—Ha sido muy valiente —dice.

—Sí. No pensé que viviría para ver este día —respondo, atrayéndola hacia un abrazo y besando su frente.

No entendí cuando mi mamá dijo que quería hablar a solas con Sabrina, pero después de que pasaran varias horas juntas, me di cuenta de que quizá no se trataba solo de mi hermano, sino también de Cirillo. ¿Por qué elegir a Sabrina, de todas las personas, para desahogarse?

Obtuve la respuesta aquella noche, cuando mi mamá habló conmigo y me contó su intento de salvarse a sí misma. Me explicó que, al ser mi mujer alguien de fuera, que no la juzgaría, pudo abrirse y sacar de su pecho toda la dolorosa carga acumulada durante años.

Mi mamá me dijo que cuando vino a vernos, su intención inicial era solo conocer a la hermana de Sylvie, la mujer que me había robado el corazón, pero que después de unas horas con Sabrina, secretos y heridas que había guardado durante años salieron a la superficie de forma natural, y cuando se dio cuenta, estaba desahogándose de todas las humillaciones que había sufrido.

—Ella dio el primer paso, pero no creo que vaya a ser fácil —dice.

—Pero al menos se ha alejado de él. Es más de lo que ha hecho en los últimos cuarenta años, desde que se casaron.

—¿Y tu padre?

—Nunca pasaba mucho tiempo en casa. Siempre viajando, seguramente con otras mujeres. Debe de estar en algún rincón de Europa, disfrutando de su nueva amante. Me da igual, mientras no se acerque a ella.

—Véronique también desapareció. Nunca cumplió su amenaza. Tú hiciste...

—No. Ya sé lo que estás pensando. No fui a buscar a tu madre. La desprecio más que nunca, después de lo que me contaste sobre su relación con el canalla de tu exnovio. Pero basta de hablar de ellos. Mi abuela no puede más con la ansiedad por conocerte. ¿Lista para ir a Lepaxos?

—Sí. Tengo muchísima curiosidad por conocer el lugar donde naciste, griego. ¿Le has hablado del bebé?

—Todavía no. Esperé a que lo hagas tú en persona. Le encantará.

—¿Incluso siendo hermana de Sylvie?

—Para mi abuela no importa tu familia, sino el hecho de que yo te amo.



Sabrina

Unas horas después, finalmente llegamos a Lepaxos. El lugar es aún más hermoso que Zarofu, porque es una isla privada donde no se permite la entrada de turistas.

Debo confesar que fue amor a primera vista, y cuando bajé de la lancha sentí que estaba pisando el paraíso.

Había venido todo el camino nerviosa por el encuentro con la señora Aikaterini Doukadoulos, incluso después de todas las veces

que hablamos por teléfono y de lo amable que fue conmigo.

Es una mujer interesante y vivaz, y aunque tenía miedo, estaba segura de que me agradaría.

No fue así, lamentablemente.

Como ya nos conocíamos, Atticus me llevó a casa de su abuela, nos dio un rápido beso a ambas y dijo que debía atender una reunión remota de sus empresas y que estaría en el despacho de su casa en la isla.

Quizá pensó que, como su madre y yo habíamos pasado horas hablando, con su abuela sería igual.

Sin embargo, en el momento en que me encontré cara a cara con Aikaterini Doukadoulos, una sensación de angustia me llenó el pecho.

No suelo ser de las que se enamoran a primera vista. Solo he vivido dos situaciones así: con mi hermana y con Atticus.

Sin embargo, tampoco soy de las que se enojan con alguien a primera vista. Rara vez sucede, pero hay algo en su abuela que me inquieta. Quizás la forma en que me mira, o las preguntas excesivas que me hace. O incluso el desprecio disfrazado sobre mis orígenes.

Lo cierto es que todo en ella me molesta, y agotada mentalmente, me preparo para irme.

—Debo pedirle permiso, señora. El viaje ha sido cansador y...

—No te doy permiso. Siéntate.

Quizá la Sabrina que llegó a Europa por primera vez hace un año habría obedecido, pero ya no soy esa mujer.

—Disculpe si le di la impresión de estar pidiéndole autorización para irme. En realidad, era solo un aviso.

Mandando los buenos modales al diablo, camino hacia la terraza, pero en cuanto piso el primer escalón, su voz me detiene:

—¿De verdad crees que él se casará contigo? Eres una puta de mierda, igual que tu hermana.

Me giro completamente impactada.

Dios mío, ¿quién es esta mujer? ¿Dónde está la dulce anciana que habló conmigo por teléfono?

—¿Qué ha dicho, señora?

—Lo has oído perfectamente. Un Doukadoulos no se casa con una puta de cuarta categoría.

Siento la sangre arder.

—En realidad, aún no me ha pedido matrimonio oficialmente, pero estoy segura de que lo hará pronto, antes de que nazca nuestro hijo —digo, apoyando ambas manos en mi vientre.

—¡Mientes! No puedes estar embarazada de él —grita fuera de control—. No permitiré que engañes a mi nieto, zorra.

He subestimado su locura y su fuerza, y no puedo moverme del shock cuando se lanza sobre mí con violencia, haciendo que ambas rodemos por varios escalones.

Grito de dolor, sin fuerzas para levantarme, pero cuando abro los ojos es como si una pesadilla se materializara frente a mí. Calliope está inclinada sobre mí.

Mis gritos de desesperación aumentan, y no puedo creer cuando dice:

—Tranquila, Sabrina. Lo he oído todo. Ya estoy pidiendo ayuda.

No le creo, ni siquiera cuando la veo hablar por teléfono. Intento apartarme de su contacto, aterrada.

Solo cuando, un momento después, veo a Atticus, consigo calmarme, pero entonces todo a mi alrededor se oscurece.



Atticus

En el hospital - horas después

—¿Va a sobrevivir? —pregunta la exprometida de mi hermano.

—Los médicos aún no están seguros. ¿Qué hacías en casa de mi abuela, Calliope?

—Ella me invitó. Creo que quería incomodar a Sabrina. Herirla, mostrando las diferencias entre nosotras.

Abro la boca para hablar, pero ella me detiene con un gesto.

—No me enorgullece decir que acepté el plan de tu abuela, Atticus. Y aun después de todo lo ocurrido, si ahora dijeras que me quieres, me casaría contigo.

—Eso nunca va a pasar. Sabrina es el amor de mi vida.

—Sí, ya entendí eso. Solo intento explicarte por qué acepté ese plan estúpido: porque casarme contigo era mi objetivo.

—Entonces, ¿por qué ayudaste a mi mujer?

—No soy una asesina, Atticus. Me acerqué a ellas y vi que discutían, y también escuché a Sabrina decir que estaba embarazada. Tu abuela se lanzó sobre ella con la intención de hacerle daño o algo peor. Pero Dios demostró que estaba velando por ella. Gracias a Dios, tu bebé está bien... —hace una pausa antes de añadir— y tu abuela recibió el castigo que merecía. Si sale con vida de esta, espero que pase sus últimos días en la cárcel.



Atticus

Capítulo 55

Paso horas observándola dormir y, por primera vez en mucho tiempo, rezo agradeciendo a Dios por haber protegido a mi mujer y a mi hijo.

El médico dijo que debía irme, que aún podía tardar en despertar, pero nada ni nadie va a alejarme de mi familia.



Sabrina

Me despierto, pero tengo demasiado miedo de abrir los ojos y descubrir que perdí a mi bebé. Mi cuerpo está dolorido por la caída y el corazón aún me late con pánico, pero no puedo evitar tocarme el vientre.

—Nuestro hijo está bien. —Escucho la voz de Atticus decir y empiezo a llorar.

Abro los ojos para mirarlo, pero las lágrimas me nublan la vista.

Él me atrae hacia sus brazos con todo cuidado, sentándose en la cama y manteniéndome protegida.

—Perdóname. Nunca pude imaginar que mi abuela intentaría hacerte daño, ni jamás habría permitido que se acercara a ti.

Lloro con más fuerza, no solo por la maldad de aquella mujer, sino también por el dolor que percibo en la voz de Atticus. En un hogar completamente desgastado por el desprecio, Aikaterini Doukadoulos era su referencia de amor, y ahora él también la ha perdido, porque aunque aún no lo diga con palabras, estoy segura de que nunca la perdonará.

Ella podría haber matado a nuestro hijo.

—¿El bebé está bien de verdad? —pregunto, porque en este momento necesito todas las garantías.

—Sí. El médico dijo que fue un milagro, pero está perfectamente bien.

Su voz suena ronca, como si hubiera llorado.

—Calliope...

—Ella te salvó. El equipo médico dijo que haber pedido ayuda de inmediato fue muy importante. Recibiste atención inicial en la isla y luego te traje en helicóptero hasta aquí.

—Me asusté muchísimo al verla. Pensé que estaba allí para terminar lo que tu abuela... —Veo el dolor reflejado en su rostro y me detengo—. ¿Por qué me salvó, Atticus? —cambio de tema.

Él me cuenta entonces la conversación que tuvo con la exprometida de Thales.

—Nunca sabemos qué pasa por la mente o el corazón de una persona —concluyo—. Si yo estuviera en una calle desierta y mis opciones fueran pedir ayuda a tu abuela o a Calliope, no lo dudaría ni un segundo.

—Calliope no es una santa, como ella misma dijo, Sabrina. Pero no quería cargar con el remordimiento de contribuir a la muerte de dos vidas.

La puerta se abre y entra Gazi.

—Cariño —dice, acercándose a la cama y abrazándonos a los dos—. Vine tan pronto como Atticus me avisó. No tengo palabras para expresar cuánto lo siento, Sabrina.

—¿Cómo pudo hacer algo así, mamá? —pregunta Atticus cuando Gazi se sienta en un sillón frente a nosotros.

Ella se pasa la mano por el cabello, como reuniendo el valor para hablar.

—Tu abuela nunca fue una buena persona, hijo. Aikaterini me lo dijo una vez cuando la llamé cruel por reírse de las infidelidades de Cirillo, y repetiré sus palabras: “De tal palo, tal astilla, Gazi. ¿A quién crees que ha salido mi hijo?”.

—Sabía que no era una santa. La abuela siempre tuvo la lengua afilada, pero siempre mostró amor por mí y por Thales.

Toco su brazo.

—En cuanto a eso, creo que es cierto, Atticus.

—¿Cómo, Sabrina? Intentó hacer daño a la mujer que amo y a mi hijo.

—No creo que creyera que yo estaba embarazada. Discutimos e intenté irme. Me provocó diciendo que tú nunca te casarías con alguien como yo. Me enfadé. Le dije que estaba embarazada. Tal vez pensó que...

—No intentes justificarla, querida. Aikaterini siempre fue cruel. Se burlaba de mí por mi amor enfermizo por Cirillo, me decía que sus viajes no eran por trabajo, sino para estar con sus amantes. Yo lo sabía, claro, pero me dolía aún más tener esa sordidez lanzada a mi cara.

—¿Por qué nunca me contaste nada de esto, madre?

—Estaba destrozada, hijo. Tener una familia perturbada, como lo es tu abuela, era mejor que no tener ninguna. Y además, creí que realmente los amaba. Dicen que cuando eres un mal padre o madre, puedes encontrar redención siendo un buen abuelo o abuela. Creo que, en este caso, fui ingenua.



Dos semanas después

Menos de veinticuatro horas después de que mi mujer y mi abuela ingresaran en el hospital, Aikaterini Doukadoulos falleció. Sufrió un traumatismo craneal y los médicos dijeron que no había nada más que hacer.

No fui a verla. Ni cuando estaba en coma, ni al velorio, ni al entierro.

No sabría decir si mi padre asistió. Mi madre, sé que no.

Aprendí mucho sobre el amor con Sabrina, pero todavía no he asimilado el concepto del perdón.

Quizá algún día pueda mirar atrás sin pensar en ella con rencor. En este momento, sin embargo, lo único que pasa por mi mente es que casi pierdo a las dos personas más importantes de mi vida, mi mundo.

Mi mujer y mi hijo.

Estaré atento para protegerlos de cualquiera y nunca permitiré que les hagan daño.

Fue entonces cuando recordé que el informe sobre Sylvie provenía de mi abuela, y pedí al detective que acelerara la investigación, porque mi intuición me decía que tendría mucho trabajo por delante para limpiar el nombre de mi cuñada muerta.



Atticus

Capítulo 56

Lepaxos

Una semana después

—Si quieres, haré el anuncio mañana —digo, atrayéndola a mi regazo.

—No tenía idea de que había sido tu abuela quien entregó aquel primer informe sobre mi hermana.

—No había razón para dudar de ella en aquel momento —respondo, besándole la sien—. Cuéntame toda la historia, Sabrina, porque incluso con la investigación que hice, hay muchas lagunas y partes que tampoco son agradables. Creo que haber sido criada por alguien como la madre de ustedes, si es que se puede llamar “madre” a ese ser humano, afectó mucho la noción de lo correcto y lo incorrecto de tu hermana, pero quiero entender el panorama completo.

—El matrimonio de Véronique con el padre de Sylvie no duró. Él murió poco tiempo después, según me contó mi hermana, así que ella pasó el cien por ciento de su infancia y adolescencia bajo la influencia de nuestra madre. Mi hermana se desarrolló muy rápido. Me refiero al cuerpo. Era hermosa y, desde pequeña, creo que alrededor de los trece, mi madre la obligaba a ir a lugares elegantes con ella. Fiestas a las que Sylvie ni siquiera tenía edad para asistir.

—Maldición.

—Sí. Y empeora. Obligaba a mi hermana a robar carteras en esos eventos. Si la atrapaban, probablemente fingía que mi hermana era una delincuente y que ella, Véronique, no tenía nada que ver. En poco tiempo, robar carteras dejó de ser suficiente para sostener la vida que nuestra madre creía merecer.

—¿Qué hizo entonces?

—Obligaba a mi hermana a coquetear con los hombres, así que parte del informe de tu abuela era cierto.

—¿Prostituía a su propia hija?

—No. Sylvie era menor y, por muy hermosa que fuera, eran políticos, magnates... y tenían miedo. Eran eventos en los que cualquiera podía verlos coqueteando con una chica demasiado joven. Aun así, creo que los pervertidos la besaban. Tal vez la tocaban. No me dio detalles. Supongo que por vergüenza.

—¡Maldita sea!

—Sylvie se dio cuenta de que la locura, o mejor dicho, la falta de escrúpulos de Véronique se estaba saliendo de control, y sospechó que cuando cumpliera dieciocho años, dentro de unos meses, la situación empeoraría. Entonces huyó. Durmió en la calle, pasó hambre, hasta que alcanzó la mayoría de edad y pudo buscar trabajo. Estuvieron años sin contacto. Mi hermana era solitaria, no hacía más que trabajar y volver a casa. Por razones obvias, no confiaba en la gente. Y entonces, un día, tu hermano entró en la cafetería donde ella trabajaba como cajera y ya te imaginas lo que pasó.

—Cuéntame.

—Fue amor a primera vista.

—Como entre nosotros dos.

—Tú no me amaste a primera vista.

—El amor se cultiva, ocurre con el tiempo, pero yo me enamoré de ti incluso antes de ver tu rostro.

—Eres un seductor, Atticus.

—Lo fui, no lo niego, pero ahora soy completamente sincero. En cuanto te vi, supe que eras mía, Sabrina.

—Déjame terminar de contar y luego podemos subir y me enseñas cuánto me amas. Desnudo.

—Descarada.

—Solo contigo.

—Sigue con la historia.

—Se enamoraron, pero como ya te dije, Sylvie no aceptó darle ni siquiera un beso cuando Thales le dijo que estaba comprometido. No importa lo que Calliope inventó en la prensa, Thales no la engañó. Tu hermano era bueno y honesto, y jamás habría sometido a la mujer que amaba, Sylvie, a ese tipo de humillación.

—Te creo.

—Mientras tanto, cuando vio fotos de los dos en la prensa, porque antes de que Thales huyera definitivamente a París ya hacían apariciones por Europa, Véronique resurgió desde las profundidades del infierno. Contó una historia triste, que estaba enferma, y mi hermana cometió el error de permitir que se le acercara otra vez.

—Un error relativo. Si no se hubieran reconciliado, ustedes nunca se habrían conocido.

—Eso es verdad. En fin, mi padre murió en ese mismo periodo, y el resto ya lo recuerdas.

—Sí. Tu madre fue al entierro en Brasil y después le contó a Sylvie sobre tu existencia.

—Ajá. Fue Thales quien pagó mi pasaje y yo me enteré después. Apenas llegué a Europa, mi hermana y Véronique ya estaban peleadas otra vez, probablemente porque había hecho algo más. En fin, solo estuvimos las tres juntas en una única ocasión, y el resto de la historia ya sabes cómo termina —concluye, triste.

—Tu hermana fue una víctima de esa madre sin escrúpulos.

—Sí. Si miras todo el escenario, por cómo fue criada, Sylvie salió muy bien. Logró sobrevivir sola durante años y nunca se dejó corromper. Pasó necesidades cuando podía haber elegido el camino fácil y convertirse en una nueva Véronique.

Cierro los ojos y apoyo nuestras frentes.

—Debería haberlo sabido —digo.

—¿Saber qué?

—Mi hermano nunca habría dejado todo atrás por alguien a quien no solo amara, sino también admirara.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Creo que lo que pasó fue que se formó una organización malintencionada para difamar a Sylvie. Calliope, tu abuela, y no me sorprendería que mi madre también haya filtrado noticias falsas por puro despecho.

—Crecimos rodeados de monstruos.

—Algunos, pero no todos. Mi padre era maravilloso y me habría gustado que supiéramos de Sylvie antes. No tengo duda de que él se habría ofrecido a criarla. En cuanto a tu familia, tu padre y tu abuela fueron seres horribles, pero tienes a tu madre, que está intentando reescribir su propia historia, y tenías un hermano que era increíble.

—Siempre ves el lado bueno de las personas, Sabrina. Así fue como tu amor me salvó. Los meses que pasamos separados fueron los peores de mi vida. Te busqué por todas partes con la excusa de asegurarme de que no estabas embarazada, cuando en realidad sabía que en el momento en que estuvieras frente a mí, con o sin bebé, nunca volvería a dejarte ir.

—Te amo, Atticus, y no me voy a ningún lado. Quiero todo de nosotros dos. Una familia grande. Muchos hijos.

La levanto en brazos y subo al segundo piso.

—¿Ya llegó la parte de demostrar desnudo tu amor por mí?

—No solo eso, chica traviesa —digo, dejándola de pie en nuestra suite—. Llegó el momento de que me digas: *sí, seré tuya para siempre, Atticus*.

Camino hasta el armario y tomo la cajita con el anillo que he guardado desde que la traje de Estambul.

Me arrodillo frente a ella, la abro, pero antes de que pueda pedirle matrimonio, ella dice:

—Sí, acepto y seré tuya para siempre, Atticus.

Le deslizo el anillo en el dedo y la beso con pasión.

—Te saltaste el guion, mujer.

—No necesitamos guiones, mi griego. Nunca seguimos reglas ni líneas temporales. Tenemos lo más importante: amor de sobra.



Atticus

Capítulo 57

Lepaxos

El día de la boda de Atticus y Sabrina

Sabrina se rió de mi prisa por oficializar nuestra unión.

Un mes. Ese fue el tiempo que le di para organizar la ceremonia de la boda, lo que convirtió Lepaxos en una mini ciudad donde las "gobernantes" (mamá, April, Malu, Ophelia, Acacia y Danae) corrían de un lado a otro intentando dejar todo listo a tiempo.

Yo me habría casado con ella en pijama, pero mi prometida es romántica y quiso todo lo que tenía derecho a tener.

Así que ahora estoy de pie en el altar de la pequeña capilla de nuestra isla, esperando a que el amor de mi vida venga hacia mí.

Nervioso como el infierno, miro a mi alrededor y confirmo que las personas más importantes de mi vida están presentes.

La familia turca que me adoptó, la gerente argentina que se convirtió en una verdadera hermana, y mi madre.

Pero él no está conmigo. Thales. Mi hermano menor y mejor amigo. Lo único que me consuela es saber que, esté donde esté, está junto a la mujer que amó.

Después de la conmoción por la muerte de mi abuela en la prensa, me extrañó el silencio de mi padre, hasta que un día, preocupada, Sabrina me mostró un pequeño artículo en una revista de chismes en el que Cirillo aparecía junto a la madre de ella.

Al principio me sorprendí, pero enseguida entendí que ese silencio de los dos era muy sospechoso. No sé cómo se conocieron, ni me interesa, pero fui a buscar respuestas y descubrí que fue por Véronique por quien Cirillo dejó a mi madre. Él se deshizo de lo poco que quedaba de las acciones de nuestras empresas y se marchó por el mundo junto a la madre de Sabrina.

Temí que eso provocara una recaída en mamá, pero como si Dios hubiera decidido intervenir, me dijo que había conocido a un viudo en su grupo de oración y que estaban saliendo.

No estoy seguro de si olvidó a mi padre, pero ya es un gran paso: encontrar a alguien que la valore y la respete.

Su divorcio fue oficializado hace cinco días, así que ahora mi madre es oficialmente una mujer libre.

Pero, claro, estamos hablando de la vida real y no de un cuento de hadas, así que no todo es perfecto.

La madre de Sabrina tuvo la desfachatez de enviar flores hasta aquí y pedir una invitación a la boda.

La ignoramos. Y mucho. Yo llamé a mi padre y le prohibí venir.

La marcha nupcial comienza, arrancándome de la realidad y devolviéndome a lo importante: mi presente y mi futuro en la figura de la pelirroja hermosa que camina hacia mí.

Sabrina y yo decidimos establecernos definitivamente en Lepaxos. Me hice cargo del puesto de CEO y le regalé a Acacia el bar Opa.

Lepaxos me trae recuerdos malos, pero también muchos maravillosos y, sobre todo, es el lugar donde mi reina quiere vivir, y lo que ella desea es una orden.

A medida que Sabrina se acerca, el aire a mi alrededor se vuelve más denso, casi no puedo respirar; todos mis sentidos están centrados en ella.

Como siempre, hay una corriente eléctrica invisible que nos separa del resto del mundo, creando una burbuja donde solo nosotros dos podemos entrar.

Sabrina está más hermosa que nunca, ya mostrando una pequeña barriga con nuestro hijo dentro, con el vestido blanco suelto justo debajo del pecho.

Sonríe cuando me ve bajar los escalones para ir hacia ella. Quiso entrar sola porque me dijo que sabía que, desde el cielo, su padre estaría mirando todo.

Me detengo frente a ella y le sujeto el rostro, con el corazón rugiendo en el pecho.

—Te voy a amar para siempre, pelirroja. Nunca voy a dejar que te acostumbres a este amor. Voy a reinventarlo, reescribirlo, reafirmarlo cada día.

—Ya lo haces, Atticus. Estoy loca por ti, griego.



Noche de bodas

—Pensé que ibas a elegir un hotel de lujo en algún punto de Europa —bromeo, ya completamente duro cuando la veo salir del baño de nuestra suite.

—Viajaremos en barco. Es lo que más amo, pero hoy quiero quedarme aquí contigo. Voy a mirar esta habitación el resto de nuestras vidas y recordar esta noche, esposo.

Ella viene hacia mí, se detiene en medio de la suite y deja caer a sus pies el batín transparente negro.

Cada vez que Sabrina se desnuda y veo su barriguita creciendo, mi autocontrol se va al demonio. Está aún más deliciosa embarazada. Su vientre lleno me vuelve loco.

Avanzo un paso y veo cómo su pecho sube y baja.

Estoy completamente desnudo frente a ella, con mi verga dura como el acero, lista para follarla.

Rodeo su cintura con un brazo y con la otra mano la levanto por el trasero, devorando su boca, invitando su lengua a la danza más fogosa.

La bajo con cuidado, le quito la camisola y me agacho para quitarle la ropa interior. El aroma de su vulva húmeda me llena la boca de deseo.

Con sus muslos aún juntos, separo sus labios vaginales y lamo sus pliegues. Sabrina me agarra del pelo cuando succiono su clítoris hasta que le fallan las rodillas. Sus gemidos me empujan; se queja cuando paso un dedo por su entrada sin dejar de succionarla.

Su respiración se vuelve pesada y conozco tan bien su cuerpo que sé que no tardará en llegar.

—Córrete en mi boca.

Levanto una de sus piernas sobre mi hombro y ella se mueve, untándome la cara con sus fluidos, mientras grita mi nombre en un largo orgasmo.

La llevo a la cama y la siento en el borde. Sosteniendo sus pechos, me masturbo la verga entre ellos. Cuando ella baja la cabeza y empieza a chupármela, llego al límite.

—Quiero beberte también —dice.

Sabrina no espera respuesta y empieza a chupar la cabeza de mi verga cada vez que sube entre sus pechos.

Abre la boca y toma todo lo que puede, una mano en mis testículos y la otra tirando de mí por el trasero.

Cuando me hace deslizarme casi hasta su garganta, le agarro el pelo y empujo profundo.

—Voy a correrme. Bébelo todo.

Mi orden sucia parece descontrolarla; me succiona aún más fuerte.

Sujeto su cabeza y follo su boca hasta que se me escapa un gruñido y la lleno con mi semen.

No disfruto del placer del después porque mi deseo ni siquiera ha terminado.

Mi miembro sigue erecto.

La empujo de espaldas a la cama, meto dos dedos en su vagina para comprobar lo mojada que está y, cuando lo confirmo, le separo las piernas y me encajo entre ellas, entrando por completo en su canal apretado.

Sabrina tiembla de placer y grita mi nombre cuando coloco sus piernas sobre mis hombros. Entro y salgo de ella, acelerando el ritmo con cada gemido.

—Más fuerte —ordena.

La follo duro y profundo, pero no demasiado rápido por miedo a lastimar al bebé.

Ella gime fuerte, se retuerce, pide más.

El sexo parece durar horas y ninguno de los dos quiere parar. Nuestros cuerpos están en sincronía, fruto de la pasión mutua. Un deseo que incendia la piel.

—Estás tan mojada, mi delicia. Me vuelve loco sentirte así a mi alrededor.

Ella se toca los pechos, pellizcando los pezones hinchados.

—Voy a correrme —dice.

Bajo el ritmo, pero sigo yendo más profundo, saboreando la construcción de ese segundo orgasmo.

Sabrina se acaricia el clítoris, intentando arrastrarme a su locura, provocándome, y eso se vuelve mi detonante.

Juntos perdemos el control, somos una masa de amor y deseo. Sentimientos y sensaciones ocupando cada gota de sangre.

Vuelvo a un ritmo fuerte y ella pide más.

Siento cómo me estrecha dentro de ella y sé que estoy a un paso del clímax.

—Te amo, mi esposa. Entrégate a mí.

Sus gemidos se transforman en declaraciones de amor y, finalmente, se derrumba en mis brazos.

Yo la sigo, derramándome dentro de ella, hundiéndome en su cuerpo, jurando amor y devoción.

—Un día me dijiste que nuestro hogar podía ser una persona, Sabrina. He encontrado el mío y nunca más me iré.



Sabrina

Epílogo 1

El nacimiento de Thanos Doukadoulos

He cambiado una vida de ensueño por una vida hecha de sueños. No dejé de hacer planes, pero ahora les pongo plazos para cumplirlos.

El nacimiento de nuestro primer hijo, Thanos, el inmortal^[24], un niño que ni siquiera parece haber salido de mí, ya que es cien por ciento igual a su padre, no fue exactamente un plan, pero su llegada al mundo sí lo fue.

Me ocupé de cada detalle. Registré todos los momentos de mi embarazo. Cada cuadrito que colgué en la pared de su habitación.

Filmaba a mi marido hablando con mi barriga y su sonrisa tonta cuando logró armar la cuna.

Guardé para nuestro bebé tantos recuerdos como fue posible, para que nunca tenga dudas (como yo nunca las tuve respecto a mi padre) de cuánto fue deseado y amado incluso antes de nacer.

Cuando llegó el momento de su "debut", si no hubiera estado tan nerviosa, me habría preocupado por el estado de Atticus. Parecía a punto de pedirle al médico que lo dejara parir en mi lugar.

Con cada contracción, me hacía promesas de ser el mejor padre y esposo que hubiera existido, siempre que yo resistiera. También

juraba que, cuando saliera del hospital, me consentiría tanto que yo pediría el divorcio.

En fin, cuando el médico dijo que ya podía ver la cabeza de mi hijo saliendo de mí, me dividí entre el dolor y la emoción de ver a mi marido llorando mientras ayudaba a nuestro niño a nacer.

Horas después, Atticus está conmigo en la camilla, con nuestro bebé en brazos.

—Es hermoso —dice, y como si quisiera hacerse notar también, Thanos grita fuerte.

—Y ruidoso —bromeo.

—Quiere tus pechos. Yo también gritaría si el premio fuera amamantarte.

—Eres un indecente, esposo.

—Quizá, pero sobre todo soy un afortunado por tenerlos a los dos. Es perfecto, Sabrina. Tú eres perfecta. Te amo, pelirroja.



Un año después

—¿Te imaginas cuando todos estén en la adolescencia? —pregunta April mientras vemos a nuestros hijos jugar en la fiesta del primer año de mi primogénito.

—Ni me lo digas. Las madres de su generación van a tener que estar atentas. Con modestia aparte, nuestros niños son hermosos.

Miro alrededor del jardín de nuestra casa en Lepaxos y sonrío al ver a todos nuestros amigos reunidos.

Gazi, ya casada nuevamente, sonrío mientras supervisa a su nieto como si Thanos fuera su sol.

A lo lejos veo a Atticus hablando con los Yavuz Aydin, pero de vez en cuando me mira a mí y al heredero.

—Al final, todo terminó bien, ¿no? —pregunta ella.

—No todo.

—¿Te refieres a su abuela?

—Sí. Ha pasado más de un año y todavía no puedo creer que intentara matarme, o al menos herirme gravemente.

—Sí, pero la justicia divina actuó, y en lugar de que te pasara algo a ti, fue ella quien se golpeó la cabeza contra una piedra y murió.

—Como un castigo, ¿no?

—No sé si castigo, pero sin duda es la definición más pura de acción y reacción. O karma. Ella hizo el mal contra ti y eso volvió contra ella misma.

—Atticus nunca ha mencionado a su abuela. Creo que no la ha perdonado.

—¿Sabes lo que aprendí, Sabrina? El perdón es solo una palabra y no vale nada si no es verdadero.

—Estoy de acuerdo. Yo tampoco he perdonado a Véronique.

—Y no hace falta. —Escucho la voz de Atticus detrás de mí y, enseguida, siento sus brazos rodeando mi cintura.

April se despide discretamente y va hacia Kahraman, mientras yo me giro para quedar frente al amor de mi vida.

—Entonces, ¿debo ser rencorosa?

—No eres rencorosa. El rencor y la venganza son enfermedades. Quienes los alimentan creen que dañan al enemigo, sin darse cuenta de que están bebiendo veneno todos los días. La forma en que encontraste de castigar a Véronique es mucho peor: la condenaste al olvido. Ese es el peor castigo para quien nos hace daño. Ignora su existencia. No visites el pasado. Déjalos solos en su propio odio.

—Sí, porque no lo necesito. No hay espacio para el odio dentro de mí. Prefiero llenarme de tu amor.



Atticus

Epílogo 2

Respiro hondo antes de entrar en casa, preocupado por cómo darle la noticia a mi esposa embarazada de cinco meses, pero aun así prefiero que se entere por mí y no por los periódicos.

Llamé a mamá para avisarle que estaba llegando. Le conté lo que acabo de saber, y aunque ya han pasado más de dos años desde que se separó de Cirillo, todavía temía su reacción.

Por teléfono me dijo que rezaría por el alma de su exmarido, pero que aparte de eso no tenía ningún comentario que hacer, y su fuerza me sorprendió.

Entro en el vestíbulo y mi mamá viene a mi encuentro con mi hijo en brazos.

Ella y su marido también viven en Lepaxos. Derribaron la casa que perteneció a mi abuela y construyeron una nueva residencia. Mamá está enamorada de su nieto, y ella y mi padrastro, Stamatios, son unos abuelos excelentes para nuestro hijo.

Yo aún no pienso en Aikaterini Doukadoulos, y quizá nunca vuelva a hacerlo. El consejo que le di a Sabrina también sirve para mí. Condené a la mujer a la que amé toda la vida (pero que al mismo tiempo manipuló mi dolor cuando murió mi hermano, torturó mentalmente a mi madre e intentó atentar contra la vida de mi esposa) al olvido.

—Babas^[25]. —Mi hijo se lanza a mis brazos en cuanto me ve.

—Sí, papá está aquí. ¿Te has portado bien?

Asiente, pero disimula una sonrisa traviesa, lo que me dice que ya ha hecho alguna de las suyas.

No puedo verlo despertar porque salgo temprano en helicóptero hacia Atenas, pero siempre llego a tiempo para acostarlo. Son apenas las diez de la mañana y no debe entender por qué estoy aquí a esta hora. Si algo he aprendido en estos dos años como padre es que los niños necesitan rutina.

—Yo me quedaré con Thanos mientras ustedes hablan.

—Gracias, mamá —digo, besándole la frente.

—No tienes que agradecermelo, hijo. Yo fallé contigo y con tu hermano, y estoy teniendo la oportunidad de recuperar tu amor. La afortunada soy yo.

—Por si acaso, ¿puedes llamar al obstetra de Sabrina? Envía el helicóptero a buscarlo. Con las prisas por llegar aquí se me olvidó.

—No te preocupes. Yo me encargo.

La veo alejarse con mi heredero y entro en la casa, pero apenas piso la sala, mi esposa viene hacia mí.

—Amor, ¿ha pasado algo?

—Mi padre está muerto.

—¿Qué?

—Le dispararon esta madrugada en una isla de Tahití.

—¿Cómo? ¿Quién hizo eso?

—No sé cómo darte esta noticia de una forma más suave, Sabrina, así que voy a ser directo y espero que todo salga bien.

La tomo en brazos y camino hasta el sofá, sentándome con ella sobre mí.

—Cuéntame.

—Tu madre lo mató.

—¿Mi madre?

Asiento.

—No sé los detalles, pero al parecer ambos estaban borrachos jugando a la ruleta rusa. Tal vez fue un accidente. Tal vez no. Nunca lo sabremos.

—No sé qué decir.

—Estoy aquí para hacer lo que tú quieras. A tu disposición. Si quieres un abogado para ella, contrataré al mejor.

—¿Por tu padre?

—No. Por ti.

Ella apoya la cabeza en mi hombro.

—Hice lo que me aconsejaste. La olvidé. Véronique no es nada para mí y es hora de que responda por sus pecados. No quiero que intervengas.



Cinco años después

—Tres hijos en menos de diez años. Nada mal, señor Doukadoulos —elogia mi esposa, viniendo a sentarse en mi regazo y rodeándome el cuello con los brazos.

—Sí, una generación de griegos tercos.

—Y guapos. —Se ríe, mirando a nuestros niños.

—No tan guapos como el padre.

—Son idénticos a ti, marido.

—No puedo negarlo —digo, mirando a nuestros tres pequeños terremotos.

—Como dije, guapos.

—Quiero una niña.

—Yo también, pero me da pena la pobre niña en medio de este ejército de mandones.

—Tal vez salga con mi carácter.

—Y entonces necesitará a uno de los herederos turcos para domarla —dice ella.

—No, nada de novios para mi hija imaginaria. Cuando llegue el momento, cuando tenga unos cincuenta años, seré yo quien elija al

candidato.

Sabrina se ríe a carcajadas, rodando los ojos.

—Soñar es gratis, marido. Si tenemos una hija, le enseñaré a domar tanto a su padre como a los futuros pretendientes. Ninguno de ustedes tendrá la menor oportunidad.

¡FIN!

No dejes de leer el contenido adicional del cuarto libro de esta serie en las siguientes páginas.

Bono

Qasim

Me la prometieron, y algunos dirían incluso que nació para mí, hecha a medida.

Una novia con la que nunca he estado y de la que, salvo unas cuantas fotos de su adolescencia, no tengo idea de cómo es en la actualidad.

El contrato que firmé no tiene nada que ver con el amor. Tiene que ver con el honor.

Kadri, hasta ahora, para mí no era más que un nombre, un compromiso. No tendría que casarme hasta que ella cumpliera veinte años, pero entonces una tragedia cayó sobre su familia y me convertí en su tutor legal, antes incluso de formalizar el compromiso en persona.

Soy el tutor de mi futura esposa.

No quiero convivir con esa casi adolescente todavía. Ella representa el fin de mi libertad.

Sin embargo, cuando finalmente nos enfrentamos cara a cara, me doy cuenta de que quizá subestimé el poder del destino.

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro "Seducida", el primero de la saga "Corazones Intensos". Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como "Alma de Cowboy", "Hermanos Oviedo", "Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

[1] Una isla ficticia creada específicamente para esta obra.

[2] "Madre" en griego.

[3] Isla ficticia creada para la obra "Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo", libro 2 de la serie Multimillonarios Turcos.

[4] Protagonista de "Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo", libro 2 de la serie Multimillonarios Turcos.

[5] Protagonista de "Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo", libro 2 de la serie Multimillonarios Turcos.

[6] "Abuela" en griego.

[7] Protagonista del libro 2 de la serie "Los hermanos Kostanidis": "Destinado a ser griego".

[8] En Grecia, por lo que he podido averiguar, las propinas ya están incluidas en la cuenta, pero al igual que en otros países europeos, si estás muy satisfecho con el servicio, puedes dejar algo extra.

[9] La enfermedad de Creutzfeldt-Jakob (ECJ) es una enfermedad neurodegenerativa que se caracteriza por causar un trastorno cerebral con pérdida de memoria y temblores. Progresará rápidamente e inevitablemente conduce a la muerte del paciente.

[10] Este personaje es la protagonista del libro "Acuerdo con El Magnate Turco Posesivo".

[11] Restaurante ficticio creado para el libro.

[12] Protagonista de "Tentadora Confusión".

[13] Protagonista de "En manos del magnate".

[14] Una política de no confraternización es un conjunto de normas en una empresa que impide que los empleados tengan relaciones íntimas, generalmente en un contexto afectivo o sexual. En este caso, Sabrina afirma que, al ser contratada, se enteró de que no existía ninguna norma que impidiera a los empleados tener citas entre sí.

[15] "Mi ángel", en griego.

[16] Literalmente, sería "mi amado/a", pero es algo aún más profundo que "mi amor".

[17] "Sabrina" es una película de 1954 que fue rehecha en 1995.

[18] Para mi isla ficticia, utilicé como referencia territorial Zarofu, una isla que se encuentra a tan solo 45 minutos de vuelo de Atenas.

[19] Penélope es la esposa de Odiseo, quien gobierna Ítaca durante la ausencia de su esposo. Cuando todos la dan por viuda, decenas de pretendientes invaden su palacio con la esperanza de casarse con ella. Penélope urde un plan para engañar a todos y permanecer fiel a su esposo. Mientras él se aventuraba entre sirenas y hechiceras, ella lo esperaba fielmente, año tras año, sin tener noticias de él. Ante la insistencia de su padre y para no disgustarlo, decidió aceptar el cortejo de los pretendientes, poniendo como condición que el matrimonio solo se celebraría después de que terminara de tejer un sudario para el padre de Odiseo. Durante el día, a la vista de todos, Penélope tejía, y por la noche, en secreto, deshacía todo su trabajo.

[20] Querida.

[21] Un tipo de pan árabe.

[22] Un tipo de pasta elaborada con garbanzos.

[23] Pequeña.

[24] Ese es el significado del nombre en griego.

[25] Papá.
